Las ensoñaciones de la mujer salvaje

Escenas primitivas

Hélène Cixous

Traducción de
Yael Langella y Arnau Pons

Horas y HORAS
la editorial

Diseño de la cubierta: Irene Bordoy
Maquetación: Sonia Martín Domínguez
Corrección: Beatriz Albertini

Titulo original: Les rêveries de la femme sauvage

© 2000, Editions Galilée
© 2003, de la traducción Arnau Pons y Yael Langella
© 2003, de esta edición: horas y HORAS, San Cristóbal 17, 28012 Madrid

"La presente obra ha sido editada mediante ayuda del Instituto de la Mujer (Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales)".

Producción y realización: J.C. Producción.
Impreso en: Grafistaff.
ISBN: 84-87715-89-3
Depósito legal: M-47842-2001

Impreso en España

PREFACIO

Hélène Cixous es, actualmente, una de las escritoras francesas más reconocidas por la crítica, tanto periodística como universitaria, en Francia y otros países como Estados Unidos, Gran Bretaña, Italia, Holanda, Alemania o Japón, que publican regularmente sus obras en traducción. Entre sus lectores más ilustres figura el filósofo Jacques Derrida, que le ha dedicado varios textos que muestran la complicidad entre su pensamiento y el de la escritora. Nacida en Orán (Argelia) en 1937, de padre judío argelino con orígenes españoles y madre judía alemana, Cixous vivió en la Argelia colonial durante toda su infancia y adolescencia, hasta que dejó el país natal para ir a estudiar a Francia, donde fijó su residencia. Allí empezó a publicar textos narrativos (que más tarde llamó "ficciones", en lugar de novelas), ensayos y obras de teatro. En total, ha publicado más de cincuenta libros desde 1967.

A pesar del interés y la extensión de su obra, encontramos pocas traducciones de ella al español, la mayoría publicadas en América y, por lo tanto, poco asequibles en la península. *Las ensoñaciones de la mujer salvaje* es el primer texto narrativo de ficción que aparece en el estado español, donde sólo podíamos disponer de *La risa de la Medusa* (en Anthropos), recopilación de ensayos de gran influencia en el ámbito del postmodernismo y de la crítica feminista, ya que Cixous es considerada, sobre todo en Estados Unidos, la inspiradora y teórica principal del llamado "French Feminism" o "feminismo francés", aunque ella se resista a tal concepto.

En cuanto a su obra de ficción, la más abundante y también la más apreciada por la misma autora de entre su producción literaria, ha ido evolucionando a lo largo de los años, pero mantiene una coherencia destacable. En primer lugar, Cixous, en la línea de Jacques Lacan y de la filosofía postmetafísica, cree en el poder del lenguaje para deconstruir las categorías binarias del pensamiento. El lenguaje es portador, para ella, de posibilidades infinitas, no tanto por lo que "quiere decir" (el significado) sino por todos los sentidos ocultos e interrelacionados que conlleva su parte formal, material (el significante). Para la escritora, se trata de "liberar" a los significantes de la tiranía del significado único que estaría ligado a cada uno de ellos. Poniéndolos en relación, dejando fluir libremente las asociaciones que se establecen entre ellos, jugando con la materialidad de las palabras, éstas alcanzan potencialidades significativas no previstas en el lenguaje cotidiano, racional, que es también el de la mayoría de textos narrativos realistas o "masculinos", ya que Cixous identifica esta escritura como "femenina".

Su estilo es, por lo tanto, peculiar y personal, al tiempo que podría calificarse de poético, ya que normalmente esta capacidad de sugestión de la palabra se reserva a la poesía. La escritora aprovecha al máximo las posibilidades significativas de la lengua francesa, lo cual dificulta enormemente su traducción –quizá ésta sea una de las razones por las que todavía no se había traducido ninguna de sus "ficciones" al castellano–, y se toma todas las libertades para jugar con las palabras y con su ordenación lógica (sintaxis, puntuación, etc.). Los traductores del presente libro han respetado al máximo esta libertad, aun a riesgo de contribuir a la reputación de "difícil" que tiene la escritura de Cixous; sin embargo, la opción de reducir la ambigüedad simplificando o normalizando dicha escritura habría sido una traición injustificable, ya que, como he explicado, no estamos ante simples juegos de palabras con una intención lúdica, sino ante una concepción del lenguaje que es también una visión del mundo.

En este sentido, me parece que la traducción de Arnau Pons y Yael Langella alcanza un punto de equilibrio muy poco frecuente; lejos de ser mimética o de incurrir en constantes galicismos, intenta reproducir en español los efectos de esta "diseminación" del significante practicada por Hélène Cixous, y a mi parecer lo consigue plenamente, haciendo honor a la sutileza y riqueza del texto original. Además, los traductores han respetado las *incorrecciones* lingüísticas de Cixous (no hay que olvidar que los protagonistas son dos niños, cuyas voces se mezclan con la de la narradora adulta), como por ejemplo el uso de palabras inventadas, un sistema de puntuación muy personal, el inacabamiento de las frases o el uso de un registro oral al lado de un nivel de lengua elevado, y al mismo tiempo procuran *trasladar* –sentido etimológico de 'traducir'– los juegos fonéticos con determinadas palabras al sistema lingüístico de nuestra lengua, sabiendo, pues, ser más fieles mediante un aparente alejamiento respecto al original que con un mimetismo fácil.

Otra dificultad que plantea este texto es el conocimiento de un espacio-tiempo muy determinado, del cual *Las ensoñaciones de la mujer salvaje* constituye un retrato magistral. La crítica señaló en el momento de su aparición que era el primer libro de Hélène Cixous que *regresaba* a su país natal, Argelia, y que describía sin tapujos la violencia colonial hacia los árabes y la opresión del grupo social al que pertenecía su familia, la comunidad judía argelina, así como sus costumbres, en un tono algo nostálgico. Esto no es del todo exacto, ya que la escritura de Cixous siempre ha sido autobiográfica, en el sentido de que parte de ciertas vivencias determinantes como son la muerte del padre, el racismo o sentimiento de exclusión por sus orígenes, el genocidio que afectó a miembros de su familia, la muerte de un hijo con síndrome de Down, así como la difícil y a un tiempo estrecha relación con la madre. Sin embargo, la autora trasciende estos datos biográficos para convertirlos en experiencias compartibles por todos y, sobre todo, en reflexio-

nes (nunca teóricas en sus ficciones, sino siempre aplicadas a determinadas anécdotas o imágenes) sobre conceptos filosóficos clave: la relación con el Otro, la constitución de la identidad, la diferencia sexual, o el deseo.

Esta referencia a la historia personal más íntima se combina en Hélène Cixous con la presencia de la Historia, y con "la más trágica" del siglo XX. Su visión siempre aguda y matizada de los grandes conflictos contemporáneos es paralela a su percepción hondísima de los abismos del alma humana. Así, la escritura de Cixous, aun cuando se basa en un tratamiento muy peculiar del lenguaje, como hemos visto, se aleja del formalismo gratuito para constituir una experiencia vital emocionante. En ella, escritura y vida se confunden, como escribe la autora en un texto reciente refiriéndose a su propia obra: "Nunca he inventado nada: no entré en la literatura, nací en ella, he vivido en un libro tumultuoso y teatral". Debemos felicitarnos, por lo tanto, de que se publique el presente libro, tanto por la excepcionalidad de la obra de Hélène Cixous, una de las más grandes escritoras contemporáneas, como por la magnífica traducción que de él se ha realizado.

Marta Segarra
Universidad de Barcelona

"Durante todo el tiempo en que vivía en Argelia soñaba con llegar un día a Argelia, habría hecho cualquier cosa para llegar allí, había escrito, *nunca me encontré en Argelia, y justamente ahora es preciso que dé cuentas de ello, de cómo quería que se abriera la puerta, ahora y no más tarde,* había anotado con premura, *en la fiebre de la noche de julio, porque es ahora, y seguramente por decenas o centenares de diferentes razones, que una puerta acaba de entreabrirse en la galería Olvido de mi memoria, y por vez primera, he aquí que tengo la posibilidad de volver a Argelia, por tanto la obligación..."*

Había escrito esto en plena noche de julio y como me sucede a veces cuando un libro se presenta, siempre en plena noche, a decir verdad esperado, ansiado con extrema paciencia, capaz de todas las confianzas y todas las humildades concebibles e inconcebibles, había escrito estas líneas, bajo el efecto de la súbita aparición esperada aunque inimaginable del libro dispuesto a rendirse pues a mis súplicas infinitamente tímidas y como suelo hacer en estos casos de manifestación nocturna, había escrito sin prender la luz para no correr el riesgo de provocar la huida del Viniente, cojo rápidamente y sin ruido el bloc que nunca abandona la cabecera de mi cama y el bolígrafo de punta gruesa con el que se puede escribir amplio y rápi-

do hoja a través, y había anotado las primeras líneas que me dictaba el Viniente, llenando en la oscuridad la gran hoja, colmándola de una precipitación de frases inestimables, levadura del libro, don de los dioses cuyo nombre ni siquiera conozco. Y una vez recibido el viático absoluto me aventuré a prender la luz, y como si tuviera en la boca, en la boca del alma y de la mano, y en mi lengua de noche, la hostia que derrama el cuerpo y la sangre del Viniente en mi carne, sorbiéndola y absorbiéndola, había escrito después de la primera semilla cuatro grandes páginas de líneas muy juntas con caracteres gordos y apresurados, que olían a tinta tierra galope sudor ollares jadeantes, si bien eran páginas vivas carnosas, potentes tupidas, de una generosidad exaltante, no cabía en mí de contenta, daré las gracias a los donantes mañana por la mañana, pensaba, cuatro páginas inmensas con todas las calidades de lo viable, lo que para mí significa que sólo me queda ir más lejos, una vez me ha sido dado ese inicio, sólo hay que seguir la dirección, hay que trabajar con ahínco, cierto, pero lo esencial ya está aquí, el resto es posible y sólo requiere aunar energías de un modo extraordinario.

Me levanté pues con el alba serena, decidida, bajo un halo de gracia. Colmada: durante toda la noche, a través del flujo caudaloso de los sueños y el caos de las civilizaciones Argelia me había mandado cajas de huellas, visiones, expidiendo paquetes a través de miles de obstáculos, resucitando nuevos personajes totalmente olvidados, crees que no hay nada entre los escombros, pero ¿ves cómo sí? inclínate sobre la barandilla, ¡¿quién está ahí?! ¡Mohamed! Lo veía: ¡Mohamed! que debe estar muerto desde hace mucho tiempo, y no sólo lo he visto sino que también he notado todos sus olores y pensaba que a pesar de todo no soy tan pobre ni me veo tan desertada como parece. Mohamed plantado en el hueco de la escalera de la calle Philippe en persona. Rápidamente había garabateado en el papel esas pocas palabras a modo de indicación sobre Mohamed: fiambreras sacos de yute y no sé qué más.

Y ahora ya no las encontraba. De las cinco páginas que había escrito en un gozo sin cautela, y que no me he inventado porque las he visto escritas, sólo encontraba la media hoja, la primera, sobre la cual sin ni siquiera prender la luz había escrito esas líneas "*Durante todo el tiempo en que vivía en Argelia, etc.*" hasta "*la obligación*", el resto había desaparecido, cosa imposible.

Me puse a buscar, hay muchas hojas de papel a mi alrededor, centenares, tal vez mil, y no las encontré. Me puse a buscar de nuevo y lo hice de un modo cada vez más metódico y cada vez más inquieto, empecé a hervir y me quité el jersey, busqué en unas carpetas en las que sólo un acto de locura me habría empujado a meter ahí estas hojas, volví a buscar justo después en esas mismas carpetas, al cabo de un rato no podía dejar de buscarlas y no encontrarlas, pensando hasta el delirio que no podría en ningún caso dejar de buscarlas sin haberlas encontrado era ya una cuestión de vida o muerte, pero ya no podía hacer otra cosa que hurgar, revolver, hojear centenares de páginas, nada en el mundo podía detener mi frenesí, ya habían transcurrido dos horas, dos horas es decir las horas más preciosas para mí, las que había destinado a retomar con el día las famosas páginas que me habían sido otorgadas durante la noche, horas que habían pasado de la esperanza a la desesperación más violenta, estaba cavando mi tumba, no cabía duda, la idea del suicidio empezaba a impregnar la fosa de papel, y mientras me decía que debería pararme aumentaba la cadencia de ese cavar mortal, por otra parte no intenté en ningún momento esforzarme en recordar estas páginas, la idea de tener que reconstituirlas era inaceptable, quería ésas, las que me habían sido dadas y que por un juego de magia inexplicable se habían volatilizado.

Era razonable pensar que sin duda existían en algún lugar. Pero me tenía en pie ante una muralla que palpaba sollozando sin encontrar la puerta. Por otro lado hacia las once de la mañana también se produjo un fenómeno celeste inexplicable: el cielo oscureció por completo, y se hizo de noche. Relato los

hechos. Esa noche inaudita batida por el trueno, aunque seca, duró una hora. En esa noche que resistió al día hasta el mediodía, con todas las lámparas encendidas, estuve hurgando. No podía actuar de otro modo. Noté sin detenerme en ello la concordancia de los signos. Pero nada podía arrancarme de mi obligación interior, y nadie hubiera podido romper el atroz encanto que me sujetaba. Pensé en ello con el rabillo de la mente: habría sido necesaria una muerte, quizás la de mi madre, para romper las cadenas, sí sólo eso quizás. Un dolor capaz de rivalizar con el dolor que me tenía sujeta con grilletes. Y todo esto en las tinieblas. No podía renunciar a *Eso*. Una está a punto de morir y no hay muerte. No hay nada peor pensaba como una vela que vacila hacia la extinción mi pensamiento vacilaba no hay nada peor, o quizás sí. Perder pero no del todo casi perder y verse relegada en el confín irrespirable del morir sin que pueda hacer nada contra ello, y sin ningún otro puerto o puerta que morir o muerta. Es una película de terror, sólo una película decimos, puede ser, pero el terror nos detiene el corazón.

Pues bien, me digo a mí misma despacio entre dos espasmos cardíacos (y, mientras tanto, mi madre que veía cómo me estaba yendo yo de la angustia buscaba por su cuenta en todas partes, en la cocina, en su aparador) al final de la mañana perdida, sacrificada a la locura; pues bien, eso es exactamente lo que pasaba con Argelia, cuando yo vivía allí: era mía, la tenía –y ya no era mía, nunca había sido mía, nunca la había tenido entre mis brazos. Sí, eso mismo: la perseguía, y ella no estaba lejos, vivía en Argelia, primero en Orán, luego en Argel, vivía *en* la ciudad de Orán y la buscaba después vivía *en* la ciudad de Argel y buscaba una entrada y ella se me escapaba, en su tierra, bajo mis pies, seguía siendo intocable, yo quería que se abriera la puerta, debo ahora poder explicar esta expedición en la que vertía todas las fuerzas de mi vida en dirección a Argelia, cómo he pasado la primera parte de mi vida de Orán buscando las cuatro páginas, encarnizadamente y con fiebre cómo he acabado renunciando contando con que lo lograría al llegar a Argel

en la segunda mitad del día, cómo en el Clos-Salembier he tenido un instante fugaz de ilusión, justo en el momento en que mi madre entraba a mi despacho hace media hora, la cara iluminada con la idea de devolverme a la vida, ¡agitando ante mí un bloc! ¡dónde! ¡reconozco! ¡desde lejos! ¡mi letra! y durante un instante pensé que estaba salvada pero este bloc no, es mi libreta de sueños que ya he hojeado diez veces, no es eso no es eso, de la misma manera que en el jardín del Clos-Salembier me acurrucaba contra Aísha tan pronto como ella se quitaba el velo en el patizuelo al que se llegaba siguiendo un segmento del amplio camino de entrada, que bordea la casa por el lado derecho, delante de la puerta de la cocina, y como testigos frente a nosotros el gallinero y a la derecha encerrado en su jaula el personaje de Fips el perro, cuya vida entonces no sabíamos conscientemente mi hermano y yo que estábamos imitando –allí, en aquel reducido perímetro de cemento llamado el patizuelo, me apretaba contra el cuerpo de Aísha y ella riendo me dejaba estrechar su país durante un flaco instante sin otra continuidad que los centenares de puertas del Clos-Salembier que más allá de las rejas del jardín dirigían hacia nosotros sus párpados cerrados.

Justamente las páginas que seguían se referían a mi madre y a lo que ella había llamado su suicidio es decir la manera con que ella misma había causado su propia pérdida bajo la forma de La Clínica que era su obra maestra su creación y su extraordinaria máquina de sacar niños a la luz argelina, pérdida inmensa y sin igual, ya que contrariamente a mí ella nunca habría dejado Argelia si no hubiera sido por esto (si no hubiera sido por esta desgracia llamada *suicidio involuntario*). "*Durante todo el tiempo en que vivía en Argelia*" tal y como explicaba a grandes trazos luminosos en estas páginas que aún no podía creer que habían desaparecido, la había deseado y no sólo de un modo vago, distraído, sino insistente, con el empecinamiento de una locura amorosa, podía estarme días y meses al acecho de pie en la calle, exigiendo un milagro, la llegada de algo, que

algo apareciera, convencida de que obtendría por la omnipotencia de los pensamientos lo que nunca obtuve.

Y pensar que un día di media vuelta y rompí esta ligazón. Y pensar que soy yo la que me fui y mi madre la alemana la que se quedó.

Pero finalmente la que no se había ido de allí y que nunca había languidecido ni roto ni buscado nada la que siempre había encontrado su camino sin ninguna dificultad por los senderos serpenteantes de las ciudades y los barrios de chabolas y que nunca había temido ni deseado ni esperado nada ni había hecho rechinar los dientes y que había asegurado el funcionamiento regular de La Clínica de la que cada año salían varios centenares de bebés la que contrariamente a mí estaba en el centro y en el medio y en el interior, fue ella y sólo ella la que de golpe y de una vez por todas se vio despachada y desahuciada en un solo día. Cuando ella nunca había despedido a una mujer de la limpieza o a una comadrona. Y estaba tan bien implantada en el gran útero, que había sido necesaria una violenta maniobra abortiva para conseguir su desalojo. Mientras que yo nunca dejé de sostenerme de un hilo de lo más incierto hasta el día en que decidí abandonarlo todo, extenuada por el arduo trabajo de empalme que yo misma realizaba.

El mismo dolor me hacía enloquecer, el de no encontrar la cosa en sí, aquella de la cual soy autora y criatura, aquella que tenía en mano, que está bajo mi techo, por en medio de mí, que empieza a ocuparme, a invadirme, a subirme por los pulmones, los oídos, la cabeza, a saturarme con su ausencia, con su retirada, que hace que todo mi cuerpo sea un algia insoportable. Aunque quizás, pensé de golpe, este accidente incomprensible no es sólo ese abismo que se abre bruscamente en el mismo centro de mi despacho en cuyo borde me voy arrastrando, quizás no es un agujero en el universo o en mi cráneo. Quizás empecé a decirme a mí misma, durante esa noche cerrada del mediodía que era lo más realista del mundo y a la vez algo jamás visto, quizás no sea un suceso delirante y de mal augu-

rio. Sino todo lo contrario. Se parece tanto a esta clase de *mal de argelia* del que yo me ponía enferma en Argelia o del que ella se me ponía enferma, esa sensación de estar poseída por una sensación de desposeimiento o la respuesta que yo producía, esa lucha por conquistar lo imposible-de-encontrar que puede conducirme a la autodestrucción, igual que antaño, aquí, en mi despacho, después de tanto tiempo. Presa de lo imposible-de-enlutar mi alma se remuerde hasta sangrar.

Entonces con un esfuerzo desgarrador rompí conmigo misma me partí sin saber cómo, como si me hubiese cogido por la cintura, rescatándome de esta escena de hundimiento. Después, siempre sin saber cómo, me doblé. Y puse en mi propia obra mi propia locura. Por un juego de manos me invertí, me di la vuelta a mí misma en sentido contrario. Había perdido un tesoro irreemplazable. Y esa pérdida irreemplazable era la que iba a reemplazar las páginas cuya muerte todavía no admitía, aun cuando, al pasar el tiempo, iba acercándome al abandono de la búsqueda es decir a un abandono de un miembro de mi alma.

–TÚ NO HAS CONOCIDO ARGELIA, dijo mi hermano él también expulsado del país conocido en veinticuatro horas, ésa era su sentencia y conclusión. Así es cómo aborda el tema. Como de costumbre, estábamos sentados en las butacas que ocupamos cada vez que a pesar nuestro se repite la escena que hace de nosotros dos la primera pareja. Es evidente que esa escena no la veo cuando estoy en ella, estoy en ella, en la butaca, sólo ahora al dar un paso de una página hacia un lado es cuando nos veo y reconozco la necesidad de las butacas como parapeto. Por muy tranquila que parezca, en realidad a la habitación la atraviesan grandes corrientes de violencia, parece que nos estemos hablando, aunque nunca se trata de palabrería, pero a decir verdad sin que aparentemos dejar las butacas lo que estamos levantando y volcando es algo titánico, un país costero bordeado por un mar, que no dejamos de golpear, traspasar, correr, atravesar, todo el cementerio con sus tumbas cuyas lápidas monumentos troncos, aunando nuestras penas y cóleras, sacudimos como las migas de un sucio banquete carnívoro, las Ciudades, Ciudad de Orán y Ciudad de Argel, bajo nuestros pies descalzos –cada vez que rememoro los pies de mi hermano, con sus dedos gordos curvados sobre el borde de los peldaños, su manera de asir el mundo con los dedos de los pies, veo mis propios pies de antaño, en los pies se nos ve claramente el parentesco, los mismos pies, los de mi padre, la misma manera –mi hermano– mi padre, de agarrar Argelia por la tierra –ya que

mi hermano nunca dejó de coger y ser cogido, mientras que yo un día lo solté todo y estiré los dedos de los pies– y nuestros pies descalzos notan cómo se contornean los músculos seismados de esta tierra continuamente agitada. Mi hermano juega. Siempre es él quien empieza. La partida de ajedrez es una ficción. Una sombra imperceptible de nuestros intercambios, un resto de la batalla que nos enseñó a los dos nuestro padre. Pero he notado que cada vez –o casi– que nos sentamos en las butacas, mi hermano avanza su pieza, y cada vez pienso: va a mover el caballo. Mientras que yo enseguida que puedo liberar el alfil lo desplazo. Y evidentemente los dos nos reservamos la reina. Pero en realidad el tablero no se despliega entre nosotros dos desde que se acabó el Clos-Salembier.

Nada de lo que intercambiamos desde las butacas a través de las décadas fue nunca insignificante. Se trata siempre como mínimo de labrar y exhumar huesos y restos de mudanzas y a menudo de una guerra en la que somos hermanos jurados originarios, juntos frente a las sucesivas máscaras del enemigo mundial, y apretados el uno contra el otro en la lucha contra el mundo debido al fuego de una lucha interna que se vuelve a encender y que volvemos a encender al entrar en contacto el uno con el otro, por el roce de nuestros humores igualmente afilados.

Nada más sentarnos en las butacas, mi hermano aborda el tema. Siempre es él quien empieza, pensaba, frontalmente, mientras que cuando soy yo quien toma la palabra, paso por el hombro o por la rodilla, pero mi hermano es frontal. Para ser más exactos: nos dirigimos hacia las butacas cada vez que nos empuja hacia allí el demonio de la fraternidad. Porque las butacas son la sede de la fraternidad. En las butacas estoy al lado de mi hermano a su lado y al lado de él por un lado en tanto que hermana de hermano y por otro lado en tanto que hermano adicional. Ya que si bien en el interior nos rozamos hasta el choque, frente al mundo siempre fuimos un solo bando multiplicado.

–Tú no has conocido Argelia dijo, para concluir mis observaciones preliminares, una vez le hube leído las frases salvadas del desastre mientras le decía cómo hubiera hecho cualquier cosa para llegar a Argelia cuando vivía allí con mi hermano, a lo que mi hermano me devuelve el pase de un revés, vieja técnica, supervivencia de nuestros partidos de ping pong en el jardín del Clos-Salembier durante los cuales cogíamos al vuelo la pelota y nos la lanzábamos sin piedad –y cada pelota era por supuesto una frase condensada.

"*Porque cuando finalmente al cabo de cinco años de dolorosa espera que a nuestra temprana edad representaban lo mismo que veinte vimos surgir a aquella que de tanto verse acechadasupliquesperada celebrada cuyas ruedas imaginarias rozaban sobreexcitadas las palmas de nuestras manos en cada sagrada ocasión en que estaba lógica pero no razonablemente permitido pensar en su llegada*" había anotado rápidamente estas líneas en mi bloc, cuando mi hermano me quitó la palabra de la boca como si hubiese temido o presentido por error o con razón que yo iba a mangarle la historia de la Bici.

–Porque cuando finalmente al cabo de tantos años de espera inútil, dolorosa e inexplicable si no es por algo retorcido y hasta desquiciado en la mente de mamá que ni siquiera se daba cuenta del suplicio al que nos sometía, dijo mi hermano, de hacernos esperar esta Bici que para nosotros no era una simple bici y mucho menos una bicicleta como decía mamá, sino el medio más sencillo y más urgente de salir de nuestro encarcelamiento en un perímetro pedestre, la herramienta para conquistar el país, y conquistarlo sin violencia, lo que para nosotros era la felicidad en persona, esta Bici pues, cuyo nombre de Bici cantaba todo lo que adorábamos consciente o inconscientemente, tanto el vicio del Bólido como el ocio del Biciclo, la bi del Bis, la ci de Cizaña, y mucho más aún, esta Bici que nos aseguraría la libertad, el espacio, lo alto y como consecuencia nos daría a Argelia entera y a sus inaccesibles ciudades, cuando por fin mi hermano se encendía de nuevo y yo también al

revivir estos años pendientes de la Bici venidera y para mí también de la palabra Bici que es la palabra más hermosa sencilla del mundo, cuando *por fin nosotros* tuvimos la Bici –sí *nosotros* ya que esta Bici que se suponía que iba a ser mía, *mi* Bici, pero que por el ataque de locura de mamá imperdonable –un ataque imperdonable, ya que no era una Bici de hombre –y yo veía a mi hermano que se ponía tieso por un furor a la vez antiguo desde siempre, pero siempre presente nuevo joven, que al no poder aceptar todavía hoy decir "una bici-de-mujer" prefería atenuarlo con "una bici que no era una bici de hombre" –que tú también podías utilizar, ahora bien cuando tuvimos la Bici, tú no la usaste nunca, tenías el medio de conocer por fin Argelia empezando por la periferia del Clos-Salembier y más allá de Birmandreis más allá de Hydra más allá de El Biar y más allá aún, y en el momento en que por fin lo que siempre se nos había cerrado y denegado se nos otorgaba, y hay que decírtelo más bien a ti: a la Bici no le sacaste partido, pero sabiendo que no soy yo quien te la hubiese arrebatado o negado saco la conclusión de que si no has conocido Argelia es porque no te importaba lo más mínimo. Has rechazado la Bici y por tanto Argelia, así habla mi hermano y es cierto que ese razonamiento es válido. He aquí por qué, encajado en la pequeña butaca del balcón repliega con fuerza sobre mí su amplia voz.

–Mientras que yo, exclama,

–como yo no utilizaba la bici, a decir verdad, es un hecho, esa Bici que no era de hombre se había convertido en algo de mi hermano, por un desvío del destino, y por una desviación de la intención de mi madre, que había tenido la idea de regalarle a mi hermano una Bici para ambos sexos. Pero quién habría podido prever las consecuencias inmensas y verdaderamente dramáticas del cálculo de mi madre, a sus ojos un cálculo trivial y justificado por muchos motivos económicos y cuyas repercusiones mentales morales afectivas se notan todavía hoy en toda la familia y podemos pensarlo aunque no decirlo hasta en todos los acontecimientos, nacimientos bodas enfermedades

y muertes que nos suceden, al igual que en la elección de una carrera, una relación, una decisión, un compromiso, una ruptura, así como en las conversaciones de sobremesa. Todo lo que nos sucedía en el Clos-Salembier nos llegaba en femenino y en masculino y viceversa y nos sentíamos necesarios e insuficientes, a mí me parecía que nuestra pareja tendía hacia lo masculino, pero según mi hermano nos guiaba lo femenino, y todo eso venía de la incesante turbulencia nebulosa argelina sexual.

–Mientras que yo, exclama mi hermano, a partir de ese día me iba cada día de la mañana a la noche a descubrir el país, y eso a pesar de la rabia y la vergüenza que no me abandonaban, a pesar de la humillación pública inmerecida que por amor al país era capaz de aguantar, a pesar de la ira y la congoja que sentía al pensar que mi propia madre me había herido y por partida doble, ya que no sólo había cometido la increíble locura de comprarme a mí una Bici semejante y además no se había dado cuenta de la ofensa que continúa cometiendo y que persiste en cometer contra mi amor propio natural. Y a pesar de todo esto, que es mucho más que una falta sin perdón, pedaleé cada día muy por encima de todos los afectos y mezquindades, porque sin embargo mi deseo ha sido siempre más fuerte que las punzadas en mi amor propio. Tú en cambio has tomado el camino contrario, cuando tú ni siquiera tenías que vencer la doble congoja de haber sido traicionada por tu madre y tener que enfrentarte con las caras burlonas de toda la chiquillería del barrio. Lo que por otra parte me ha obligado a destacar montando en Bici. A ti, desde que llegó la Bici, te vi el primer día de la bici cómo te encerrabas aún más dentro de casa en tu propia habitación de la que casi nunca salías, cómo te cavabas una madriguera o una guarida si lo prefieres entre los pocos libros que tenías, y a partir de ese día y durante los últimos años no hacías más que estudiar y estudiar, pensaba, y no vivir y yo desde lo alto de la Bici sabía que emprendía el vuelo muy lejos por encima del Clos-Salembier y por encima de nuestras comunes y respectivas cadenas. Y a Argelia, yo sí que la conocí.

Y mientras pronuncia todas estas palabras mi hermano *es* ante mis ojos el niño enviciado por la bici, así es cómo lo veo, tal es la fuerza de la infancia y de la Bici, es evidente que sale de la memoria y entra delante de mí en el balcón con un ruedazo.

Ahora me toca a mí, pensaba. No es que mi hermano hiciera un falso testimonio. Pero acaba de acusarme de hechos absolutamente reales de los que yo, pensaba, no soy autora sino víctima. La importancia de la Bici en nuestros destinos es innegable, pero no es en absoluto lo que él piensa. Todo o casi todo en la historia de mi hermano puede relacionarse con el traumatismo inaugural de la llegada de la Bici, de eso soy el único testigo. ¿El único testigo? No. ¿La única testiga? La ni-castigo-ni-fustigo. La hermana-testigo la hermana-te-estimo testigo-contigo, la lengua me tendrá que llevar allí donde nos quiero encontrar. Ya que toda esta historia habrá sido para nosotros ataque y guateque, un festejar y un destejar, porque él era mi hermano de hermana y de mano y yo su hermana de razón y corazón. Sin las preocupaciones que tenía yo sobre su suerte y las suyas sobre mi fatalidad uno de los dos habría encontrado una suerte de muerte. Se podrá decir incluso más adelante si nada nuevo se presenta, que el alma de mi hermano habrá quedado marcada hasta el final por lo que se conoció como el asunto de la Bici para él y por tanto lateralmente para mí en tanto que me mantenía a uno de sus lados como un hermano (pero en el otro lado la hermana que soy linda con el lado de mi madre). Por una casi simetría la Bici también ha producido grandes destrozos en mi existencia, la veo aún a esta bici que a mis ojos era arrebatadora, con su pequeño corpiño azul. Pero la relación entre Bici y yo no es en absoluto la que mi hermano puede o quiere creer. Ahora me toca, digo. Retomo la Bici desde cero. No niego que no utilicé la Bici, aun cuando mi madre, traicionando objetivamente la naturaleza de mi hermano a favor de la mía pero sin darse cuenta de ello subjetivamente, había declarado el interés que tenía en verme montar en bicicleta.

No niego que al no aprovechar la extraordinaria apertura a la tierra que suponía la Bici en realidad no conocí Argelia, y a la vez mantengo que no dejaba de soñar en explorarla y descubrirla hasta el día en que llegó la Bici. Tanto para mi hermano como para mí, la entrada de la Bici produjo un cambio en nuestra vida interior, aunque en sentido inverso para cada uno. Y si se dio ese cambio, y por tanto ese gran acontecimiento, fue por lo que esta Bici, que enseguida se convirtió en La Bici, la única, había ido acumulando como importancia, como necesidad y como multitud de promesas sobre su exiguo bastidor antes de que apareciera. Y antes de ir más lejos, subrayo que justamente esa bici fue una aparición y no solamente una bici, y que fue tal vez *la aparición* para ambos.

Porque finalmente estaba ahí, después de que la hubimos esperado durante cuatro años que para nuestra edad de niños contaban como doce o como una eternidad, y mientras tanto nos habíamos convertido en los campeones de la bici-esperada, campeones ciclistas fantasmas, tan atenazados por la carencia que a esa Bici la volvíamos una enfermedad ya que de otro modo la habríamos vuelto un crimen, y era una enfermedad antimaterna, un resentimiento furtivo vergonzoso y que se volvía contra nosotros mismos por lo que se refería a nuestra madre y a Omi nuestra abuela materna, quienes, por razones oscuras, no respondieron a nuestro deseo durante estos cuatro años es decir doce, mientras que a cada ocasión que se nos presentaba formulábamos siempre el mismo deseo, desde el momento en que lógicamente era posible pensar en su llegada estábamos totalmente movilizados aunque bajo una forma respetuosa, ya que todo esto había empezado justo después de la muerte de mi padre y observábamos sinceramente el duelo. La no-realización de nuestros deseos se nos aparecía como una consecuencia misteriosa de la desaparición irreversible de nuestro padre: ahora habíamos palpado lo imposible, habíamos tomado contacto con lo irreparable, hay plegarias que quedan sin respuesta, la Bici no llegaba, como mi padre tampoco llegaba; algo le impide a mi

madre acceder a nuestros deseos desquiciados y yo no veía qué era, tal vez era seguramente la enormidad del gasto que representaba una Bici auténtica comparada con nuestras necesidades más urgentes la mayor parte de ellas alimentarias, o bien un obstáculo secreto del que no se podía hablar y cuya existencia eventual atenuaba la intensidad de nuestras súplicas, merodeábamos con pies de plomo ante la muralla bimaterna, expresando sin parar pero con voz contenida pero con todo nuestro cuerpo la demanda del Objeto absoluto. Fingíamos tener una bici, representábamos una obra de teatro llamada La Primera Vuelta Ciclista, imitábamos al campeón y a la bici misma. Y no se producía ninguna reacción negativa. Ninguna carta de denegación. Eso aumentaba nuestra esperanza. Cada aniversario y cada fiesta judía la esperábamos como era de suponer, es decir cuatro o cinco veces al año, sólo pensábamos en ella, cada día que pasaba nos conducía más cerca de su proximidad. La falta de bici y la esperanza vital nos transformaba en locos ocasionales. De la falta loca de la Bici nacía la necesidad de los ritos de una religión, a la cual, por otra parte, salvo cuando se trataba de la Bici, no nos unía ni el cariño ni la práctica, pero la urgencia nos hacía juntar las manos y bajar la cabeza, la urgencia incontestablemente vital de la Bici para ambos nos obligaba a una conversión a nuestra propia religión apenas conocida –porque era necesario creer, tener fe o fenecer, creer que podría suceder un milagro– y he aquí cómo la Bici, que se mantenía en su promesa pero no en su palabra, flotando en lo alto de nuestros sueños como una cometa con dos ruedas que mi hermano veía claramente refulgir y de la que yo, sumergida en la neblina de la miopía, sólo veía el reflejo irisado en las pupilas extrañamente líquidas de mi hermano, he aquí cómo La Bici nos hacía arrodillar.

Pero cada fiesta, por tanto doce o quince veces seguidas, no hay bici y sin explicación alguna. Y sin negativa tampoco. No llega. No había llegado. Bajo la conmoción, mi hermano y yo nos apoyamos mutuamente, la compasión nos une con más y

más fuerza, cada uno comprende la pena y la decepción del otro. No llega, no llega, no llega, y es así que una bici se vuelve todo para nosotros, por medio de una nollegada récord. No hablaré de la inconsciencia de mi abuela durante estos años, prefiero no decir nada de todo eso. Ellas no se daban cuenta. Y eso modifica la estructura de la familia, somos dos contra dos, sin que ellas parezcan estar molestas por ello. No hablaré del asunto de la chaqueta que tejió a escondidas con lanas de color azul claro y amarillo pollito la famosa sorpresa anunciada por mi abuela para uno de mis cumpleaños y que nos hizo temblar de alegría durante tres meses, ya que no podía haber sino una sola sorpresa en el mundo. Hablaré de ese estado rayano a la rebelión, de ese estado tenebroso en el que nos hundíamos cogidos de la mano, y de ese abismo vertiginoso que se abría entre nosotros y ellas. Todo esto ocurría dentro de casa.

Pero de cara al exterior formábamos una familia unida para resistir así a los diversos ataques que provenían de los campos contrarios y gracias a los cuales nos veíamos obligados a evitar nuestra propia desarticulación. Cuando mi madre regresaba herida de la Ciudad de Argel, después de que la hubieran maltratado como viuda, nuestra cólera desaparecía por completo, basta de Bici, a decir verdad ya sólo pensábamos en mamá, ¡ah! si tuviera una bici pensaba mi hermano de pronto, me subiría en ella y ¡ras! derecho a la Ciudad y en un segundo tiraría al suelo al adversario de turno, y yo pensaba lo mismo, pero nos encontramos tan lejos del escenario en el que nuestra madre libra ella sola, tan lejos de sus aliados, unos combates casi siempre perdidos a causa de su juventud y su honestidad.

Y en esto, contra toda esperanza, aparece. La Bici. ¡Vaya golpe! Totalmente imprevisto. Mortal.

Seguimos creyendo en el "cielo", éste fue nuestro error ahora bien el cielo significa: una tumba sobre la cabeza. Que se te tumba encima. Una tumba o una bomba o una caja de ver-

duras. Sobre la cabeza. El infierno es esto: la caja del cielo que se te tumba encima, en el preciso momento que alzas la cabeza porque crees que ha llegado la hora de volar. Por tu cumpleaños. Ese caer del cielo vale tanto para mi hermano como para mí, pero cada uno lo recibe según su ser, su sexo, su temperamento, sobre la cabeza. De golpe, en el comedor, visible: la Bici. De un momento al otro. La Bici salta. A la vista. La Bici vuela por los aires. Destella. Estalla. El milagro cae hecho añicos.

Veo a mi hermano que surge en el jardín echando fuego pisándolo todo con sus pezuñas levanta la bici, la tira por los suelos y grita: ¡me marcho!

–¡Te vas! –grito.

–¡Una bici de mujer! ¡Me ofende! No me quedo ni un minuto más grita.

–Me voy contigo grito yo. Y corro, temo que se suba a la bici, que pedalee como un loco hasta el Talud de la Mujer Salvaje, que se arrime al borde del Talud sin aminorar la marcha sino todo lo contrario, que se caiga de cabeza como un plomo liado con la Bici, sus piernecillas agitándose en el aire para volver a subir ya demasiado tarde, chillo ¡Pierre! ¡Pierre! Es una pesadilla. Es la pesadilla del Talud de la Mujer Salvaje. Ahora me viene a la cabeza cómo ayer se le dio por caer a mi hermano pequeño como una piedra. Y de él ya no se ven nada más que sus dos pequeños brazos de piernas convulsas que se alzan hacia el cielo, plegaria de piedra medio ahogada.

Mi hermano grita: ¡ella me ofende! ¡Con esto me mata! ¡Otra vez! Mi hermano recoge la vara de hierro. Grito: ¡Quédate! Mi abuela grita fuerte en alemán *Solch ein Kuckuck nochmal*! Son sus palabras de máxima indignación. A todos nos llama cucos o más bien Kukús, a Pierre a mí La Bici de los Kukús. Korremos, con la Bici que nos sigue o nos acompaña no sé cómo, kukorremos hacia nuestra ruina, no lo dudo.

Detrás, las dos pequeñas siluetas de las diosas distraídas con los ojos perdidos. Mi madre tiene un ojo protuberante, y los

pelos de punta, Omi se ríe. Omi se ríe. De rabia o pavor. Mi hermano alza la vara de hierro. Sacudida por la aparición, lanzo un gemido, la oscuridad se tumba encima de mi vida de hermana, titubeo, resbalo por la escalera de mi primera tragedia, aquí empieza pues toda la desgracia que nos acompañará, se ha producido una falta, un crimen, una lesión un velo negro sobre el ojo. Corro lanzo un gemido detrás de mi hermano "¡Hoy me voy para siempre!" "Vete te sigo. Para impedírtelo, ¡me prenderé de tu camisa, de tus calzas!" Aquí estamos, en la polvareda del mundo, camino de la destrucción, mi hermano de hierro yo tras sus talones. ¡Si lo hubiera sabido! dice el remordimiento y cada uno en su fuero interno agrietado oye cómo la frase lamentable se queja bajo el hierro.

–¡Me rompo los huevos todo el año portándome bien! ¡Y ella me lo agradece con un gargajo! explota mi hermano.

Lo velo, lo diluyo, juro que ha dicho: me rompo los huesos portándome bien, y ella me lo agradece con un cascajo, o quizás un ajo. Quiero que ni los dioses ni los vecinos lo oigan.

–Golpeado por esta Bici en mi cabeza exclama mi hermano veo el futuro lo veo todo y siempre será siempre. Veo a mamá haciendo lo mismo. ¡Toda la vida! ¡Toda la vida! Veo todos los golpes que me dará por no haberme mirado nunca. ¡La misma escena dentro de diez años! ¡La misma escena dentro de treinta años! ¡Mierda, no hay nada que hacer! Si ahora mismo tuviera un árbol para tirarlo abajo, tiraría mi barra de hierro sobre el roble, *die Eiche*, bajo la mirada de mamá-y-Omi la haría pedazos por la mitad –pensaba mi hermano tan alto tan fuerte que me figuraba la escena con precisión. A solas con la vara de hierro que mide un metro cincuenta y que siempre está tirada por el jardín como una invitación. Hace que grite la silueta, que se agriete el tronco, sólo como un hombre cabal puede hacerlo fuera de sus cabales él les muestra sus dotes a mamá-y-Omi las dos diosas ya superadas. Como los árboles del jardín son los árboles de mi padre, no los toca.

Tiro abajo el roblón grita con espumarajos, las babas destellan. ¡O si tuviera una rata! ¡Horror! una ratita nos salta a los pies como si la hubiera encargado, a modo de sustituto, el autor anónimo de estas pesadillas. Grito el hierro ya se desploma. Apenas la rata casi partida por la mitad se retuerce en el suelo, o tal vez tocado por la cantidad y la potencia de mis chillidos en el fondo de la cueva que la rabia ha abierto en su vida secreta, mi hermano vacila, se conmueve, reflexiona, chillo cada vez más fuerte me ensordezco a mí misma, la rata alza hacia el cielo su cabeza de obús y se las pira. Enseguida me asalta la terrible idea de que hubiera sido mejor que la rata muriera por nosotros. Tal vez eso habría evitado un degollar de madre. Una sangre por otra. Pero en mi alocado desasosiego he roto la cadena de la metonimia. No sé lo que estoy haciendo. Me dejo llevar por lo inmediato. No me lo pienso. No vislumbro las sutilezas crueles de la lógica del sacrificio, me hago defensora de lo que sea me digo a mí misma años más tarde. Pero bajo las ruedas de la Bici remolinos de pensamientos en cada cabeza los acontecimientos empezados de mala manera nos superan, desde el momento en que la Bici es visible ya no se puede parar el molino de matar, nos veo a los cuatro arremolinados como una familia de moscas en un embudo. Qué grandeza y qué pequeñez.

Toda su vida. Toda su vida.

Él revienta el camino. Arranca las puertas. Ella dice: Pero si es una bicicleta alemana muy bonita. Digo: es alemana. Él dice: no es normal. Él dice: mira lo que te digo, la leche de la delicadeza materna, no existe. Del hombre, no tiene ni idea. ¡Una Bici de mujer en el Clos-Salembier! Mis enemigos se van a partir de risa. Me voy. Quédate supliqué desprendiendo toda la preocupación del mundo. Ni hablar. Hoy se acabó. Él dice: cuando tenga setenta años seguiré pensando en esto, igual que hoy, igual que hoy. Diré: mamá estaba loca. ¡Mamá es una vieja loca! Dentro de cien años lo seguiré diciendo. Estas son las palabras que utilizamos desde la más tierna infancia: «vieja loca». ¿Acaso hay blasfemia más grande en el mundo? Son

palabras mágicas, y cuando sea vieja como el mundo las seguiremos diciendo.

–Regalar una bici de niña a su hijo –grita mi hermano es un crimen. Y en mi opinión –grita él– *un crimen definitivo*. Dice. Otra palabra que resuena dentro de nuestro saco de las quejas: De-fi-ni-ti-vo. Y en mi opinión: definitivo. Repite mi hermano con una intensidad entrecortada. Y por qué no un vestido pues –grita él– y con estas palabras llantos con sañas surgen de sus pestañas. –Me amputa, y es amputada. Am-puta, mete embriagado en el saco de las quejas. ¡Amputada! ¡Y dentro de setenta años –amputada! ¡Me amputa algo definitivo!

Esta bici –dice mi hermano– es un acto fundador de muerte. Todavía hoy me acuerdo de eso como hace setenta años, es lo que diré dentro de setenta años, acuérdate de lo que te digo me ordena. Y efectivamente todavía me acuerdo de eso. Y ahora, adiós. No te vayas supliqué. Hoy se acabó. A ella le tiene que servir de lección. Me mata. ¡Tiene que comprenderlo en el Clos-Salembier sacrificarme así! los árabes se partirán de risa. No aprenderá ni a los ochenta y siete años. Y el pan. Compra dos, para ti el bueno para mí el malo. Es Omi –digo–, lo de los dos panes, pero según ella uno es salado y el otro dulce. Da igual. ¿Crees que estoy loco? Les falta poco para estar locas. Y poco les falta a las dos para que me suicide.

Después se fue con su rabia pisoteando los campos a su paso y yo corría gimiendo entre sus enormes patas de fiera.

Entonces mi madre dijo: dadas la circunstancias, no ceno. No me siento a la mesa. Omi gritó *Zum Kuckuck nochmal* y dio una patada con el pie izquierdo. Las arrebató una enorme indignación y se fueron jadeando en la noche extrañada.

Al día siguiente mi hermano vuelve a la verja. Me pregunto si tengo que volver dice porque no quiero que mamá se sienta desgraciada. A su alrededor cinco chiquillos andrajosos y mocosos. ¿Se siente desgraciada? –dice mi hermano. Vuelve –digo. Pero si no se siente desgraciada dice mi hermano, no vuelvo. El coro de mocosos agarrado a las rejas. Por los cabellos de mi her-

mano veo que esta noche ha conocido Argelia. –Vuelve –digo. –¿Así pues se siente desgraciada? piensa mi hermano. –Sin duda, seguramente –pienso yo. Nos miramos. Entre nosotros la verja, imposible. Me siento desgraciada. Me siento desgraciado. Soy mi hermano en el otro lado. Juntos empujamos lentamente la verja. El racimo de chavales se desprende de ella. La verja imposible pasa entre nosotros, de nuevo, entre nosotros los niños de dos panes y nosotros los niños sin pan. Sin una palabra. Mi madre grita: tenemos lo necesario para comer. Desde la terraza. Mi hermano entra, por muchos motivos opuestos entremezclados.

–¡Pero si ni siquiera la he comprado en las rebajas! –dice mi madre.

–Nunca nada se convierte en recuerdo –dice mi hermano en la butaca. El olvido no existe. Mira esta Bici mira. La memoria no existe. Es un crimen dice mi hermano. Es una incompetencia materna total dice el pediatra. Siempre la misma el tiempo no existe.

Mientras que para mí pensé todo lo que entra gritando en el escenario sale en el escenario de papel.

–Siempre querré saber si ha habido *una mujer judía en la historia* que en el día en que su hijo cumple trece años le regala una bici de mujer.

Toda mi vida lo iré repitiendo: en el momento del símbolo del hombre magnificado y para colmo en el Clos-Salembier, ante todos nuestros enemiguillos que se estaban riendo, mamá prefirió mirar por lo económico. Toda mi vida, señalaré lo peor; mamá *ni siquiera quiso castrarme*. Toda su vida ni siquiera ha sabido distinguir entre el hombre, el hijo, la mujer o la madre. Ella cogió el maletín y bajó para asistir un parto en el Talud mientras me moría de dolor.

Cogí la bici –dice mi hermano–, a horcajadas. Era muy pesada.

–Este asunto de la bicicleta –dice mi madre descabellada–, se lo tomó en contra suya, aunque *a decir verdad* sólo era por mi sentido del ahorro, lo sé –digo– porque a esta bicicleta la puede montar todo el mundo y dios sabe lo que la gente montaba en aquella época, mientras corra ya vale –dice mi madre– y mis hijos siempre me han reprochado todo lo que hacía y para colmo todo lo que no hacía sin ningún sentido del ahorro.

Y ENCIMA ESTA BICI la usé sólo una vez y después ya nunca más. Y encima el pan bueno no me lo comí yo y es mi hermano quien se comió todo el pan la Bici buenamala. Y encima esta Bici empezó a separarnos, a pesar suyo a pesar mío, esta Bici que fue comprada sólo para ser una bici-de-dos con una tendencia razonable a mi favor se convirtió en la Bici loca de mi hermano, con la que un día tras otro él se va corriendo hacia arriba, sublime cometa cuya larga cola se compone de una cinta de mocosos andrajos. Todos los cálculos de mi madre burlados, más le habría valido comprar una Bici de hombre en vez de comprar una bicicleta alemana pero tan distraída como era nunca se dio cuenta de que en el Clos-Salembier había una guerra además de las otras guerras en las que nos enredábamos oblicuamente, porque teníamos que combatir a la vez y en varios frentes de espaldas de frente de lado bajo el brazo nariz con nariz, dando un giro y rechazando ya sea un ataque general, ya sea un ataque local o lateral, en campos de batalla más o menos amplios a veces exiguos pero como un conflicto siempre comunicaba con un odio vecino cada choque propagaba sus ondas de arriba abajo de la Ciudad de Argel.

Esta Ciudad de la que tanta gente de todo tipo de orígenes habla como de otra Ciudad famosa por su belleza y por sus numerosos lugares de placer y que por tanto se la pudo habitar como a una Venecia o como a una Roma, y que efectivamente se la idolatraba y monumentalizaba, esa Ciudad que era numerosa-

mente nombrada, como lo son las divinas Ciudades cuyos atributos se recitan, para mí es el Infierno y lo es justamente a causa de esta abundancia de lugares maravillosos, a causa de sus calles que entusiasman, tanto las callejuelas sombrías hediondas y tortuosas como las largas grandes calles céntricas y orgullosas, justamente a causa de la intensidad tumultuosa, ruidosa, empujosa, indolente, de sus arcadas de sus pendientes de sus bares de sus ficus cargados de pájaros, de sus poblaciones enteramente formadas por personas profundizadas por el roce de la muerte vecina, justamente porque cuando era tan fastuosamente engañosa y decepcionadora, cuando parecía ser la vida misma, cuando en realidad en mi opinión era guerra sobre guerra, una construcción de hostilidades, un gigantesco pastel envenenado, mucha gente está contenta y va a la iglesia, también va a las fiestas de etiqueta en el Teatro y también a determinadas playas aunque no a otras, cosa que no ocurría con nosotros, porque nosotros, una familia del Clos-Salembier, no nos contábamos entre los contentos de iglesia, pero para mí la Ciudad de Argel es una falsificación y una trampa que tiene mucho éxito, un huevero gigante y variopinto en forma de gallina que incuba huevos de guerra. En mi opinión no se puede dar un paso por la calle ni entrar en una tienda sin convertirse instantáneamente en víctima cómplice culpable o en verse contaminado. Enseguida hay alguien que se está pudriendo alguien que está chafando a alguien o alguien que mira cómo estás huyendo de algún espectáculo humano insoportable. Según la opinión de mi madre Alemania es incurable, en mi opinión la Ciudad de Argel como cima y metáfora de toda Argelia es lo incurable. Cuando vivía en los altos del Infierno en el Clos-Salembier, en la cresta del Camino de las Crestas, me preguntaba si mi madre era consciente de que había pasado de una escena mortal a una escena de muerte, pero según la opinión de mi hermano mi madre nunca se ha dado cuenta de la cantidad de elementos mortales amontonados en la Ciudad.

Todo esto lo explicaría La Clínica: justo en el medio, en mi opinión crapuloso y sin remedio, de la Ciudad entera presa de

cuchillos imaginarios y reales, estaba enclavada, primero por mi padre y tras su muerte por mi madre, la Cuña. En el mismo corazón de guerra, el remanso. Efectivamente La Clínica es protohistórica por excelencia. Allí se entraba desnudo para nacer desnudo. Único lugar y momento en que la humanidad no tiene otro objetivo que el de salir a la luz, cosa extraordinaria. En la sala de parto, el mundo tiende a nacer y sólo a eso. En mi opinión lo mejor de Argelia ha vivido en ese cuartucho. Además al salir de la sala de alumbramiento, a pocos pasos de allí hacia la cocina, algo de guerra ya se agolpaba, incubaba, se apagaba rápidamente a golpes de trapos por el suelo y ocasionalmente se reanimaba, aunque sin embargo no se extendía a todo el territorio. En cambio desde la puerta de entrada, ya está: todo, todo está minado, empezando por el ascensor, que causó tantas desgracias (hablaré de eso más tarde) y después en el pasillo del edificio en el que, con la ayuda de mi madre ciega a los peligros mortales, el portero había abierto una tienda de sostenes y ropa interior para mujeres preñadas, y luego la garita del portero que no es más que una bomba de relojería, introducida con el sostén de la ceguera de mi madre, en el sótano del edificio y que finalmente explotó, produciendo la devastación de toda la casa, la desaparición de Bienes y Personas de La Clínica y por una consecuencia lógica aunque no prevista por el Portero la destrucción de la tienda de ropa interior para mujeres preñadas bragas y sostenes y el paso brusco de la prosperidad a la decadencia de aquellos que habían confiado en aumentar su fortuna.

Pero antes de la destrucción y la aniquilación definitiva de La Clínica en 1971, y por lo tanto de este terrible final que me da la razón en todo, uno se podía equivocar, entre los alumbramientos y los primeros llantos, y todo el tiempo que duraban los partos, eso constituía una continuidad de esfuerzos en pos de la vida y no al contrario.

Mientras que nosotros que estábamos encaramados en un árbol o en el tejado del Clos-Salembier desde 1946 hasta 1956 veíamos todo lo que mi madre no veía abajo en su nido.

Además del racismo fundacional francés del racismo raíz razón zócalo pilares sociedad cultura costumbre además de esta inoculación congénita triunfal de este injerto de lo más logrado y común en el mundo además del clasicismo francés, además de esta morbosidad considerada como buena salud, buena gana, hay que añadir los antisemitismos, que naturalmente se van sumando: el antisemitismo de cada parte del conjunto hacia los judíos (franceses franceses de Argelia españoles árabes corsos médicos funcionarios abogados) exceptuando los cabileños y los comunistas que a menudo eran exjudíos en su origen, el antisemitismo crónico que mi madre y Omi comparaban con el *gesunder Antisemitismus* con el que habían vivido en Alemania sin demasiada molestia, y por encima el antisemitismo banal y continuo, el antisemitismo agudo con bruscos arrebatos muy peligrosos; y encima hay que añadir el antiviudismo, cuyas manifestaciones vimos surgir, una vez desaparecido mi padre, entre los más íntimos, los amigos de mi padre que ahora querían todos ellos ser los amantes de mi madre porque de lo contrario, y sus mujeres que todas sin ninguna excepción echaron a mi madre y a la familia a la calle de forma preventiva,

encima en el Clos-Salembier había la guerra de los sexos guerra bruta cruda guerra semejante a la guerra de las rosas un asunto de espinas y rosas guerra de los sexos despellejados, animales medio desollados, lanzamiento de gatos y ratas enteros o a pedazos, guerra de monstruos niños a la que las personas mayores potencias proporcionaban complacencia, perversidad, indiferencia aparente pero en la que no participaban directamente; guerra dividida en dos frentes, por un lado la guerra entre chicos, de un mismo sexo a un mismo sexo, cabe destacarlo porque tenía lugar entre circuncisos, una guerra en la cual lo que competía eran erecciones, palos, puños, pollas, nabos, jódete, mis huevos, bíceps, insignias; por otro lado la guerra de los mismos contra los otros, en la que la mayor parte del tiempo me encontraba aislada sin hermana sin hermano y sin amiga. Con mis abuelas en el fondo de la escena en la cocina que al final sur-

gían para recoger a los heridos, una vez que el mal ya estaba hecho. Y de esta doble guerra yo soy la única que puede hablar porque únicamente yo estaba en el Clos-Salembier de los dos bandos, en calidad de hermano por mi hermano y en calidad de niña sin mi hermano que en este caso nunca habría podido ser mi hermana. Sé lo que es sentirse mancillada. Sin embargo el peor sufrimiento no es la mancilla que varias veces me empujó al borde del suicidio.

Por encima de los combates y de las humillaciones lo más insoportable era que en el Clos-Salembier nos asaltaban los mismos seres que deseábamos querer, de los que estábamos lamentablemente enamorados, a los que nos unían –pensábamos– todos los parentescos y comunidades de origen, de destino, de actitudes mentales, de memoria, de tacto, de gusto, nuestros enemigos eran nuestros amigos, y había error y confusión de las partes por todas partes, quería estar de su parte pero éste era un deseo sólo por mi parte, de su parte el deseo no estaba en ninguna parte, era una hoguera una zarza que te ahogaba con sus brazos de espina, sólo deseaba su Ciudad y su Argelia, quería llegar allí con todas las fuerzas podía pasarme horas agachada a pocos metros de ellos sin moverme, con la esperanza de mostrar mis buenas intenciones, una paciencia y un comportamiento que nunca tuve con el bando de los franceses, enseguida que aparecían franceses yo era exultación arma donde aparecían árabes yo era esperanza y herida. Yo –pensaba– soy *inseparárabe*. Es una relación insoportable consigo mismo.

Es decir con aquellos a quienes nosotros llamábamos "los-moritos", oscuramente convencidos de que nosotros estábamos, de que habíamos sido desde la cuna e incluso antes destinados unos a otros y separados en un cisma como vemos en los cuentos de Grimm, nos sentíamos cisnes indecorosos, indeseables, aunque con la promesa de la reparación, y nos dábamos cita mi hermano y yo como un signo anunciador durante el últi-

mo viaje que hicimos con mi padre en 1948 en el Citroën saliendo de *La Clínica* y pasando por delante de la Oficina-Central-de-Correos para llegar a duras penas hasta el pie de las famosas costas de Argel, y es en la desembocadura del Camino de las Crestas que mi padre paró el Citroën para hacer subir a bordo a dos árabes que hacían autostop. Ahora bien, hay que saber que este hecho era algo absolutamente excepcional en aquella época. Y más aún cuando no teníamos la certeza de que el Citroën volvería a arrancar. Siempre hay que hacerle cosquillas en la nariz durante mucho rato con la manivela. En el Citroën es la fiesta inolvidable los dos pasajeros dan las gracias con alegría por la hospitalidad inesperada, tuvieron razón en creer y en esperar aquello con lo que no se puede obviamente contar, el mundo no es tan malo como uno cree, véase por ejemplo como un francés se para, lo que es un error pensé mi padre no es francés a pesar de que él mismo quizás se lo crea, mi padre es un falso movimiento de la historia de este país, es en tanto que deshecho escupido destituido por los franceses de un lado y del otro en tanto que ideal del yo médico metido como un loco en el Clos-Salembier donde ningún médico normal es decir dotado de ambiciones médicas financieras y profesionales normales se habría metido, en ese barrio sin franceses inadecuado para el éxito inadecuado para la vida mundana, es pues hay que reconocerlo, en tanto que especie particular de árabe que mi padre un arabirraro se paró y esto que sabía que el Citroën interrumpido en su impulso era difícil de volver a poner en marcha, y esto también unos diez días antes de su muerte que presentía o no, pero esto nosotros no lo sabremos nunca, pero esto no hay que decírselo a nuestros dos pasajeros –que mi padre es un árabe auténtico bajo las falsas apariencias de un joven y guapo médico francés, que por otro lado es judío, lo que podía inclinar la balanza hacia un lado o hacia el otro– ya que esto sería quitarles a los dos huéspedes encantados la maravillosa sensación de que en este país enfermo y maldito de odio y totalmente imposible, a pesar de todo, todo era posible.

Al llegar a la esquina del bulevar Laurent-Pichat mi padre había parado el coche en lo alto de la cuesta y nuestros dos humanos transfigurados al mismo tiempo que nosotros mi padre mi hermano y yo, habían bajado con el corazón abierto de par en par, la puerta, la puerta, diciendo gracias eres un hermano, gracias hermano dios te bendiga hermano en francés y como respuesta mi padre dice que son sus hermanos en árabe. Todavía hoy citamos esta última ocasión con la mayor inocencia, habiéndose cumplido todos nuestros sueños unos días antes del cierre definitivo de las puertas. Pero la suerte más grande es que estuviéramos precisamente este día en el Citroën subiendo desde las profundidades de Argel hacia el Clos-Salembier algo que nunca pasaba. Después nos contamos año tras año la historia de cuando las puertas del cielo se habían abierto ante nosotros en la esquina del bulevar, cuando a mi padre se le nombró hermano y nosotros fuimos hijos de hermano durante algunos días. El cielo era naturalmente poderosamente azul, nuestros dientes de sonrisa eran extremadamente blancos, nuestros compañeros bíblicos, y en eso dios se muere y el libro de las puertas se nos cierra en las narices.

Según mi hermano los dos hombres no hacían autostop, sería absolutamente ilógico dice él, quién sino mi padre se habría parado en el Camino de las Crestas y mi padre es un ser efímero, que se paró por propia iniciativa, siempre se paraba por propia iniciativa dice mi hermano le gustaba pararse y hacer subir en su Citroën a gente que no había pedido nada. Tenía humanidad. Dice mi hermano en el año 2000. Nos gustaba el Citroën y su nombre, creíamos oírlo florecer y deshacerse en citrón en trueno hasta el día en que al pasar al otro lado vi cómo se ahogaba por estar en este país de odio. Los dos hombres eran dos ancianos vestidos con una gandura, que esperaban el trolebús en la parada discrecional y bajaban dice mi hermano, a Argel, no iban de subida.

Yo no tenía ninguna posibilidad y a pesar de todo lo intentaba. Buscaba no encontraba. Empezaba de nuevo desde el principio, todo el tiempo en que vivía en Argelia, lo intentaba a-pesar-de-todo.

Todo lo que se mueve en mí todo lo que se pone en marcha y va corriendo detrás, y por tanto la escritura, puede ser devuelto de nuevo a las puertas de Orán primero y a las diferentes puertas de Argel después, me parece que siempre se me puede devolver o que se me devuelve a las puertas invisibles de las ciudades tan diferentes de Orán y luego de Argel, y sobre todo a su invisibilidad fuente de desventuras renovadas porque como no las veía chocaba con ellas o me chocaban, en cualquier caso las sentía al igual que una persona ciega siente perfectamente cómo vienen a su encuentro las verjas y los portales, y avanza erizada diciendo "veo un portal, veo unas rejas" usando siempre la palabra ver justamente para lo que no ve con los ojos pero que ve con todo lo que reemplaza a los ojos, el presentimiento, la respiración, las orejas del corazón, todos los demás órganos dotados de vista, y la punta de los dedos.

De todos modos Ciudad siempre ha significado para mí cien puertas Ciudad asediada asediante cerco campo cercenado alambrado recinto clausura Clos-Salembier nicho enclave cautividad salidas troya orán argel sangre hombre y sangre mujer sin *mí*

mientras que París no, París es una ciudad sin puertas y por lo tanto sin fuerzas opuestas sin súplicas sin asalto sin caballo sin perro y no la veo Ciudad

la diferencia entre Orán y Argel es sexual, Orán para mí era mujer y Argel hombre, en Orán yo hacía de mujer, en Argel de hombre, a causa de la manera con que la Ciudad de Orán era en mi opinión pura seducción redondez rosada de axilas perfumadas, pura fuga, corría tras ella, toda vela y velos, traviesa, viva, evaporada, yo siempre extraviada, perdida en los vapores

malva del baño moro, amorosa toqueteando los cuerpos que se hacían infinitos de mis padres disueltos

mientras que Argel era morder el polvo, cabalgar, caer desde arriba, con o sin hermano ni padre, volver a levantarme e intentarlo-a-pesar-de-todo. En el Clos-Salembier quería entrar en Argelia con todas mis fuerzas, me aproximaba al final, el tiempo era vertiginoso, entonces me obsesionaban los muertos y sin ser consciente de ello, me cogía una prisa loca, como les ocurre a los fantasmas que sólo tienen unas pocas horas antes que el día ponga fin a su tentativa de paso,

iba a toda velocidad, y no necesariamente hacia delante, a toda velocidad solamente, no me di cuenta enseguida de que no podía conseguirlo, tampoco me di cuenta de que no lo conseguiría.

Por un lado atacaba por el otro me defendía, iba tan rápido, a ciegas, que a menudo al igual que los caballos locos de Macbeth me mordí a mí misma. A las cinco y media de la mañana un galluelo cantaba de pecho en la lejanía. Me daba el do de lejos.

TOMO LA BICI. Antes hubo: El Perro. Lo habíamos esperado con la veneración debida al Perro anunciado por nuestro padre, el Perro de Anunciación, nuestro hermano e hijo. Y ahora el Perro que en otro tiempo fue el Rey y el hijo de Dios desciende lentamente por la desherencia, una vida fallada encerrada en la jaula.

Pero sea cual sea su principio su fin su miserable destino, sólo existe un perro y es El Perro. Y El Perro es nosotros mismos, queramos o no, lo mejor y lo peor nosotros mismos como se vería más tarde.

Y ahora: La Bici. Y sea cual sea el futuro nunca habrá otra Bici sino ella, no la bicicleta alemana sino ella misma. Decimos: La Bici, y mi hermano y yo volvemos a ver el Clos-Salembier y el origen de nuestro ciclo de familia, aunque haya decenas de bicis entre La Bici y nosotros, sobre todo por lo que se refiere a mi hermano. La Bici se mantiene presente, absoluta, no *muy alta*, el *chasis azul pálido* y tanto *más viril* al final que era femenina al principio. Esta Bici fue nuestro sino: a mi hermano le ofrece Argelia, ya al día siguiente de su famosa aparición, a mí: nada. La acentuación inmediata de mi ausencia en el mundo que yo deseaba más que nada en el mundo.

Tomo la bici. Cuatro años de espera se deshacen. Uno olvida toda la pena, acaso no es así, desde el momento en que ya está aquí. Me deslizo por el camino de acceso. Estoy fuera. Tomo la calle de los Volubilis. Y es en ese instante que recibo

la caja a todo vuelo en la rueda en la rodilla en el corazón. La Bici-la caja la pareja fatídica. Los chiquillos se ríen. Los chiquillos se mean. Me habría podido volver a subir a ella. Pero no: vi el futuro. No había futuro.

De un momento al otro renuncio a la Bici. Lo que soy capaz de soportar a pie sin desfallecer esos cuerpos con cuerpos, esos apretones odiosos, esos giros y giros sobre los guijarros, no puedo soportarlo en el estado de Bici. Es un hecho que hoy soy capaz de analizar pero antes no podía. Soy mucho más fuerte a pie, me digo, más fuerte moralmente y por tanto físicamente, soy más fuerte de igual a igual en el odio y los detritus pero de más arriba soy débil moralmente, más arriba y por tanto más abajo, más rica y por tanto menos igual y más discutible y por tanto evidentemente más débil físicamente. Si yo hubiera sido mi hermano habría empuñado la barra de hierro, eso o morir avergonzada. Pero no me atreví.

Ya estaba cosida de cicatrices, ya tenía la cicatriz de la verja, la cicatriz de Fips, la cicatriz del volubilis azul, la cicatriz de la rayuela, cada vez una violenta abertura en el cuerpo, una vez un rasguño en el ojo derecho, una vez cinco estrellas boquean en el pie izquierdo, una vez el agujero del palo en el muslo derecho justo al lado de la arteria femoral. La caída de la bici me deja ilesa por dentro pero me lesa por fuera. Un agujero en los sueños que he soñado durante cuatro años. Pero la bici con la caja de verduras, me digo, es lo contrario de la Bici alada. No es mi visión del mundo. Renuncio a ello. De un modo inverso, mi hermano traicionado por el descuido de mi madre con Omi se va a Argelia a pesar de la humillación o a causa de ésta. Esta bici nos separó de verdad, pensé, hasta este momento formábamos un solo hermano con hermana interior e inversamente ahora ya no era sino hermana sin hermano interior, y como dijo mi hermano yo me hundía por mi lado en *mis ensoñaciones solitarias*.

Mi madre –y menos aún Omi que nunca llegó a aprender a montar en bicicleta– no podía comprender la necesidad de la Bici que para nosotros era el caballo Libertad, *así como el* modesto pero fabuloso retoño de Citroën el auto adorado que mi madre había vendido a un verdulero de la Ciudad de Argel venta que nos costó el alma y a propósito de la cual todos nosotros guardamos aquel silencio que se enrolla sobre las intolerables heridas infligidas a los vencidos por el duelo, y a las que los huérfanos se someten a la fuerza y sin su consentimiento. Nunca hablábamos de ello. Pero pensábamos en él y en su nueva vida que, sin que pudiéramos confesarlo, nos atormentaba de vergüenza y remordimiento, la vida de un noble animal vendido y cambiado como animal de carga, siempre sucio y repleto de verduras. Mi madre, en cambio, pertenecía a una necesidad diferente de la nuestra. La Bici no significaba nada para ella y lo era todo para nosotros. Ella no podía ver que era la Cosa-Vida, la Cosa-clave, la Cosa-enviada-del-cielo, la puerta con ruedas que iba por Argelia es decir por el mundo al que todavía no queríamos renunciar, en primer lugar porque mi madre gozaba de buena salud alemana lo que le impedía imaginar el sufrimiento real de los enfermos de Argelia que éramos nosotros, a mi madre siempre le ha faltado la enfermedad y más aún la locura, ya que piensa todavía hoy que *la enfermedad es una locura*, una alteración mental de la normalidad, una mala actitud psíquica, un defecto en la rectitud de la espalda. Nunca ha tenido ninguna simpatía ni indulgencia por los llamados enfermos que por otro lado pululan en la familia de mi padre y de los que ella se ha ocupado siempre con regularidad y una fidelidad absoluta en su puesto de sana-a-toda-prueba. Y además: dado que siempre ha sido libre en Argelia, contrariamente a nosotros, nadie la ha podido privar nunca de la libertad que había traído consigo de Alemania, e incluso a pesar de que estuviera abandonada, sola con Omi-por-mundo, rechazada por la supuesta comunidad de los amigos de mi padre que la consideraban exclusivamente como un trozo de carne, una carne que

pertenecía al cuerpo de mi padre, o que, después de la muerte del marido, tenía que ir a parar a su plato, un destino tan alejado de la mente de mi madre que de un día para otro se encontró de patitas en la calle, como les sucede a todas las viudas jóvenes en todos los países subdesarrollados, pero no en Alemania. E incluso a pesar de que se vio rechazada, puesta en cuarentena definitiva a la edad de treinta y seis años, con todas las puertas de la hospitalidad y la amistad cerradas por dentro a cal y canto, debido a una violencia vergonzosa que por lo menos convirtió a los niños que nosotros éramos en campeones del análisis precoz de la sociedad familiar conyugal adúltera inhospitalaria cobarde repugnante a nuestros ojos, pero mi madre indiferente, con salud de hierro e incluso de acero, y además blindada gracias a la urgencia y a su herencia genética alemana de hija de viuda de guerra alemana, y enseguida encontró el camino del Hospital, aquel en el que, sin temblar sin pensar incluso por un minuto que ella podría temblar en su interior, aquel en el que mi padre su marido había muerto, fue a inscribirse a los estudios de comadrona. Con su notable aptitud para la recuperación. Le quitan su árbol y ella da un salto y pasa a la copa del árbol de al lado. Y desde ahí, desde el Hospital que se convirtió en el suyo, crea en cuatro años el nuevo mundo, suyo cien por cien y sin deberle nada a nadie, ni siquiera a mi padre sino a su muerte que es la causa de la nueva vida de mi madre. Mientras que el auto adorado, él, se fue abajo vendido rebajado mi madre más libre que nunca se eleva. De un solo golpe. ¿Y adónde? Pues al mismo seno de la fertilidad de esta Argelia, cuyo cuerpo, brazos, senos, manos, nosotros, sobre todo yo, y ya desde que empecé a andar, soñábamos con alcanzar un día. E incluso cuando estuvo en la cárcel encontró allí una libertad, ya que si bien estaba ahí encerrada, una vez pasadas las dos primeras noches, durante las cuales, según me dijo, no pudo pegar ojo a causa del jaleo, una vez instalada en la celda, con las otras cuatro señoras, durmió tan a gusto sobre el saco de paja justamente porque se encontraba en la cárcel. Al menos durante este

tiempo, me dijo un poco avergonzada una cosa vergonzosa, que ella no podía decir a nadie sino a mí, que ya no lleva La Clínica sobre la espalda como un peso y como una cárcel sobre la espalda, cosa que prefiere no divulgar demasiado, ya que tiene la sensación de ser deshonesta a pesar de sí misma. Y el motivo es que sacaba provecho de la cárcel, de la cual en principio se supone que uno no sólo no saca provecho sino que además sufre de mil maneras distintas, mientras que mi madre, con su libertad y su aptitud alemana a la adaptación, no había podido evitar, aunque sin hacerlo a propósito, sacar todo tipo de beneficios y para colmo una libertad en la que a decir verdad no había pensado cuando de un momento al otro se la llevó la poli.

Mientras que para mi hermano, cuando se encontró en la misma cárcel, pero del lado de los hombres, a causa de mi madre, la prisión era el Infierno, y con todo tipo de maneras empezando naturalmente por la privación brutal e injusta de libertad, privación exaltante y brutalidad exaltante, dice mi hermano, e incluso Infierno exaltante, y por tanto descenso ascensional, parecido al descenso ascendente de Dante dice mi hermano, en la misma cárcel pero del lado de las "mariposas", fue una aventura prodigiosa y fundadora, de una prodigiosa fuerza, como lo saben todos aquellos que han tenido la espantosa suerte de hacer la ascensión a través del descenso, siempre tuve suerte dice mi hermano, incluso escapé a causa de mamá a una vida sin cárcel, luché durante veinticuatro días contra mí mismo y al final conseguí una victoria absoluta, me machaqué a mí mismo, me machaqué y me recuperé mientras que mi madre con su libertad absoluta preexistente y persistente nunca tuvo que luchar contra sí misma, ya que en la cárcel se sentía como un pez.

Mientras que mamá, dice mi hermano, siempre ha sido una amputada, sufriendo de no sufrir y afectada de alocura que es la enfermedad de aquellos que no conocen la enfermedad.

No, mi madre, estructuralmente, no estaba hecha para comprender la gravedad del tema de la Bici, ella no veía, estructu-

ralmente, que nosotros estábamos locos y enfermos de la necesidad de Argelia, de la realidad interior de este país que era nuestro país natal y en absoluto nuestro, de la carne, del hábitat, de la arabidad de la arabitud, del tesoro repleto de tesoros al que no teníamos acceso, y a falta de lo cual inventábamos sabiendo que no dibujábamos sino fantasmas. Mi madre se contentó con un pedacito, aunque central, y en el cual pronto consiguió traer al mundo trescientos o cuatrocientos bebés argelinos por año. Algo bello, pero para nosotros seguía siendo un tormento ya que no tenía continuación: una vez nacidos en La Clínica, por tanto en nuestra casa, todos estos niños entraban en Argelia, mientras que nosotros que habíamos nacido en Argelia, aunque no en La Clínica, no los seguíamos en esa entrada, no se nos admitía ahí. En todo caso, eso fue así mientras los franceses tuvieron Argelia en su poder. En todo caso, mientras, por una confusión fatal e indisoluble, se nos filtró y rechazó como "franceses". Después-de-los-franceses, las puertas empezaron a abrirse, incluida la puerta de la cárcel, y mi madre entró, seguida de mi hermano, pero yo ya no estaba allí.

Pero mi madre la trabajadora que cada vez rehacía un nido incluso en el exilio, en la bifurcación misma del exilio, no podía imaginar que queríamos a toda costa entrar y llegar a un país; y que estábamos enfermos de amor, mientras que ella conoció y atravesó exilios exclusiones expulsiones exacciones sin caer enferma nunca y sobre todo nunca de amor, odia incluso la enfermedad y más aún la enfermedad de amor, desde que ve una señal de enfermedad, la repele con horror, y es tal vez por eso que habiendo sospechado nuestra fijación febril por la Bici, se había enfrentado a nosotros como una auténtica loca según nosotros durante cuatro años rechazándonos involuntariamente la salud mental creyendo con ello que nos curtía. Un lazo piensa ella está hecho para ser cortado, un deseo para ser borrado. Me pregunto, se pregunta mi hermano, si ella no se convirtió en comadrona por una inclinación innata o adquirida hacia los cortes de cordón. Las dos hermanas alemanas mi tía

Eri y mi madre aprendieron efectivamente el corte, después una la costura a pesar de todo y la otra mi madre según mi hermano, el oficio de cortadora de cordones. Pero según mi opinión es el amor al trabajo bien hecho lo que la empujó al trabajo supremo aquel que se realiza en la sala de parto. En la suya, en La Clínica no había mujer muerta. Ni enfermedad. Las dos cosas que nunca he visto, dice mi madre: una infección de cordón; la flebitis, tampoco la he visto nunca en La Clínica.

–La expulsión, dice mi madre, es cuando sale la cabeza, y el resto sale solo.

Si la mujer se encontraba bien, bajaba de la mesa cinco minutos después del parto, iba andando a su habitación y nunca había hemorragia, exclama mi madre. Mientras que en el hospital nos impusieron esta ley estúpida de que no dejáramos que las mujeres se movieran, los hospitales inventaron el miedo a la hemorragia. Pero las moras que parían en su casa hacía tiempo que sabían levantarse. En La Clínica nos levantábamos enseguida, y aquello era una fiesta a la que se añadía El Equipo Médico, y no como en esos hospitales franceses tan tontos que lo ven todo como si fuera una enfermedad. Las moras y yo siempre llegábamos al trabajo muy temprano. En ese hospital tan tonto una persona que entraba con dolores ya no debía moverse decían los médicos, dice mi madre resoplando sobre su antigua cólera que en aquel entonces era totalmente joven para devolverle su brillo, a la fuerza en la cama a la fuerza encima de la mesa de parto había que atarla y si todavía se agita hay que dormirla, lo de atarlas nunca lo olvidé y más tarde la persona con dolores que quiere andar, atada, se hacen tantos errores y cambios, desde que había parido tenía que estar dos horas sin moverse sobre la chata, y como es de suponer primero se cometen los errores, para que haya cambios tiene que haber errores. Pero en La Clínica la persona si quiere andar anda y nunca se ve una gota de sangre durante el parto, entre los médicos que no son humanos, los médicos que no están cualificados, los médicos que están cualificados pero que se mueren de

miedo, había a pesar de todo algunas comadronas capaces de tranquilizar especialmente a las parturientas primerizas enloquecidas.

Si tuviera tiempo te contaría la historia del médico cualificado que siempre llegaba demasiado tarde a causa del toque de queda, se tenía que llamar a una ambulancia para transportarlo a la casa de la clienta con dolores a cinco minutos andando, pero la ambulancia a causa del toque de queda llegaba demasiado tarde o no llegaba nunca, pero no tengo tiempo dice mi madre, es la hora de ir andando al Mercado, el objetivo de las pulsiones de mi madre. Ir andando al Mercado es un imperativo. Ahora llueve tanto que un poco de sentido común debería impedir que mi madre saliera, pero a nadie se le ocurriría hacerle desistir de ir andando al Mercado es todo lo que le queda de su espléndida creación desaparecida en Cuerpo y Bienes, ir andando al Mercado como vestigio siempre reanimado de las ruinas del Universo en el que mi madre escapando de la tontería del hospital le daba a la persona con dolores la libertad, el irse andando.

LA EXPULSIÓN, primero para mi hermano y yo, luego para mí desde el momento en que se separaron nuestros destinos a causa de La Bici, constituía para nosotros la forma misma de nuestra existencia y de nuestra relación con el mundo, empezando ya por la casa del Clos-Salembier y continuando directamente con lo que vino después, algo que para nosotros fue un infortunio totalmente imprevisto ya desde el comienzo: las diferentes expulsiones que mi padre tuvo que padecer hasta el momento en que, con el fin de escapar a estas brutalidades y a sus consecuencias mnésicas, y seguramente con el propósito de olvidar y comenzar una vida liberada, mi padre se trasladó a Argel en 1946 es decir tan pronto como pudo después de la guerra, dejando atrás de este modo Vichy-en-Orán y tomando impulso sin imaginar ni un solo instante que iba directo hacia su expulsión brutal del mundo de los vivos, después de lo cual el sitio en el que había escogido meternos y criarnos, para que nosotros disfrutáramos ahí de un jardín y del vecindario deseado tanto por él como por nosotros de una vasta sociedad extremadamente miserable pero argelina, argelina y por tanto deseable y por supuesto miserable, ese sitio llamado Clos-Salembier desde la muerte de mi padre se volvió un lugar de expulsiones múltiples e interminables. Si lo hubiera sabido. Pues aquello que tal vez era posible con padre con marido con hombre, y que era el hecho de entrar ya sea de un lado o del otro, le era totalmente denegado a un grupo sin padre sin marido sin hombre y aún de

un modo más particular en el Clos-Salembier y desde el Clos-Salembier. La Clínica la abrió abajo, en la Ciudad, la casa estaba encaramada arriba en medio del jardín distanciada de la Ciudad y en la desembocadura del Talud de la Mujer Salvaje donde se apiñaban sin agua y sin techo decenas de miles de miserables, y es ahí donde mi padre nos deposita con el propósito de establecer lazos argelinos.

–Cuando Vichy estuvo en Orán dice mi madre súbitamente de un día para otro se le dijo a tupadre usted ya no puede trabajar como médico. Y él se paró de un día para otro. Qué voy a hacer, dijo él, ya que tenía gente en tratamiento, dice mi madre. Entonces dije, dice mi madre, a mí no me pueden prohibir que cure puesto que yo no soy médico. Tupadre cogió un bistec y una jeringa. Cogió la aguja y me enseñó cómo pinchar bien adentro del bistec aspiras un poco para estar segura de que no estás en una vena, le dice mi padre a mi madre, y unos años después me lo dice mi madre a mí, luego tupadre me llevó ante la casa de una señora. Entré. Soy la enfermera, digo, vengo a ponerle una inyección, dije dicemimadre, para no tener miedo, túmbese totalmente dice, y ella se tumbó y después puse las inyecciones de tupadre sin dificultad. En cambio yo, cuando ponía las inyecciones de mi madre la comadrona, siempre me sentía en pecado y presa por el pánico, lo de las inyecciones no lo pude superar nunca, cada vez que ponía una inyección sentía que cometía una triple traición: una traición al cliente primero, una traición a su miedo y a su confianza, y después una traición a mi madre que nunca se dio cuenta de que yo siempre ponía las inyecciones con dificultad, yo nunca habría dicho que soy enfermera ya que nunca lo habría sido, cuando un padre, conmocionado por el pánico que mostraba su hijito, y por el espectáculo del culito desnudo del pequeño que chillaba de miedo pensando en la inyección y al ver la jeringa que yo aguantaba rompía en sollozos, medio inclinado sobre el diván de Omi que me hacía de mesa para las inyecciones, imitando con toda su alma el amparo y desamparo de un padre de trage-

dia, algo que sólo los argelinos podían hacer con total sinceridad, yo no podía dejar de temblar y de sentir mi alma embrutecida por un espanto culpable, ya que temía golpear fuera del famoso tercio externo del trasero, perdía toda visión médica de la anatomía y si cada vez hubiera podido tirar la jeringa y escaparme sin perjudicar a mi madre lo habría hecho. Ahora bien, esa huida sólo me sentí con fuerzas de emprenderla una sola vez, cuando vi a ese padre que me suplicaba y me abrazaba las rodillas en lugar de aguantar las rodillas de su hijo tal y como yo le decía cuando vi ese trasero tan pequeñito al que tenía que golpear directamente y cada vez que yo alzaba la jeringa el hombre gritaba ¡no! ¡todavía no! a cada rato ¡no! ¡todavía no! hasta que finalmente la jeringa creció en mi mano, ya veo la espada, veo la escena, me rindo, ya que no podía hacer sino eso, el padre con el niño salvados aunque traicionados, no hay inyección y todo es culpa mía. La tercera traición era hacia mi padre que murió orgulloso de mí y a cuya confianza póstuma yo había sido infiel. Sin embargo hasta mi-salida-mi-huida de Argelia, aguanté la jeringa pecado tras pecado, pero inmediatamente después la solté. Pero por otra parte es posible que el tema-inyecciones fuera también uno de los motivos que me empujó a abandonar ese país entre todos los demás, aunque prefiero pensar que esto es imposible.

–La Cruz Roja llamó para decirle a tupadre: tiene que hacer guardias de noche, y eso que no le dejaban ejercer, pero para hacer guardias gratis entonces sí que valía, justo cuando se oían las sirenas, ni hablar dice tupadre, y luego después de la guerra no nos admitían en las piscinas de la Cruz Roja.

Al día siguiente se encontró con un colega al que le dijo ya no tengo derecho a ejercer, y el cristiano le dice: Judío, ¡estás loco! Trabaja como antes y no digas nada, ese amigo le dijo: ¡Judío! lo que tienes que hacer es continuar. Pero él no se atrevió a hacerlo, dice mi madre, nadie desafiaba esas prohibiciones. Tupadre dejó que lo excluyeran de la medicina, y cuando la Ocupación se terminó le dije: según mi opinión tendrías que

continuar como pedicuro ya que no gozas de tan buena salud pero él dijo me duele no ejercer como médico y cuando mi marido retomó el trabajo yo ya no puse más inyecciones, una tontería dice mi madre, te das cuenta dice mi madre que gracias a Vichy él se fatigaba menos y luego por desgracia fue directo hacia la muerte ejerciendo como médico. Mi sensatez no siempre ha dado resultado dice mi madre con una pena contenida. Por otro lado siempre que he hecho el bien esto se ha vuelto en contra mía. Sin embargo tú también al igual que yo eras muy hábil, lo captabas todo con rapidez y siempre me sustituiste muy bien con las inyecciones en el Clos-Salembier dice mi madre cuya confianza siempre me ha impedido confesar mis pecados. Siempre que estoy a punto de confesarle mi sufrimiento vergonzoso así como determinados hechos absolutamente escandalosos e imborrados me callo. No solamente he traicionado la pureza de su confianza y su inclinación a tomarme por testigo contra mi padre callándome por completo con el fin de no privarla de mi apoyo, y así durante toda la vida y aún hoy aquí mismo, ya que no tengo que temer que se lea estas páginas que no le interesan. Pero también siempre he tenido la sensación de cometer crímenes contra la persona de aquellos a los que yo les deseaba intensamente el bien, crímenes mínimos quizás, del tamaño de una inyección escamoteada pero un crimen es un crimen y la aflicción que con ello experimento permanece como algo eterno.

Tupadre nunca tuvo en mente *la idea del Clos-Salembier* dice mi madre si se me hubiera consultado todo habría sido diferente, tupadre no conocía el Clos-Salembier ya que venía de Orán. Nos fuimos a vivir al Clos-Salembier más bien por azar, una insistencia de azares, que finalmente nos llevaron al Clos-Salembier un sitio que enseguida me gustó muchísimo a primera vista. En la vida uno no siempre sabe aprovechar las oportunidades. Por eso nos fuimos a vivir al Clos-Salembier porque

tupadre no aprovechó las oportunidades. Por lo que a mí se refiere nunca he querido forzar las cosas. Otro error. En la vida uno también debe saber forzar. Aprovechar o forzar. No lo hicimos cuando era necesario, después tupadre murió y yo empecé a aprovechar las oportunidades. El caso es que él quería instalarse en Argel. Mi padre deseaba la felicidad. La belleza. La grandeza. Desde 1945 hasta que nos mudamos él nos pintó y nos cantó la Ciudad de Argel, vi con mis propios ojos encantados por el canto de mi padre numerosas visiones de la Ciudad de oro de marfil de oscuros tejos de fuentes de arte de jardines, *vi* la Ciudad querida y guardo siempre en mi interior el último cuadro en el que todas las visiones invocadas por mi padre se fundieron de manera resplandeciente. Había una villa fantástica justo en la esquina del bulevar Bru cuya vista abrazaba toda la Ciudad y que era una posibilidad sin impedimento alguno. Él fue allí para alquilarla me tiene que pagar un anticipo dijo la señora y tupadre se había olvidado el talonario. Cuando volvió, otra persona había llevado consigo el talonario antes que él. Otro azar dice mi madre. La segunda casa que no tuvimos tenía un jardín con palmeras y también una vista maravillosa cuya pérdida sentí muchísimo pero otra persona llegó antes que tupadre. La tercera casa era el piso adosado a La Clínica, toda una maravilla ya desde la misma puerta y que estaba libre y a la venta, pensé que sería fantástico un piso justo al lado de La Clínica. Pero tupadre no quiso pedir dinero prestado. Y esa fue su perdición. Porque si yo hubiera estado a su lado habría podido ver qué se cocía ahí dentro y ayudarlo, se habría podido apoyar en mí. Mientras que en el Clos-Salembier estás lejos de todo, no ves nada, no te enteras de nada. Y para colmo después de su muerte yo habría podido tener este piso en lugar de verme obligada a vivir en un séptimo con dos habitaciones sin ventana. Entonces a tupadre se le ocurrió la última posibilidad y era el Clos-Salembier, del que hasta este momento nunca había oído hablar. Los azares nos gobernaron, pero el caso es que tupadre no aprovechó las demás casas y yo que venía de Alemania no quise forzar nada.

De todas maneras por lo que se refiere a La Clínica él tenía que apañárselas con un intermediario judío que, dice mi madre (aunque fuera judío o precisamente porque era judío), no le dio ninguna facilidad para los electrodomésticos Philips y en 1946 tuvimos que pedirlo todo prestado.

En esta villa que antes había ocupado un militar, encontramos *los sables*. Según nuestra opinión los sables nos esperaban a modo de cetros de mi padre. Estábamos convencidos mi hermano y yo de que encontraríamos las pruebas de la idea al llegar allí. Abrimos la puerta carcomida de la cuadra y los sables estaban ahí. Los azares no han hecho más que obedecer siempre a los deseos más secretos de nuestros padres digo, unos deseos secretos para ellos por supuesto, ya que de otro modo no se habrían realizado nunca de una manera tan precisa. Uno quiere la leyenda y morir, otro quiere la libertad sin haberla pedido nunca. Nosotros lo sabemos, nosotros lo sabíamos, *en secreto* digo. Pero mi hermano me pide que use la primera persona. En la lucha entre mis padres, una lucha nunca reconocida, de la que mi hermano El Perro y yo éramos los rehenes más ardientes, cada uno consiguió vencer según su alma y su lugar de destino. Nosotros, al venir de Orán, mi hermano y yo, esperábamos encontrar los sables en la villa, insistí yo. Sueñas por los dos dice mi hermano. Pero no pide que el sueño se elimine.

Lo que nos dio miedo la primera noche dice mi madre es el ruido terrible en la terraza. Tupadre cogió uno de los sables. No eran más que los gatos pisando las hojas secas.

Enseguida tuvimos ladrones la segunda noche. El primer día Omi y yo habíamos puesto sábanas sobre una cuerda delante de la cocina y a la mañana siguiente ya no estaban.

Después eso ya no volvió a pasar, la tercera noche a tupadre lo llamaron para una urgencia en el Talud de la Mujer Salvaje, aunque ya no fuera médico de cabecera. Luego todo fue bien.

Los gatos muertos, te acuerdas, digo. Cada mes el gato muerto, el gato del mes. Un pestazo súbito nos despertaba. Una

explosión. Pero el vecino se apresuraba a enterrar el gato en el jardín y tan pronto como el cadáver había sido tapado con nuestra tierra el pestazo paraba como un grito cortado.

El cuadrado derecho del jardín, el de las dalias y los crisantemos, digo, habas, habichuelas verdes, guisantes, dice mi hermano, ese cuadrado lleno de gatos muertos. Las patatas, tomates, rábanos, pimientos, calabacines, berenjenas, estaban en el otro lado.

A la derecha la verja, a la derecha del Camino de Acceso.

Entre nosotros la verja. ¿Nosotros? Quiero decir ese nosotros que la verja se puso a separaunir en esas pequeñas agonías cotidianas que tanto para nosotros –mi hermano-lo-que-queda-del-Perro-y-yo-el-espíritu-o-el-genio-del-Clos-Salembier– como para mí constituyen el resumen de mi Desargelia.

Al principio dice mi madre creí que vivíamos al lado del Talmud de la Mujer Salvaje, otro azar que no se explica.

LA BICI Y EL PERRO son los signos del Clos-Salembier pensé. Ahora que mi pensamiento regresa al Clos-Salembier donde no había vuelto desde hace cuarenta años y donde no volveré nunca más, pensé, ¿a quién veo brillar con un fulgor melancólico en el cielo de un negro resplandeciente por encima del jardín? A la Bici y al Perro. Me fui hace cuarenta años y ni siquiera en pensamientos ya no regreso a ese lugar, pensé sentada en el balcón de la casa que sucedió a la casa del Clos-Salembier y, de golpe, después de cuarenta años me doy cuenta de que mi casa me recuerda a la casa del Clos-Salembier, es por la terraza, por el mismo camino que el Camino de Acceso, por la verja, hasta ahora nunca me había fijado, es exactamente la misma casa pero sin el Perro sin la Bici sin padre sin madre sin hijos, pero no es más que su sombra y no me había fijado hasta ahora. Me había ido con la idea de no volver nunca más a este lugar, pensaba, pero el hecho de volver no es lo que uno cree, ni la muerte, ni la importancia. Ahora, cuando apenas mi pensamiento se ha vuelto accidentalmente hacia Argelia, a causa de ese terrible accidente de papel, aparecen ellos: El Perro y La Bici, intactos, muertos más vivos que nunca. Siempre en el sitio de vida y de muerte.

No se puede pensar el Clos-Salembier sin ellos, pensé, estaba esperando a mi hermano, aparecería de un momento a otro por la verja al final del mismo camino, ayer está aquí pensé, me faltan la cadena y el candado en la verja, hemos estado vivien-

do bajo sus signos: la cadena y el candado, el Perro y la Bici, el encierro y la evasión, me giré hacia la butaca –hermano a mi derecha, mi hermano estaría ahí dentro de un rato, estaba ahí, por lo tanto está, basta que diga Bici para que se añada el Perro, que diga Clos para que se añada Salembier, di gracia para que se añada gracia y viceversa, del mismo modo que el Perro encarnó la desgracia la Bici representó el papel de la gracia, por un lado mi padre por el otro mi madre-con-Omi, alrededor los sitiadores, los llamados moritos en la obra representada o los-moros, depende.

Ambos fueron los actores de la burla del destino, el que fue dado fue quitado, anoté, se lo diré a mi hermano el que fue denegado acabó siendo otorgado. El autor del Clos-Salembier, le diré a mi hermano ya que hoy me parece que estábamos en un libro sin saberlo, el autor siempre tuvo una preocupación estética y teatral por los acontecimientos, cada acontecimiento y cada persona siempre tuvo su sombra y su luz, uno siempre tuvo al otro como otro, cada uno a su propio contrario interior, la gracia en la desgracia, la desgracia en la gracia, uno avanzándose al otro el cual a su vez lo repite y lo desplaza en El Perro La Bici, mi hermano y yo uno fuera del otro. Y en el libro de los errores y las penas del que ambos somos los guardianes, nosotros, sólo nosotros, tanto el uno como el otro, el destino del Perro, a mi parecer, es la metáfora y el corazón de toda la historia, la *transfigura* de la familia y el resumen de nuestras Argelias, pero para mi hermano es La Bici. Pensé. Esperaba verlo aparecer en bici, es decir bajar de la Bici, el alma echada atrás, desde la ventana de la verja y Helo aquí. He aquí El Perro mi hermano negado, el más miserable de los dioses y el más divino de todos los miserables que chillaban o aullaban gañían en el anfiteatro argelino barrido por vientos azules violentos.

Eres tú, Fips, te conozco, dije, eres uno, eres inolvidable. En ese mismo momento traspasa de un salto el frágil vaho oloroso tendido entre nuestro ahora y nuestro ayer, herida fresca, como si lo hubiesen lanzado y no como si galopara, en el esfuerzo en

el que siempre se mantuvo para franquear las rejas que lo separaban de la vida justa. Los ojos desorbitados. En el esfuerzo del alma para liberarse de las cárceles. Furioso, ya que él es El Furor en la familia, la Erinia es él, la Ira sagrada. Su nombre fue La Fiera cuando mi padre le tomó cariño. Un perrito no más grande que mi gato en el que a veces lo vuelvo a ver. Pero inmenso. Tengo su alma bajo el cráneo, tengo sus dientes y su rabia pintados en mis pies y mis manos, tengo El Perro, El Perro todo entero, desde los orígenes hasta lo que viene después, grabado en la membrana de mi memoria. Tengo al Perro como Maestro y abandono, como guía como ser vital ser mortal y ser traicionado. Mi alma El Perro. Mi transfigura salvaje.

Como siempre habíamos esperado en vano un tercer niño, nos sentimos transportados por el fervor cuando nuestro padre nos anunció la sustitución: así pues tendríamos un bebé, un niño de nuestro padre moribundo. Enseguida empezamos a nidificar. Acondicionamos la caja de zapatos. El jardín entero participa, hojas secas de buganvillas, plumón de gallinas, y de cuclillas ante la caja incubamos la idea de perro tanto en la tierra como en el cielo. El recién llegado es más pequeño que una ratita pero también pardo y tan revoltoso como ella. El niño que nos da nuestro padre es un perrito amarillento estrecho, nervioso con una máscara tierna y felina. Ese pequeño perro ratero iba tras las ratas del jardín, era el terror tanto para las gordas como para las flacas, y de un potente salto pasa por encima de las púas de la alta verja y después sin flaquear ni frenar sobrevuela todo el barrio hasta la última parada del trolebús. Y pensar que queríamos encarcelarlo dentro de nuestra ternura. No se deja acostar en la cuna. Luchamos. Lo acostamos a la fuerza, lo tapamos con la sábana, queremos un niño, lo aplanamos, no se deja hundir, salta como un tapón de corcho enviándonos de vuelta a nuestra presunción. Este pellizco que produce la pérdida del objeto hecho a medida y que nunca hemos tenido. No

hay consuelo. Todos somos pequeños y los sentimientos desmesuradamente grandes. Ya no nos vemos tan guapos. El Perro está fuera, no entra en nuestra caja. Lo queremos con distancia. Mi padre es quien cuida del niño. Le pone colirio en los ojos. Ambos, mi padre y el perro tienen ojos febriles. Ambos miran tensos hacia otro mundo.

Y justo después murió nuestro padre. De un día para otro la villa agradable se convirtió en la Ciudad herida, la urbe sitiada, ya no he vuelto a dormir nunca más, digo, me he pasado todas las noches al acecho, hemos vivido en la casa como en una ciudad destinada a la destrucción, *delenda est* decíamos, tenía que ser derribada, un día u otro la tomarían y arrasarían pensé de noche al escuchar cómo resonaban las chapas del techo, la lucha es una herencia, es un recuerdo reactivado digo, entre los moritos, los asaltantes por un lado y nosotros tres, asaltados, mi hermano el perro y yo, no hay motivo para la guerra, la hostilidad viene de tiempos remotos, durante el reinado de mi padre estaba adormecida, y cuando él ya no estuvo, se despertó, se levanta tal y como se había acostado, descabellada, desbocada, con una irritación hinchada por siglos de somnolencia, es un estado independiente de los combatientes dice mi hermano, es un odio preexistente, uno echa mano a todo lo que encuentra a su alcance y lo tira, es una pulsión de proyectilidad, es un fenómeno argelino dice mi hermano, llovía. Nos protegemos tras los enormes escudos de madera, bajo el granizo de piedras, te acuerdas de los asaltos contra la casa dice mi hermano, te acuerdas de las municiones, digo yo, al lado de las butacas tumbadas para formar una valla colocamos nuestras balas de cañón, terrones de arcilla argelina cocidos al sol, que explotan en polvo rojo al chocar contra el blanco, me acuerdo de una historia espantosa dice mi hermano, dos jóvenes árabes se peleaban delante de casa, uno le sacó ventaja al otro, va y coge una piedra tan grande como el puño y aullando empieza a golpear con todas sus fuerzas la cabeza del que está debajo hasta el final en la cara dice mi hermano, le chafa completamente la cara aullando con

grandes sollozos mira dice mi hermano mira dice mi hermano aullando hasta el final, pero tampoco hay que pasarse tanto, dice mi hermano, con la bici, en cambio, cuando bajaba en medio de un enjambre de bicis hasta el final de la costa hasta la calle Lyon, no había problemas, pero alrededor de casa, en el lugar de mi padre desaparecido, la Hostilidad se despertó de su letargo y enseguida sale de debajo de la tierra y de pronto empieza la caza, rompiéndolo todo, sembrando la discordia, insultando, nos pisa los talones.

Peleamos. Pero toman al Perro como rehén. No dejamos que pelee, sería una carnicería. Lo atamos, lo confinamos en la jaula. Una lluvia de piedras cae sobre sus barrotes. El Perro recibe una paliza. No dejamos que se defienda. El Perro no podrá dormir nunca más. La piel estirada el pelaje pegajoso la espuma en las mandíbulas en los ojos una espuma negra, da vueltas sobre sí mismo aullando hacia las rejas de su jaula por la que trepan unos rosales rojos bajo la metralla.

Lo que nos hiere el espíritu no es nada. Al Perro la infelicidad le toca doblemente. Padece nuestra misma suerte y por añadidura la suya propia. Estamos encerrados y encima nosotros lo encerramos. Padece la doble infelicidad de ser nosotros y de no ser nosotros. Encarcelamos a nuestro propio hermano, para El Perro es el infierno, nosotros mismos ponemos hierros y grilletes al heredero de nuestro padre, ya no hay ley, el mundo está al revés y El Perro ha sido traicionado. Tendría que haberle hablado, digo. ¿Al perro? dice mi hermano. Acaso soy judío, se preguntaba El Perro digo yo, eso no lo creo dice mi hermano. Pero qué significa judío, se preguntaba El Perro, y árabe, y perro, amigo, hermano, enemigo, papá, libertad sólo hay injusticia y brutalidad. *Heme aquí pues solo en la tierra, no tengo ya ni hermano, ni hermana, ni padre prójimo, ni amigo de sociedad, nada más que mi soledad. El más sociable y el más amante de los seres se ve proscrito por un acuerdo unánime. Me veo en esta situación de jaula como en un sueño y ya no duermo nunca más. Y yo, separado de ellos y atado al alambre, ¿qué*

soy yo? Y yo, pensé, nunca le di luz en su oscuridad. Después de los ataques, evitaba pasar ante la jaula en la que seguía aullando mucho después de que se hubiera acabado el ametrallamiento. Esquivaba su rostro espantoso. Sólo pensaba en escapar de este país de encadenados, de esta cadena de encadenamientos, de este desencadenamiento de encadenados que a su vez encadenan. Desde que mi padre murió, ese recuerdo suyo empezó a morir también, todavía lo veo mi padre con su recuerdo mi pequeña fraternidad fiera febril.

Nadie puede recuperarse del Clos-Salembier, digo, vives unos años en el Clos-Salembier y eso te marca para toda la vida, digo, pero a decir verdad pensaba que con un día bastaba para que yo quedara marcada para toda la vida, en un día se destruye una ciudad, uno queda cubierto de cicatrices en una sola noche, para toda la vida digo, y después cuando durante toda la vida uno quiere soñar con el horror, con la ejecución de la idea de ser humano, con el abandono de toda esperanza de justicia, uno sueña en el Clos-Salembier con El Perro, exageras dice mi hermano, pero es justamente lo que digo: el Clos-Salembier era la exageración argelina y El Perro es mi tragedia. El Perro era el inocente, el prisionero, el único entre nosotros que se veía reducido a una total impotencia, privado del derecho a la respuesta, deportado, entregado a la locura de los tiempos. No le hablé. No le dije que la injusticia, el odio, la crueldad gozaban de todos los derechos y que perseguían y devoraban a los inocentes, que quiebran huesos y almas interminablemente, hasta el día en que, sin saber por qué, caen súbitamente como el viento, y si uno todavía está vivo puede ver cómo se levanta otro mundo, en el cual sopla una brisa tibia y se comparte el pan y la carne con El Perro. En el Clos-Salembier, no veía el final, ni pan, ni paz, no sabía, no creía, mi corazón aullaba en mi jaula, El Perro igual que yo. Me decía: si alguna vez se abre huiré, no conocía ni coraje ni esperanza. Y El Perro igual que yo, ni pan, ni paz, ni esperanza. El odio y lo absurdo. Todos nosotros éramos perros rabiosos unos contra otros aunque perros en libertad. El Perro,

el único prisionero. Además tenía garrapatas. La rabia se contagia. Nos volvíamos malos, nos mordíamos, mi hermano y yo, los dos, nos mordíamos tanto unos como otros y a nosotros mismos. Entre ataque y ataque, yo leía. Me subía a un libro, me sentaba en la rama más alejada del suelo, me hundía en las hojas del libro, despegaba.

Lo más vil en el destino de Fips es que él mismo se convertía en prisionero, en cautivo de la estratagema repugnante que Omi-con-mamá había inventado con nuestro consentimiento: sólo soltábamos al Perro una vez al día, antes de darle su escudilla que por el mismo motivo sólo llenábamos una vez al día, y El Perro conocía la maquinación. Tan pronto como el portillo de la perrera se abría él se lanzaba al universo hasta que el hambre lo volvía a traer a los hierros.

Me iré, dejaré la Argelia Clos-Salembier toda entera detrás de mí, no volveré nunca más, ni siquiera en pensamientos, todo lo que existe a mi alrededor aquí, pensaba mientras leía, y en la exaltación de la lectura, habrá desaparecido para siempre, no sufriré nunca más, ya no me dolerán los ciegos, los árabes, los lisiados, ya no quedará huella alguna de perro, ni de escuela, ni de trolebús, ni de chabolas, se borrará todo, se lo llevarán todo, lo aniquilarán todo, pensaba, pero de vez en cuando pensaba lo contrario, y a veces amaba lo que odiaba a pesar mío y a pesar de todo.

Estaba leyendo. Alguien llama. Sigo leyendo. Alguien llama a la verja cerrada con cadena y candado. Le ordeno a mi hermano que vaya a abrir. Sonámbula salgo de mi libro, furiosa, y pateo el suelo con el pie delante de la cocina. Ahí surge la noche del malentendido. Ahí surge El Perro. No lo vi venir. No vi al Perro agazapado delante de la caseta todavía despavorido por un asalto verme patear repentinamente ante su hocico. Pensó que lo atacaba. Le pareció monstruoso que ahora yo lo atacara. No hay crimen ni traición a la que su propia familia no

participe piensa él. Y con un gran escalofrío ronco se lanza sobre el pie que levanto hacia él. Esta mordedura me matará, es una mordedura que no me suelta ni me abandona se clava en mí sin cesar y penetra hasta mi corazón, entramos en la eternidad de la locura, pensé, la cabeza rodeada de una nubosidad escarlata. Los dientes duraban. Nos hicimos inseparables. Ya no nos movíamos, enganchados al dolor. La Tierra girada hacia un lado.

Del recipiente para la colada que hierve en el patio Aísha saca una sábana que retuerce como una cuerda mojada y con ella golpea diez veces el lomo del Perro. Al decimotercer golpe El Perro rueda de lado. Los pies desgarrados Aísha y yo lanzamos todos los gritos. El Perro sobrenatural. El cielo extremadamente azul. Las heridas como risas socarronas en la vida. Rotos cojos delirantes salimos de la escena arrastrándonos golpeado y vencido cada uno por los tiempos de los tiempos.

Después conocí con él la forma más baja de la vida familiar: el resentimiento bajo el mismo techo, un silencio envenenado. El veneno no es el odio, es el amor que decrece. Los días entre nosotros son habitaciones separadas. Nos une una evitación. —

Garrapatas enormes como garbanzos lo devoran, dice mi hermano. Eso le dio una santidad.

Con pavor arrancamos los monstruos mi hermano y yo. El sufrimiento del Perro me hace sufrir por mí, no amo al leproso como a mí misma, entre nosotros hierve la ausencia de reconciliación. El Perro me hace daño en el lado malo, no me tiro a las llamas para salvarlo.

Job era El Perro, lo comprendí demasiado tarde como se comprende a Job, demasiado tarde y fuera de lugar. Le mandan plagas y calamidades, dios estaba muy bien escondido, el padre que era madre está muerto, y ahora caen pestes y úlceras. Se lo comen vivo estas pruebas de la existencia del diablo, que se burlan de la ausencia de manos del perro. Fips siente cómo su vida se va escurriendo hacia el estómago de esos bichos y sin poder contar con la oportunidad del combate. Todos los días era

un arrancarse bichos con dientes hinchados de papilla ensangrentada. Una demografía galopante, una pesadilla, nacían de todas partes y ninguna, colonizaban con lento frenesí el cuerpo vampirizado. Yo misma sucumbí bajo su número.

Tenía miedo de su muerte sobre mi cabeza. Un miedo inmundo de ver morir a quien no amo con suficiente intensidad, dado que no daría mi vida por él ya no puedo compartir su muerte, cruzo el jardín saltando por encima de las llamas, así como El Perro saltaba cuando todavía confiaba en llegar un día a la orilla de la vida. Cuando finalmente el resto del Perro se fue velado por mi hermano yo no estaba ahí. Abandoné Argelia justo a tiempo me digo justo antes de la expiración.

Nadie se acuerda de su muerte. Vivió hasta muy viejo, dice mi hermano. Tenía ocho años digo yo. Las cinco bocas cosidas en mis pies.

Y sin embargo, pensaba ahora lo amaba, pero no más que a mí misma ahí en el jardín de guerra, yo no me amaba a mí misma y me peleaba, y sin embargo amaba a Fips, todavía lo siento, pero no en el Clos-Salembier, lo amaba pero eso fue más tarde.

Leía en el Clos-Salembier porque era absolutamente imposible sobrevivir sin libro, es decir vivir sin luz, sin espíritu, sin realidad sin dormir sin paz sin pan ya que todo lo que pasaba delante y detrás de la verja encadenada era grito locura tonterías tinieblas piedras y tierra lanzadas. Por lo tanto yo pasaba de un día a otro de un libro a otro sin libros me habría hundido, y no importa qué libros, bastaba con que hubiera un volumen rectangular del tamaño de mi pie sobre el cual me pudiera posar para cruzar el abismo, asno, avión, águila, carretilla todo sirve me deslizo de un lomo a otro pienso desde los pensamientos de Pascal hasta los pensamientos de la Condesa de Ségur, y mientras tanto mi hermano recorre el abismo en bici. Libro y Bici nos transportan tanto a uno como a otro, todo lo que uno pide

es la puesta en libertad, a veces mi hermano lee a Spirou como yo leo *El Idiota*, es heno para el asno huesos para el Perro, a veces yo leo Hercule Poirot como mi hermano lee el segundo volumen de *Crimen y Castigo* el volumen Crimen nunca estuvo ahí, todos nuestros libros son de segunda mano, mi hermano lee el Castigo, estamos destinados a conocer el Castigo antes de haber conocido el Crimen, el autor de nuestro libro tiene su propia filosofía: primero el Castigo, después el crimen. O bien de lo que se trata es de que nosotros seamos uno el Crimen y el otro el Castigo, en ese caso, sin duda, el crimen soy yo.

Todo era enorme y fuerte, rumiaba yo, mientras pensaba en la violencia que nos inspiraba, leo del mismo modo que él pedalea, del mismo modo que leo pedaleemos con todas nuestras fuerzas arrastrados por pendientes peligrosas.

–No encuentro en este libro el perfume telúrico de Argelia, dice mi hermano.

–No lo quiero para nada digo yo, nada de perfume telúrico. Quiero el olor a mierda olor a excrementos humanos dispuestos al pie de los árboles del bosque de las Arcadas, los centinelas, decía mi padre.

–De acuerdo querida, dice mi hermano.

Ahora me apresuro hacia el final de este capítulo, entre la Bici y la Bicicleta hay que salir de la jaula del Clos-Salembier y pasar al presente.

–¿NOTEACUERDAS? DICE MI HERMANO y yo digo ¿noteacuerdas? entonces mi hermano dice ¿noteacuerdas? y a su vez yo digo ¿noteacuerdas? y en eso mi hermano dice ¿noteacuerdas?, luego digo ¿noteacuerdas?, basta que uno de nosotros diga ¿noteacuerdas? para que el otro diga ¿noteacuerdas? al despuntar el alba y, en eso, mientras caminamos con paso rápido y descalzo sobre el asfalto hirviente, por el otro lado del descampado tomamos la callejuela sin pavimento que baja pasando por delante de la casa de Madame Bals la tendera con el cucharón alzado, la muy puerca, y sin pararnos al sol y algunas veces por la sombra descalzos noteacuerdándonos llegamos al bosque de las Arcadas que recorremos con rapidez sin encontrarnos con ningún ser humano ambos entre las sombrillas de los pinos. El calor chisporrotea por encima del techo de agujas. La bajada es impensable si no es juntos a cuatro pies descalzos con el polvo rojo satinado entre los dedos de los pies finalmente olvidados por la brutalidad de los tiempos. Cruzamos el Museo vacío, sombría inverosimilitud de la que nos noteacuerdamos la construcción silenciosa signo de que estamos cruzando el mismo sueño. En eso salimos de la cuna del sueño en blanco y negro y llegamos a la piscina municipal azul de un azul violentamente glacial glacialmente azul en la que nos dejamos caer juntos como dos piedras incandescentes. Salimos del agua reinventados. ¿Noteacuerdas? los bocadillos para coronar a los dos héroes. Aquí mi hermano no se noteacuerda conmigo. No pasa

nada no pasa nada. Me giro hacia el lado izquierdo y hundo la cabeza en el hombro de mi sueño. Esta es nuestra página de bienestar. Estábamos en la b, en el baño, a la sombra, árboles, brizznas, sombrillas, brillo azul del cielo, todo es bello y sin fin y sin embargo breve todo el tiempo que caminamos juntos con buen paso de bosque en bosque, hasta que una idea de muerte viene a golpearnos, ya que el Bosque dado por mi padre nos volvía a decir también su fin.

Finalmente dice mi hermano girándose hacia mí ésa fue una buena bici. Era muy pesada. Tenía tres velocidades. Me fue bien. Hacíamos muchas cosas ella y yo. Con ella bajaba con losmoritos curiosamente esto no era ningún problema nos agarrábamos a los camiones que subían. Pillas la rueda contra el bordillo veinte metros antes y nos tiramos como chalados justo en el momento en que ellos nos pasan. Es el nubarrón de bicis chaladas con chavales que yo no conocía todos cogidos de la misma cadena del camión con los camiones que llegaban en sentido contrario pero tú no conociste esto.

–No estábamos en la misma cadena, continúa mi hermano, si dices el camión tiene que ser técnicamente creíble, tienes *un* camión, tienes *una* cadena que cuelga, yo cogía la cadena, había un reborde, con *cinco* o *seis* chiquillos agarrados, cuidado de no soltarla, los camioneros tocaban el claxon para alejarnos sacaban el puño para injuriarnos y no se paraban, miramira dice mi hermano.

Mi hermano y yo estamos sentados en los butacones de mimbre en el balcón de casa con el infinito bosque de pinos ante nuestras rodillas.

–Aquí nada me recuerda Argelia vuelve a decir mi hermano. Tan pronto como llega, nos instalamos en las butacas y misteriosamente eso vuelve a volver a empezar. Todo le recuerda a

mi hermano que aquí nada le recuerda en nada a Argelia. Así comulgamos sentados en las butacas que no son las butacas del Clos-Salembier, que no-son-las-butacas es decir que son las no-butacas del Clos-Salembier uno no puede sentarse en ellas –nosotros dos, mi hermano y yo– sin darse cuenta hasta qué punto estas pequeñas butacas no tienen nada en común con *nuestras* butacas, las inmensas butacas-de-guerra, nuestras gigantescas butacas de madera pintada de color verde desconchado, nuestras butacas con metamorfosis que, según como las girásemos, hacían las veces de barco, de destructor, de tanque, de guarida, de

El mar no es el mar, el cielo no tiene nada que ver con el cielo, los pinos, cuando miro los pinos de aquí no veo más que pinos exteriores, nada más que pinos reproducidos, cuando describas los pinos de aquí tienes que decir la verdad, son pinos absurdos, mira este pino cómo crece en línea recta hacia arriba mira, veinte metros en línea recta hacia arriba mira te digo qué absurdo y al final de los veinte metros un plumero, miramira dice mi hermano mientras que el pino de Argelia es un pino piñonero en forma de parasol, y no un pino absurdo, un parasol gracioso torcido y aterciopelado, tienes que decir toda la verdad, miramira exclama mi hermano, mientras que todos los pinos del jardín se ponen tiesos bajo su miramirada y dan un paso al frente, mira este pino a la derecha lo ridículo que es, es grotesco aquí vaya pino absurdo es grotesco y tú eres incapaz de decirlo, y a todo esto yo lo siento y lo vivo solo, piensa mi hermano chafando con el peso de su gran cuerpo-lleno-de-pesares la minúscula butaca, una mosca comparada con las gigantes butacas de guerra, y ni siquiera puedo decirte que lo siento y lo vivo solo ya que es del todo evidente, piensa mi hermano, que tú no sientes ni vives nada de lo que yo siento y vivo, y prueba de ello es que tú puedes *vivir aquí* a-quí. Cuanto más vengo aquí con el único fin de verte, más me convenzo de que no has

conocido Argelia se envalentona, más me siento objetivamente en peligro de mutilación, ya que tú puedes haber renunciado totalmente a lo que en el fondo nos unía, piensa él

y yo sentada inmóvil y silenciosa a su lado, escucho con toda mi alma lo que salmodia su pensamiento, lo leo siempre, a mi hermano, mediante el contacto, escuchándome escucharlo sintiéndome sentir su enorme ira venida del Clos-Salembier soplar sobre los absurdos y rectos franceses sin llegar nunca a torcerlos a su gusto pasado, en este mismo momento le sigo, mientras piensa estoy solo, tú has dejado plantado a este país que después nos dejó plantados a tumadre y a mí, mientras que al seguirlo pensaba una vez más en esta Argelia no-mía y que me moldea en hueco al revés y por completo. Nunca se me ocurre la idea de añorar Argelia. Es algo curioso: enfermamos de amor durante años cometeríamos locuras con la esperanza sin esperanza de tomar a una persona en nuestros brazos, hasta el día en que, años después, esta persona se me va de la cabeza y cae en el pasado. Y sin embargo durante dieciocho años *yo fui realmente inseparárabe*. Me agarraba a las rejas, vigilaba la verja esperaba el mensaje: *un* rostro, una puerta, una sonrisa. Mi yo de aquella época era pasión por este país.

–Pero qué significa conocer –digo yo– Argelia, al lado de mi hermano, siguiendo su silencio con exactitud. Lo que no recuerda recuerda, digo, y no-conocer Argelia es también conocerla. Por un lado, he oído hablar de Argelia digo, y oigo aún hoy hablar de ella, a miles, hay millones de Argelias, también hay centenares de miles de Ciudades de Orán, de cada Ciudad hay centenares de miles y hay centenares de miles de maneras de oír hablar de ellas. Por otro lado, he oído hablar a Argelia, digo, pero poquito tan sólo un hilillo de agua para mi desierto.

–¿Dónde? pregunta mi hermano.

–En el fondo del jardín sobre todo en la persona de Aísha, ya que es la única Argelia que he podido tocar frotar retocar

tantear palpar doblar mi espalda sobre su pantorrilla hundir mi boca entre sus senos reptar por sus pendientes aromáticas. Me acurruco dentro de Aísha desde sus rodillas miro cómo sus dientes son la blancura misma en el rojo de su boca. Estaba encima de ella, digo. Pero nunca estuve en su casa. La contaba, conté sus dientes, sus dedos de los pies tintados con alheña, sus hijos que salían de ella una vez cada año recité los nombres que salían de ella Alaua Baya Zuína Leila Ali más rápido Alauabayazuínaleilalïaísha.

Solía mirarla. La miro cómo llega a la vela al pequeño puerto de la cocina, llevada lentamente holgada sin moverse por el agua invisible con la pesada ligereza de la barca de pesca que se encalla en la arena suspirando avanza sin mover los pies pequeña majestad envuelta incluso en el patizuelo. La miro cómo se quita el velo que la mece y la barca entre las barcas blancas y debajo es una mujer que es-la-mujer y no hay otra mujer que Aísha, ni mi madre ni Omi eran mujeres, mi madre una joven superpuesta a un joven, Omi una señora de Osnabrück procedente de una familia de fotos distinguida, no hay mujer en nuestra casa, de ahí que yo esperara como mujer cotidiana a la maduración del fruto que venía cada mañana de la Ciudad de Argel, en nuestra familia hay una discreta virilidad, aparte del pecho poco desarrollado, con paso breve seco extremadamente rápido sobrio neto intacto de manos no perder ni un segundo entre dos segundos, utilizar la izquierda e igualmente la derecha, la espalda bienerguida erguida no basta todavía más erguida tripasadentro excepto mi hermano, en nuestra-familia, pronunciado *nués*trafamilia con acento tónico en la primera sílaba, ser mujer es algo que no se lleva, lo que se lleva, en lugar de ser mujer, es ser rápido. Pero en eso que llega para mí Aísha lenta cremosa un cuenco de leche a punto de hervir que no se derrama remueve en su interior espesores deseables una gelatina embriagadora de mirar por su ligerísimo estremecimiento. Llega hasta mí deslizándose sobre el agua brillante por la que yo hago rodar el trayectil desde la verja hasta la cocina para

mirarla cómo viene y acaba sin prisas su carrera la Aísha que con corazón firme remolco hasta la orilla de la cocina y de la balconera de mi habitación tirando de la cuerda.

Todo lo que una mujer puede ser y todo lo que puede ser una mujer es Aísha ora embarazada ora sin el lastre del embarazo y a menudo adviniendo con los brazos llenos del niño de antes bajo la forma de una pequeña divinidad cuidadosamente sucia, la cabellera rubia trenzada con telarañas algunas moscas en los párpados y perlas de moco en las narinas, las joyas de ciudad, las conchas en el cuello de Argelia.

Lo que queda de "Aísha" que murió hace ya mucho tiempo: volúmenes y volúmenes. El arte. "Argelia", en tanto que nombre que acaricia lo intocable. El nombre aterciopelado de la huidanza. La belleza de lo blando, belleza rara y difícil. Los grandes senos blandos mal unidos a la cuerda a propósito, cosa que les da autonomía a cada uno. Las pupilas completamente marrones mojadas brillantes como lunas pardas contorneadas de jol. Las pastelerías de carne, un aroma de torta montada que todavía me seduce, y lo que emociona es cómo está compuesta, la multiplicación de las partes iguales de la muñeca por la que habría vendido mi alma, el interminable número de ellas que la compone.

Sin ella –no tiene sentido imaginar lo que no está aquí. No voy a preteritar a Aísha. Me conjugo con ella. Mientras viví en el Clos-Salembier soñé que un día iba a casa de Aísha, hasta el corazón de su casa. La noche las músicas. Tomaban el vuelo desde las terrazas lejanas. Desde el techo de su casa que está embaldosado o con chapa ondulada. Y nunca estuve allí. Nunca fui. A su casa. ¿Existía esa casa? No se sabe. Aísha, pronuncia mi hermano. Qué historia, digo yo, lo que de veras contaba para mi hermano eran las hijas de Aísha y para mí la madre, pero según mi opinión Aísha era el pan el pastel las frutas los pozos la sombra el descanso canaán el amor del cordero por las ubres

la salvación, una mujer de una gran belleza que sabía algunas palabras en francés las demás palabras las tenía en los ojos en las manos en las risas. Y el nombre de nuestra Historia del Clos-Salembier. Y decir que la hemos amado y llamado durante todos esos años –a nuestra Aísha– que lo era todo para mí y no lo sabía y yo tampoco lo sabía en tanto que saber, lo vivía y punto, por otra parte, vivir era mi manera de pensar y la piel era el libro. Amaba el tocar del nombre de Aísha, nada sentimental, algo completamente sensual e infantil. Y al final ella no se llamaba Aísha, y así como ninguno de nosotros sabe de dónde salió ese nombre que no era el suyo, igualmente ninguno de nosotros sabe ahora quién de nosotros se enteró por quién y cómo. Actualmente cada uno de nosotros sabe que Aísha en realidad se llamaba Mesaúda. Aunque demasiado tarde. Algo ya está hecho, no sabemos exactamente si, como de costumbre, lo que ya está hecho es el mal, si es el mal lo que ya está hecho, como pensé de entrada cuando supe seguramente por mi hermano esta historia de Aísha que en realidad se llama Mesaúda y que todos, incluso mi padre, siempre llamamos de otro modo, y que cuando me enteré me asusté, pero desde hace dos o tres años ya no pienso que lo que ya está hecho solamente es el mal. Cuando me enteré me espanté: nosotros que siempre cuidábamos, mi hermano y yo, de que la familia nunca cometiera una agresión con los nombres propios, cosa que entre los demás siempre se hacía, nosotros que no tolerábamos ningún desliz en nuestra casa, nosotros los desgarrados, los vigilantes nocturnos los guardianes de la moral en la familia, nosotros que nos enfadábamos enormemente en La Clínica cuando sorprendíamos a mi madre llamando Fatma a la mujer de la limpieza que en realidad se llamaba Barta, nosotros que éramos dos justos enfurecidos cada vez que en el pasillo sorprendíamos a un miembro de la familia o a un pariente diciendo una de aquellas palabras o nombres propios ajenos mancillados y mancillantes, nosotros que nunca habíamos dejado de fustigar estuvimos pecando durante diez años y justamente contra Aísha, es decir, Mesaúda o al revés.

–Siempre se dijo que ella era una Uled Naíl dice mi madre. Se decía que era bailarina –después, cuando tuvo suficiente dinero, se dijo que se había casado con un viejo. Pero nunca supe qué había de cierto en lo que se decía, ni quién lo había dicho. Eso es lo que se contaba. La única cosa que sé de Aísha es que yo misma cometí un grave error cuando una vez la asistí en el parto, dice mi madre, era principiante, uno no sabe dónde está el quid de la cuestión, las moras dice mi madre (una palabra que nosotros habíamos acabado por aceptar nosotros los guardianes a falta de proponer otra como sustituta, pero sólo bajo la forma del plural, las moras, pase, "la" mora, jamás, sin que todavía le pudiéramos dar a mi madre una clase de gramática, rechazábamos "la mora") las moras dice ella bajo nuestra mirada de desaprobación, tenían la costumbre de empujar, ella empujaba y empujaba, y yo no se lo impedí dice mi madre evitando decir Aísha, qué locura, había un pilar, una cuerda, y ella se agarró ahí y empujó toda la noche y yo no sabía que esto no ayuda en nada. No hay nada más peligroso que los médicos y las comadronas que no están cualificados, y yo entonces no lo estaba, porque era una principiante. Después lo entendí. Moderar la marcha para poder aprovechar mejor el esfuerzo. Es lo que tendría que haber hecho tupadre. Modera las contradicciones que no sirven para nada, tendría que haberle dicho, conservar las fuerzas y aprovechar las oportunidades. Como era una principiante cometí errores muy graves que dejé de cometer más tarde. Pero los errores que se hacen no se pueden deshacer. A esta Aísha agarrada a una cuerda en una especie de terraza y que en realidad se llama Mesaúda, no la puedo olvidar. Era el último hijo. Nunca vi a su marido. Y sigue relatando. "Ali", digo yo, el bebé dios con las moscas sobre los párpados erigido bajo un fez.

Me pregunto dónde estará su tumba. La última página de la vida de una mujer escrita de antemano, firme, preñada año tras año, cada año una hija abandonada para siempre dentro de un marido desconocido, le quitan el ternero y la vaca muge todo el

santo día al día siguiente o al otro día deja de mugir de manera natural. Bahia la dulce coja, mi padre la salva de la tuberculosis de la que ni siquiera se salva a sí mismo. Después Bahia desaparece dentro de un marido lejano, y de ahora en delante de ella se dice "parece que". Mi padre cura a la novilla coja, un trabajo duro. Vidas de vacas y terneros. Yo también chupé las ubres de Aísha. Haré cualquier cosa para abandonar este país, pensé, y no oír nunca más cómo muge la madre todo el santo día hasta que el mugido se apaga sin que se sepa por qué, de manera natural.

–Nunca vi a su marido, de Aísha sólo recuerdo a su hijo, el mayor, después-de-los-franceses llegó a ser Director del Hospital dice mi madre para acabar la historia de Aísha, esto fue el fin, cuando pensábamos esto es un principio, el hospital se le subió a la cabeza y de pronto se convirtió en un borracho, fue una catástrofe siempre se dijo que no conocía ni a su madre, pero lo que ocurría es que ya no se conocía ni a sí mismo. Y esto es todo lo que sé de esta Aísha que se quedó agarrada a una cuerda toda la noche en una especie de terraza, era una locura dice mi madre, y lanza una mirada de desaprobación a la comadrona que ella era entonces. Pero hace mucho tiempo que ella ya no es ella. En el diván de mi despacho, la joven anciana que es mi madre-con-relatos se inclina ligeramente, muy erguida, sobre las páginas del libro de medicina.

–¿Estuviste en casa de Aísha? dije con expectación.

–No dice la comadrona, sólo fui a asistir al parto y este parto duró toda la noche, nunca olvidaré este pilar que estaba evidentemente dentro de la casa.

Con el corazón palpitante insisto todavía hoy estoy al acecho quizás una puerta se abrirá en la Ciudad de Argel si golpeo lo suficientemente fuerte en la memoria de mi madre todavía ahora bordeo la muralla tanteo sueño con entrar al país del que soy el engendro testarudo.

–¿INVITADA? pregunto yo.

–¿Invitada? ¡No!

Me responde sin vacilar. Con una sorpresa muy clara. Me devuelve la palabra invitada. Le parece de una total incongruencia. Otra de tus ideas de sueño me espeta. Una palabra absolutamente fuera de lugar, es decir una realidad sin realidad.

Estamos sentadas en el diván de mi despacho. Este diván es una comisaría. Le hago preguntas y ella me responde. El comisario de Argel era muy amable y estaba realmente irritado, como comisario argelino que era, a causa de "las historias árabes", enlaza mi madre, "las historias árabes" eran todas aquellas historias increíbles. La gente iba a contarle historias extremadamente enrevesadas, él estaba hasta el gorro, me convocaba, me decía Madame Cixous otra "historia árabe", ¡ya no puedo más! Unas bragas llenas de sangre, ya no puedo más dice el Comisario otro enredo que viene de La Clínica, se trata de un marido, una mujer, un taxista, ha habido un parto que ha acabado bien, la convoco por lo de las bragas, es mi obligación hacerlo, qué tienen que hacer unas bragas en la Comisaría, el marido quiere saber por qué esa sangre en estas bragas, *antes* no se habrían atrevido a ir a lo del Comisario con las bragas llenas de sangre pero que se enteren: el Comisario no se deja enredar, *antes* ni siquiera se atrevían a ir a lo del juez por semejantes tonterías, pero ahora se atreven a poner una denuncia por unas bragas a lo árabe, en la Comisaría de Policía, firme por

favor y ahórreme estas historias argelinas, ésta es la diferencia dice mi madre, *antes* no se atrevían pero *después* llegaban a la obra de teatro nuevos personajes como el juez el comisario y para el último acto el director de la cárcel. *Antes* no había puertas de justicia a las que golpear, sólo la familia y La Clínica, *después* hay, puertas adentro, la comisaría de policía y por lo tanto la tragedia que a veces es cómica y a veces espeluznante. Cada vez que me veía *invitada* a pasar por la Comisaría, me pregunto si es una tragedia o si es una comedia, en caso de peligro salgo con el velo, a fin de pasar desapercibida ante el personaje del conserje. Ahí me paro, dice mi madre confusa, se para, en su cara hay perplejidad, se está preguntando, pensé, por qué de repente nos ha arrastrado a las dos hasta la comisaría de Argel en mi despacho. Se siente incómoda. Se da cuenta de que estos lugares que no tienen ninguna relación han comunicado entre sí de manera inverosímil. Podría iluminarla, pero no tengo tiempo. No quiero abandonar la pista. Dejaré que tome algunos tragos de café con leche. Después retomaré mi interrogatorio. De nuevo pronuncio la palabra incongruente. Efectivamente he dicho *invitada*. No digo una palabra porque sí. Un país en el que una no es nunca invitada ¿es acaso un país?, en el que una vive durante decenas de años ¿es acaso un país? en el que una tiene hijos, en el que una ejerce una profesión, una no es invitada, una no es comerciante, ni mecánico, una es comadrona para los habitantes del país, si es que esto es un país, un país sin puerta sin umbral es como aquel niño que nace sin oreja quizás tiene también algunas anomalías en el interior pero quizás no todo es tan simple en este asunto.

Por un lado está la comadrona, pero por el otro está también la alemana en mi opinión irreversible, y por encima de la alemana está la francesa, que en mi opinión mi madre no es de ninguna de las maneras aunque del punto de vista de los papeles y de la lengua sí que lo es, por encima de la alemana que es francesa está la judía que a mi parecer no es en absoluto al menos del punto de vista judío no tiene religión ni tradición no va a la

sinagoga nunca, declara que siempre fue una solitaria, en Orán la familia era el mundo, a esto hay que añadir los refugiados alemanes que encontrábamos en los bancos del Pequeño Vichy y del Paseo del Estanque, los Hellmann, los Füld, los Hagenauer, los Morgenstern, los Flörsheim, en Orán por un lado estaba la familia y por el otro Alemania, la Alemania cortada y deshuesada, una Alemania en plena sanguinolencia, bancos de alemanes encallados en los bordes abiertos de Orán, todos los exiliados y deportados unos a Alemania otros al sur de Francia, otros a Argelia detrás de los alambres de púas franceses, unos con el tatuaje otros sin el tatuaje, todos se encontraban en los bancos, un banco en un jardín público significados alemanes. En tanto que sostén de familia sustituta del médico en tanto que "enfermera", ella declara no haber tenido mucho tiempo para descubrir Argelia, pero sí que oyó hablar de ella, de los franceses desconfiaba un poco, primero en Orán-bajo-Vichy, más tarde a partir de 1946 en Argel nunca intentó relacionarse con ellos y recíprocamente tampoco, no estábamos en un barrio con posibilidades, dice, en la época de tupadre –1946-1947– había un montón de compañeros que eran judíos pero a partir de 1948 ella no se hacía ilusiones, las puertas estaban cerradas, salvo las de la Sinagoga por las que hay que pasar si se quiere entrar en el ambiente judío como judío. Pero la Sinagoga ni siquiera sabe dónde queda en Argel, en Orán pasábamos por delante de ella, pero no íbamos a la sinagoga ni siquiera por las fiestas ni Omi ni la abuela ni las hermanas de tupadre, quizás me habría gustado vivir en un ambiente en el que se celebraban las fiestas, dice, pero no se pueden tener las fiestas sin la sinagoga y ni ella ni Omi nunca fueron pilares de sinagoga ni en Osnabrück ni en Orán; tupadre tampoco, era rejudío a partir de Vichy pero en tanto que antivichy y sin gustarle la Sinagoga. A la religión no la he echado de menos, dice. En Osnabrück por desgracia había un rabino que nos daba clases de hebreo, por desgracia no era simpático, era un orgulloso y un cerdo el doctor Krakauer más bien nos repelía las mujeres lo mandaban a paseo además había

preservativos por el suelo en el patio de la Sinagoga tenía una mujer muy guapa pero tuberculosa que por suerte se murió muy pronto. No obstante, insiste en ello, hay rabinos *con trato paternal*. Ella no conoció a ninguno, pero es lo que se imagina. Insiste en añadir esto: había un rabino guapo inteligente noble a éste todo el mundo lo adoraba y lo admiraba, Alemania entera hablaba de él. Pero no lo conocí, dice. Debía de ser de una gran ciudad, quizás era de Düsseldorf. Después se fue a Estados Unidos. Hubo pues *un* rabino guapo. El hecho de que no lo haya conocido no significa que no haya existido subraya ella. El hecho de que nunca haya oído hablar de un rabino guapo e inteligente en Argelia tampoco significa nada.

Otra "historiajudía" dice mi madre, que no se tiene que repetir ante un extraño dice.

Por lo demás no siente que forma parte de una comunidad de la que nunca había oído hablar antes de llegar a Argelia y si su suegro no hubiera muerto poco antes de su llegada seguramente no se habría casado con mi padre el cual no se habría podido oponer tan fácilmente a la oposición de su padre contra un matrimonio con una askenazí la cual por su parte nunca había oído la palabra sefardí antes de llegar a Orán. En medio de todas estas complicaciones que tienen en común cuestiones de puerta, de entrada, de admisibilidad, está mi madre, eso es lo que cuenta, una mujer –si es que mi madre es una mujer– a la que, me lo puedo imaginar, pensé, es probablemente difícil de admitir por un motivo interesante: tiene un defecto de complicación que equivale a una complicación de una sofisticación inimaginable por parte de los demás. No sabe limar las asperezas, no sabe usar este aceite que sirve de lubrificante vital para las relaciones sociales. Falta de astucia, falta de falsedad, falta pues de delicadeza, falta de carmín en los labios, falta de rodeos, la rectitud en bruto es un palo tieso de escoba sobre el espíritu, la insoportable simplicidad de maneras y de pensamiento, que llega hasta la falta de meandros y profundidades, ninguna distancia interior. En un país en que para unos

el velo se ha convertido en un órgano, en una retina, y en que para otros la picardía declarada y la hipocresía declarada son algo idiomático, en el que todo el mundo respeta ese contrato, mi madre es una absurdidad un desarreglo y una ofensa. La honestidad es una crítica a la falta de honestidad, pero a ella eso no le importa. Ni se da cuenta. Es una especie de un solo individuo. No sabe que es un caso único. Y lo que podría redimirla, el sentimentalismo, ella lo llama hacer la pelota, y a hacer la pelota ella lo llama: corrupción. Una comadrona que acaba de contratar le trae croissants para el desayuno. Para mi madre está claro: se acabó. A mí no me sobornan dice mi madre, y no se come los croissants.

Veo motivos suficientes para no invitar a mi madre en este país del que no respeta las convenciones. Pero ¿y la comadrona? La fiesta, el recién nacido acabado de salir de La Clínica, los partos en la Casbah en el Talud de la Mujer Salvaje y en las viviendas de protección oficial de la Buzarea donde después de medianoche va errando perdida en las tinieblas sin luz de la Ciudad sitiada. –Había toque de queda ¿cómo iba a volver? Tomo la carretera giro en redondo a la una de la madrugada encuentro la dirección. De golpe, en medio de la carretera, ante los faros, una caja, llegó mi última hora, una caja de explosivos, sola al volante del 4 caballos sin despedida en el cielo estrellas de acero sin mirar por mí paso por encima de la caja. No pasó nada. Seguí el camino. Lejos a lo lejos el recién nacido mama por primera vez. La modestia de sus últimas horas. Sin el aderezo franciscano de plumas de pájaro tan suave. Modestia de la modestia. Modestia hasta el aniquilamiento. Entonces insisto: sin duda no ha comprendido mi pregunta.

–Invitada, digo, pensando en las innumerables invitaciones que hace soñar la palabra invitado, invitación, *invitus invitam*, en sus recursos fabulosos, *dimisit*, malditos, sutiles, contrarios a sus irisaciones latinas, en sus retuertos, sus secretos, sus celos, sus corazones, unos buenos y azucarados, otros empalagosos, y otros amargos y mentirosos,

invitada lo que es invitada, digo, ¿no se te invitó? como en una casa, como en una tienda, alrededor de un fuego, como rogada, esperada, autorizada, recibida, convidada, aceptada, –normal digo yo. ¿Nunca? Piénsalo. Te invito a ello.

Se lo piensa. Invitada, no. Se lo piensa. Hojea su libreta. Recorre los pasillos. Las galerías, rampas, calles, callejuelas. Una vez –encuentra– una vez fui invitada a una boda. Es la historia de la comadrona argelina que le decía a su joven amante que me invitara a bailar todo el tiempo con la idea de librarse de él. No me interesó. Esta vez estaba en casa de otros. Ella tenía unos armarios inmensos incrustados de nácar, dice mi madre, satisfecha por haber encontrado una invitación. Cajones llenos de joyas de corrupción. Ella me dijo si alguna vez la policía quiere atraparme me pongo el velo y hago que me exporten a Marruecos. Un día supe por el Director de la cárcel un señor muy amable cuya mujer había asistido en el parto que ella estaba ahí. Sabe usted que a su amiga la tenemos aquí con nosotros me dice. Hacía proxenetismo. Otra posibilidad. Me sorprende dice mi madre que no tuviera tiempo para ponerse el velo. El joven acabó por casarse. Unos años después su mujer dio a luz en mi casa. Un niño precioso, en 1971 justo antes del fin de La Clínica de la que nadie se imaginaba que estaba predestinada a hundirse con Bienes y Personas en febrero de aquel año.

Pero aparte de esto nada. Nunca he sido invitada, no, dice mi madre ahora en paz. Y cierra el libro vacío de las invitaciones.

–¿Por qué? digo yo y me reprocho esta pregunta. Mi madre dice: ¡no invitaban a las comadronas!

Es una explicación como cualquier otra.

–¿Entre los árabes? No creo dice mi hermano.

Y sin embargo espero.

–Tenía un amigo en Bugeaud dice mi hermano. Había muy pocos en el instituto. Una separación normal involuntaria, un

estado, naces en un lugar en el que las casas no se abren. No sabes que puede ser de otro modo. Por un lado la gente se va a comer su Muna a la Palestra. Se creen que es la Eternidad y yo incluido dice mi hermano.

–Yendo por la montaña se pasa por delante de la tumba del santón musulmán digo yo.

–Nos codeamos con ellos dice mi hermano involuntariamente y a la inversa.

He conocido Argelia carnalmente, sumergirme en el agua caliente de Tipaza caminar soñando entre los matorrales y las ruinas sueña mi hermano, siempre tuve la sensación de haber salido mucho más que tú, dice mi hermano.

–Yo quería entrar, iba a decir, pero él se fue sobre la Bici en dirección contraria, en la casa carnal de Aísha digo.

Los lisiados sobre su plancha con ruedas. Los hay también en Correos y en la Plaza del Gobierno. En el Clos-Salembier los chiquillos se lanzan a toda velocidad sobre planchas como las que usan los lisiados con una agilidad tal que pueden rodar cuesta abajo por el bulevar Laurent-Pichat a pesar de los camiones. Si uno de estos chiquillos tiene mala suerte acabará como un lisiado sobre su propia plancha.

Ciegos sin ojos debido al derretimiento purulento del ojo sifilítico y ciegos debido a la purulencia del ojo espiritual, lisiados mentales, hombres sin nariz y franceses sin olfato, leprosos de conciencia chancrada francesa y árabes que naufragan por serlo, latas oxidadas, defecaciones en las escaleras y, en medio de todo esto, lugares paradisíacos.

–En Alemania tampoco sufrí dice mi madre que de buena gana regresa mentalmente a Osnabrück aunque en realidad no

lo haría, y pasa de Osnabrück a Argel haciendo una parada en Orán como es de suponer, ya que nunca se ha sentido menos cómoda en una ciudad que en otra, ni tampoco más instalada, nunca un poquito más ni un poquito menos, en una de las ciudades que adora explorar, sobre todo cuando se encuentra al volante de un cochecito de bebé, tan romántica, perdiéndose por un barrio o por el otro, con la muerte escondida tras una caja, sola en su concha rodante, y si en eso el viento las tinieblas la carretera mojada las estrellas vierten sus cubos de agua encima de la sensación de chubasquero, siento la vida dice mi madre encantada, rueda ante mí, y qué significa todo esto: sólo esto. Nos habíamos acostumbrado al *gesunder Antisemitismus*, a nosotras no nos molestaba. Los judíos aceptados, doctores, profesores, eso los judíos lo aceptaban. En la escuela no sufrimos. *Una* vez fui invitada a un cumpleaños y fui. En verano fuimos a Norderney, todos los judíos fueron a Norderney, en el Nordsee. En el Ostsee había playas en las que todos los judíos no fueron, a Helgoland no fue ninguno pero a Norderney fueron muchos –¿sólo judíos? pregunté– todo el mundo dice mi madre, nunca voy a casa de judíos dice mi madre yo todavía era muy alemana después la gente empezó a ser sionista cosa que yo nunca he sido, cada vez que hay un nacionalismo no voy, siempre fui internacional. Cuando abandonamos Alemania, siempre decía "en casa de": "en nuestra casa" "en casa de tal o de cual" y dije: "en casa de los franceses no hay cuarto de baño, se cortan las uñas en el metro la secretaria trabaja solamente si el jefe mira". Se me fue. Decir "en casa de" se me fue nada más llegar a Orán.

Pero en cada Ciudad hay castas. A mí esto no me molestó. Estaba todo el tiempo ocupada con mis partos. Como comadrona siempre fui internacional por mi parte. El bebé es un recién nacido internacional. En La Clínica había dos puertas que siempre estaban abiertas.

Es otra explicación, pensé. A mi madre esto no le molesta, no se da cuenta, a todo el mundo le molesta, es más: a ella no

le molesta en absoluto, y eso es precisamente lo que le molesta a la gente, y si añadimos a esto su competencia reconocida e indiscutible, que no deja de tener un gran valor en el mundo de la medicina, al médico esto a menudo lo irrita, aunque al fin y al cabo éste prefiere descargarse sobre la comadrona competente que sobre la incompetente. Pero para mucha gente que viene a pedirle consejo mi madre es un peligro moral porque con ella uno nunca sabe dónde está el peligro moral, fuera de los partos no está nada claro, en los partos es excelente, pero no sólo es el parto lo que cuenta, están además todas las historias y, en particular, las "historias árabes". Sin embargo, en esas historias uno no sabe muy bien dónde se sitúa ella, en principio es "francesa", pero en realidad no hay nadie menos "francés" que ella a ojos de la clientela, para la cual el concepto de "internacional" no tiene ni vigencia ni sentido. A una persona a la que no se la puede odiar por completo, como es normal cotidiano y justo para los clientes odiar a los franceses, tampoco se la puede querer. Es una persona extraña. Breve extensión extraña. Hasta qué punto lo es, y de qué manera –esencial, natural, innata– lo es, es algo indescriptible. Incluso a mi hermano y a mí nos molesta, no podemos acostumbrarnos. Con ella, los clientes sienten, pensé, tomando la palabra *sienten* mejor que la palabra *piensan*, ya que esto, que siempre hizo de ella una invitada-evitada, y de nosotros unos ininvitados por extensión, escapa al pensamiento: es una falta de sentido de las hostilidades que va acompañada de su propio contrario. Por un lado mi madre es absolutamente ajena al asqueroso vertido de insultos, de ofensas racistas antiárabes y en general antiloquesea, mi madre significa incluso la imposibilidad de apóstrofe, de explosión, de agresión, de exteriorización del odio, siempre ha hecho acto de ausencia en cualquier escena violenta, no le pasa por la mente la estupidez mortal y asesina, está inmunizada contra todo esto, no ha albergado ni un solo instante la locura imbécil y contagiosa que está esparcida por toda la Ciudad en la que no pasa ni un solo día sin que no haya centenares de pequeños y grandes

enfrentamientos, incluso está esta señorita Tirailleur la comadrona argelina que insulta a sus parturientas en francés las trata de raza inmunda y esto es lo que ocurre finalmente en la Ciudad de Argel, ya nadie puede evitar vomitar y escupir, hasta encima de uno mismo, hasta encima de uno mismo, es una enfermedad constante, una costumbre morbosa, una moda pulmónica, una lengua, una tos nerviosa, contagia a todo el mundo, todo el mundo la alberga en su interior, la transmite, acaba siendo un estado pasional, esa es la única explicación del éxito de esta exaltación de nervios mentales, del uso de palabras horrorosas, de la expectoración compulsiva de palabras de repugnancia que van hasta la gloria, la euforia, la fobia, la flema, la glorificación de lo peor de uno mismo, la felicitación cultural de la flema verbal emitida por el cuerpo social que al excederse se uniformiza, esa cultura, ese erotismo congénito, ese apacentamiento, a ellas, a mi madre y a la comadrona esto no les entra. El chubasquero de Osnabrück se ha convertido en la piel de mi madre. No hay remedio. Esa insensibilidad, esa estabilidad, es sorprendente. Nada de todo esto la toca. No hay código para entenderla. Por un lado, ella no asesta los golpes que uno esperaría. Por el otro, ¿es una amiga? ¿Una aliada? Del odio y por tanto también del amor, ella no sabe nada, y por tanto todos, excepto yo, podrían odiarla, excepto yo que sé que ella no sabe. Un día una mujer que no es joven, una cabileña que *llegó a un acuerdo* con una madre soltera, viene a verla con el niño abandonado, el pobrecito, tiene dos años y no tiene acta de nacimiento, usted me hace un certificado de que yo he parido en su casa y así el niño tendrá madre. ¿Y qué dice mi madre? "Está loca, señora, usted tiene más de sesenta años, ¿quién se va a creer que es hijo suyo?" –dice mi madre otra historia increíble. Le dice estas palabras de sentido común a esta mujer de más de sesenta años que viene de Cabilia para convertirse en la madre por acuerdo de un niño de dos años que aún no tiene ni nacimiento ni oportunidad de sustento. Es increíble, pensé, mi madre está loca, siempre lo hemos pensado, tiene su propio

sentido común mientras que el cuerpo social va en sentido contrario. Se niega a hacer certificados a las mujeres que no han parido en su Clínica, y a todos estos papeles los llama falsos, en un mundo en el que, salvo lo falso, no hay ni oportunidad de sustento ni verdad. No hace artimañas como todo el mundo. No da la respuesta esperada, es como una puerta falsa, se abre y tras la puerta hay otra puerta cerrada, no echa nunca a nadie, la gente que entra en contacto con ella coge la puerta por sí misma. Mi madre constantemente virgen, yo siempre impresa, capto el mal que percibo, llevo a Argelia en el pulmón en el gaznate no me extraña que me dé fiebres y que lastime mi tela mental con rebabas envenenadas. Atribuyo a la fuerza malignargelina de mi imaginación las cicatrices de mi cuerpo puntuado, pero no es que piense ver lo que no veo, es que pienso lo que veo y veo lo que los franceses no ven.

–Mi cocinera gorda dice mi madre era vieja, sabía cocinar muy bien y mangar muy bien. Yo encargaba los bistecs en lo del mozabita. Los mozabitas son gente honesta. Había encargado doce. Ella me dice: sólo hay once. El mozabita se ha guardado uno. Digo: vamos a contarlos. ¡Y no falla! Hay dos que están muy pegados y parecen uno. Así es cómo lo hacía. Siempre hacía venir a sus dos hijas al mediodía para comer con sus cuatro niños. Un día Jeira me dice: acaba de ir a la despensa. Discretamente, voy a la despensa, abro, toco. Hay algo caliente dentro. En ese mismo instante sale hecha una flecha de la cocina. La flecha es mi cocinera, que llevo clavada a la espalda desde hace años. ¿Qué hace usted aquí? me grita. Yo digo: me gustaría saber qué pasa. Está furiosa: un poco de cuscús no es nada. Digo: un poco de cuscús, pues eso se pide. Grita: ya no está De Gaulle para mandarnos. Me voy. Digo: pues yo no la retengo. Yo estaba muy contenta, pero al día siguiente ella vuelve y dice: vuelvo. Pero si usted se despidió. Se va a la magistratura de trabajo. El juez me dice: haga un esfuerzo. Yo digo: no, nunca he despedido a nadie, ella misma cogió la puerta por sí sola, dice mi madre.

Digo: ¿dónde está lo correcto en todo esto?

Siento una vergüenza irreprimible.

Pienso: si yo fuera una vieja cocinera. Pienso: si yo tuviera una vieja cocinera.

Anoto: estoy fuera de mi casa, tengo nostalgia de lo que no existirá jamás, no hay juicio, estoy fuera de todos los nosotros, todos los nosotros pasan como tanques que pisan los gusanos de tierra bajo sus ruedas. Si sobrevivo, se lo diré todo –a nadie.

Pienso: la buena cocinera, la buena comadrona. La vida se muerde las manos. La edad mozabita en el desierto. Estoy triste para siempre. Me voy. Nadie me retiene.

No tendría que haber golpeado a la puerta, pensé, cuanto más se golpea más se tiene la sensación de que se lanzan golpes y después de que se lanzan acusaciones, con lo cual uno se siente culpable, se insiste, los golpes se devuelven, uno empieza a especular y enseguida uno se siente golpeado por todo tipo de pensamientos sospechosos y suspicaces, y esto no hace que la puerta se abra sino todo lo contrario, toma una importancia y un valor de hostilidad, de puerta se convierte en faz, frente, segunda intención, un poco más y ella se pondrá a hablar, me da un miedo terrible lo que pueda llegar a decir, así que no añadiré al error de haberla martilleado el error de atribuirle unas palabras absolutamente humillantes.

Hasta dónde se puede llegar en los golpes que uno se da a sí mismo por una puerta cerrada, era algo que yo misma experimentaba casi cada semana en el Clos-Salembier. En la verja del Clos-Salembier. Se puede ver todo. Nos miramos a través de las rejas. Es una verja abierta-cerrada. La frente contra las rejas. Nuestra frente. Frente a frente. Siento una tristeza vergonzosa, triste de estar avergonzada por estar triste: di a través de las rejas un trozo de pan a una pequeña en el otro lado que no me atreví a mirar, no, no di nada, algo de pan pasó de un lado al otro, pan robado, siento que, en el mismo momento en que creo

dar un trozo de pan, es algo robado, ha sido robado, yo robo, devuelvo lo robado, confieso admito; no hay don y por tanto no hay pan. Un rescate, esto es todo lo que pasa de una mano a otra.

Siento un furor vergonzoso allí, en la verja. Arranco manojos de tomillo con la cabeza girada, paso el tomillo por la verja, para no verme no dar alcanzar el tomillo a una mano tendida para coger el tomillo.

Claro que habría robado, pensaba en el otro lado. Razón de más para abandonar este país. Claro que me habría robado, pensaba.

En la verja oímos llegar a Tingobuenqueso oímos su grito de muy lejos que suena como el canto del gallo ¡es Tingobuenqueso! gritamos, el vendedor ambulante está en la verja. Entra al jardín, da dos pasos, deja la cesta en el suelo, se agacha, es un hombrecito delgado preciso Tingobuenqueso la cara grave seria bajo el fez levanta el paño destapa la cesta, tiene buen queso, da nombre a cada cosa que lleva: tingodilabacaquerríe, tingogüebos, tingoneslé designa y ensalza sus productos, huevos que alza uno tras otro y gira ante el sol como si fueran la niña de los ojos de las gallinas, desde lejos, desde los peldaños de la terraza, Omi compra algunos huevos media caja de buen queso corremos de la terraza a la cesta, somos los recaderos de esta ceremonia.

En la verja. He aquí Tingobuenqueso, pobre hombre. Hoy estoy sola. Tingobuenqueso insiste en enseñarme a pesar de todo sus productos por educación no me atrevo a no dejarlo entrar por educación. Siento una vergüenza tímida. Insisto en que entienda que estoy sola, no hay dinero. Tingobuenqueso levanta el paño. Me agacho inútil al lado de la cesta. Tingobuenqueso me enseña los huevos uno a uno. Me pregunta si hay sangre. No lo entiendo. ¿Dónde es, que hay sangre? Señala mi sexo, pregunta si hay sangre. Un leve asombro. Digo que no. Me pregunto si he respondido bien. Tingobuenqueso me propone sangre. Me ense-

ña cómo. Frota su índice por el borde de la cesta. En su casa lo hacen así. La sangre llega. Me propone sangre. Digo no gracias. No estoy segura de las intenciones de Tingobuenqueso. Temo sentir temor hacia el vendedor ambulante. Me levanto. Me voy. Tingobuenqueso vuelve a poner el paño sobre los huevos. Se va. Entro en la casa vacía. Tengo la impresión de tener una mancha en el pensamiento. Ese dedo sobre la cesta de golpe me parece que he pasado cerca de un gato muerto, he puesto el pie encima. No sé exactamente lo que debo lavar ni cómo, es un leve espanto, una leve repugnancia, leves y pequeñas cosas indecisas, pequeños huevos extraños. Porque no creo que la sangre llegue así como así. A la semana siguiente él vuelve. Mi hermano corre hacia la verja. Es época de estraperlo.

EN EL OTRO EXTREMO DEL CLOS-SALEMBIER, en el norte, en la loma, del lado de la iglesia, la casa de Françoise, erguida, dura como una estatua ecuestre de espaldas a la aglomeración. Petrificada sobre su base estrecha en el momento en que ella está a punto de avanzar hacia la iglesia. Ni un solo árbol que cercene con la sombra el blanco del monumento. Alrededor todo es blanco, el suelo de cal, mientras que en torno a nuestra casa todo es rojo. Tal es la potencia de Francia pensaba yo sorprendida.

Todavía nunca he estado en casa de mi amiga Françoise esto es lo que pienso cada mañana a las siete y media en la parada final del trolebús que nos lleva al instituto Fromentin, que deja de ser el trolebús K tan pronto como las dos juntas subimos a bordo y se convierte en nuestra carroza, pero cuando tomo el trole sin Françoise, cuando salto sobre el estribo en el último segundo, en el momento en que arranca, aunque Françoise no haya llegado, salto con el alma ensombrecida por el pesar la tristeza y el atisbo de una tempestad de cólera interior. Lo tomo en marcha porque en mí la locura de la puntualidad puede más que la locura de la pasión, en mí la alemana vence a la francesa, pero si salto me desgarro en dos mitades: la mitad de mí que no puede en ningún caso renunciar a la necesidad del instituto y la otra mitad de mí que no puede caminar alegremente sin las piernas de Françoise, y es precisamente la mitad superior cortada de mí, mi cabeza de norte, mi casco de soldado, la que

toma el K en marcha, en este caso no es nada más que ese trolebús que no tarda en llenarse, que se convierte, con el silbido, en una vagoneta en una camioneta en un vagón a veces repleto de inocentes y con un gran número de mujeres dando el pecho a sus niños, unos y otros absorbidos por su vida interior y de ningún modo viajeros, sino transportados, distraídos, sometidos de un modo efímero, con una calma amenazadora, presentes sólo de nalgas afuera, un trolebús lleno de desorden, de gritos de los viajeros clandestinos, de asquerosidades, de órganos exhibidos, de supuraciones, de chorros de esperma que me parecen amarillentos, pantomimas de crímenes, viejos altísimos envueltos en pergaminos remendados con rostros momificados por miserias muy antiguas y cuyas manos llevan una especie de uñas de varios centímetros de largo que son cuernos estriados y retorcidos al igual que las uñas infatigables de los cadáveres. Esta versión del K es la revelación infernal del país, varias veces por semana tomo el Infierno que va de la estación final del Clos-Salembier hasta la estación final de la Oficina Central de Correos, con mi tarjeta de abono válida solamente para dos líneas, subo y digo: ¡abonada! al revisor, con voz fuerte y con todo el derecho, abonada al programa infernal exclamo. La idea de tener un título era para mí un consuelo. Un título de transporte. He aquí que en el K estoy en casa, a cara o cruz. Y asimismo hay dos tipos de revisor, el tierno y el infernal. Uno es la dulzura de los hombres, la leche marrón de una virilidad compasionada, son criadores de niños, cunas, la versión masculina de los senos. El otro con ojos resplandecientes es devorado en pleno mediodía por sueños degolladores, de persecución a las mujeres, de destripamientos. Unas cuantas imágenes del trolebús dice mi hermano. ¿Noteacuerdas? Aquel gilipollas que se pegaba contra nuestras nalgas. El gordo revisor de barba negra. Con la mirada perdida a lo lejos. ¿Noteacuerdas? digo. Unas cuantas imágenes dice mi hermano. Papá con su traje gris claro. Llega corriendo. El trolebús parte. Hace una señal. El chofer se para sonriente. El mismo trolebús un año

más tarde el revisor soñador de barba negra. El trolebús K es nuestro horrible secreto, mamá-con-Omi nunca han oído hablar de él, ya en el K adivinamos lo inútil del relato, nunca mimadre-con-Omi habrían podido hacer nada sino creernos, adivinamos que ellas nohacíannada debido a una sabia resignación filosófica adquirida en Osnabrück y reforzada en Dresden, aquel que puede cambiar el mundo todavía no ha nacido, dice mi madre, todavía soy de la época en la que todo se remienda o se arregla, una costura deshecha, cojo la aguja, mientras que tú lo tiras todo, si falta un botón tiráis, pienso ¿la vida es esto?, dice mi madre, no se puede rehacer el mundo pensaban ellas, sólo se puede cambiar de mundo, dice Omi, pero yo no pensaba más que en esto. Sin mihermano para compartir la idea del suicidio, tanto él sin mí como yo sin él no habríamos rechazado con éxito la idea del suicidio, ya que es preciso verse humillado en pareja para que la humillación pueda volverse rabia. Aquellos que pretenden no haber sentido nunca en sus nalgas el roce de los gordos revisores, dice mi hermano, y esto al menos una vez por semana, sólo deberían ir a la estación final del Clos-Salembier y tomar el trolebús K. Quita *las nalgas* dice mi hermano, quita las nalgas del libro dice mi hermano, pero ¿qué hago? Entonces dejo solamente las nalgas de chica digo y quito las de mi hermano. En el K uno llegaba a querer no tener nalgas.

Todo eso no impide los plataneros los melocotoneros los nísperos las palmeras los naranjos las mimosas pero el paraíso en medio del cual aúlla solitario El Perro no atenúa en nada el destello extraordinario del Infierno.

Imágenes. Visiones repetidas de la verdad. Todo esto me remueve el alma venidera. Anotar, pensé, sobre las tablillas de la memoria. Describir, me digo, cuando llegue el día, si es que llega un día. Si un día llega ese día. Diré: el interior del mundo. Los aullidos reservados que llenan las plazas de la Ciudad de Argel. Los franceses que pasan con los ojos reventados, con otros ojos en el lugar de los ojos que ven. El vuelo de los cuchi-

llos en el aire brillante grandes pájaros con una sola ala acabada en pico. En todas las paredes la rúbrica: "Ya veréis". Pero lo que está escrito sobre las paredes para que todo el mundo lo lea es como si estuviera escrito en la pared tras la pared. Lo que pasaba en el Clos-Salembier, un día lo diré. ¿Quién me creerá? ¿Quién dirá lo contrario?

Françoise es puntual: tomo la carroza. Mi Sur con mi Norte.

Vive en la alta casa blanca toda cerrada que se alza en la punta francesa del Clos-Salembier allí donde se agrupan la escuela la biblioteca y la comisaría.

–Te sugiero que a ese libro lo llames el Paraíso Perdido dice mi hermano. Es decir el Infierno Perdido digo yo. Todo lo que perdemos es paradisíaco dice mi hermano. Es infernal digo yo. El infierno del paraíso.

Nunca he entrado en la casa de la calle blanca, sentada velada sobre el aguilón de la escalera, asoma un ojo-ventana de acecho. Abajo, ante la puerta, la llamo, grito el nombre, cuántas veces, muchas, y nadie responde, no pierdo la esperanza, grito porque no puedo hacer otra cosa. Quiero que ella venga.

El progreso que nosotros, la infancia de mi hermano-y-yo, hicimos en relación a la infancia de mi madre-y-su-hermana es que si yo en mi vida nunca estuve en casa de mi amiga Françoise, en cambio ella sí vino a la mía, y unas cuantas veces en varios años conseguí obtenerla, mientras que yo tenía que ir a llamarla ante su puerta, sobre todo por la mañana antes de la hora del K, ya que yo siempre me adelantaba y ella siempre se retrasaba, adelantada yo en la esperanza, en la urgencia de felicidad de verla salir de su casa amurallada, de correr con ella, pies para qué os quiero, saltar al K-roza que lleva al instituto, nuestro complot para transformar el país de Infierno en comedia musical. Era el amor en la amistad, Montaigne y La Boétie

en el instituto, porque era yo, porque no era él, esto no tenía ni pasado ni futuro y veo toda mi vida correr ante mí entre las dos paradas, toda mi vida de aquel tiempo, toda mi vida de chica transcurre entre ella y yo, siento que ella es eterna, es mi vida eterna de 1950, y aún hoy el año de 1950 es ahora. Ella estaba a trescientos metros de mi casa, yo estaba a dos mil años de la suya o inversamente había una posibilidad de que ella viniera a mi casa, pero que yo fuera a la suya era una imposibilidad y el nombre de esta extraña ruptura radical entre nuestras casas era el antisemitismo. Una gran complicación antisemita que hacía imposible por su parte lo que por la mía era posible. Nos podíamos encontrar y teníamos que encontrarnos inevitablemente ya que íbamos al mismo instituto con el mismo trolebús y estábamos en la misma clase y ahí es donde empezaba a notarse la complicación histórica y perversa, y es que por un error de mi padre que venía de Orán yo estaba matriculada en ese pretendido instituto de niñas que desde Vichy evitaba a las judías, las judías iban todas a otro instituto el Delacroix creo, pero lo comprendimos demasiado tarde, mi padre ya se estaba muriendo, y yo estaba en este instituto para gente bien, tradicional, clásico, de un antisemitismo normal y corriente, gracias al cual mi alma se formó, no como el alma de mi madre que siempre ha sido hostil a la combatividad, mientras que yo ya me había formado como combatiente por mi propia iniciativa en Orán por el simple contacto con la miseria para mí suficiente de la calle Philippe y de la Plaza de Armas, pero que para mi familia era una miseria *gesund*, perfectamente soportable, la llamada "miseria al sol" y que no molestaba a nadie, y ahora que estaba por error en el instituto sin judías, es decir con un puñado de judías, y sin musulmanas, es decir con un puñado de musulmanas, evidentemente no podía no ver todo lo que había para ver, esos grandes agujeros, esos blancos o esos negros, esos enormes desgarrones en la ropa que se abrían en el lugar de las judías y las musulmanas, cosa que me obligaba a ocupar un lugar crítico mucho más amplio que mi lugar soñador inter-

no. Esta "salud" del cuerpo social la experimentaba como una enfermedad, todas estas defensas, estos rechazos, estas puertas se convertían en mis enfermedades personales. Durante esta época, todos los días me medí por un lado con la puerta argelina en la persona de Aísha, por otro lado con la puerta francesa visible en la persona de Françoise y de su casa visible recia de una blancura militar ante la cual pasé verdaderamente años y años hasta el último día, y por otra parte con las puertas invisibles que se abrían y se cerraban en el mismo interior del instituto un edificio suntuoso disfrazado de instituto para Chicas, un palacio morisco de una belleza refinada en el que no había mujeres argelinas, en el que no había moriscas, ni palacio, ya que era un palacio-transformado, cuyos ocupantes llamados chicas con su cortejo de grandes secretarias pequeñas secretarias gran Directora grandes y pequeños profesores, repetían todos los días sin estar informados de ello y por tanto con una eficiencia libre de perturbación y pensamiento el programa inicial secreto: un plan de supresión del ser argelino, que se cumplía exactamente como todos los planes de supresión similares y vigentes en todos los países que aplican la sustitución total. Sustitución, ablación, y fantomatización, operaciones efectuadas con un éxito total por lo que se refiere a las herramientas, actores, actrices, operadores, obreros, consumidores, beneficiarios, destinatarios del plan. La chica que hace sus estudios en el instituto cree que hace sus estudios en el Instituto que considera suyo, y portador de un nombre tan típicamente francés como el suyo o el del Clos-Salembier. Pero yo iba al instituto-disfrazado sin creencia alguna. Lo primero que veía al llegar por la mañana era que ya no veía más rastros, ningún rastro malignoargelino, veía la enormidad amputada de todo lo que acababa de ver justo antes de traspasar la verja protegida enseñando mi pasaporte de elegido legítimo en la puerta, exorcizada, veía la ausencia enorme del propio país que de este lado de la frontera era oprobio e impropiedad, me veía en un lugar pala*ciego*, en una desinfección física y mental tan perfecta que si no hubiera

encontrado todas las noches las purulencias del Clos-Salembier quizás yo misma me habría metamorfoseado en una amputada física y espiritual. Y decir que mi propio padre me matriculó en una aberración mental, en la que permanecí abandonada por no tirar su última carta.

En el patio interior, me rozan cosas invisibles, cada vez que me encuentro sola me veo tocada por fantasmas, doblada, doble, todo es doble, todas las personas que se agrupan y se separan en el Instituto son dobles, y son unos dobles, todas son ellas mismas y al mismo tiempo figurantes. Se representa una obra. Se rueda una película. Enseguida todas son ya retrospectivas. Todas las personas ya habían pasado. Las sustitutas eran futuras sustituidas. ¿Pero cuándo? ¿Cuándo llegará la sustitución?

Ahora lo sé llegará demasiado tarde. Lo sé la felicidad acaba llegando pero demasiado tarde. Lo sé Dios llega tarde. En ese momento en el Instituto yo pensaba él no llega y no podía pensar otra cosa que no fuera ese presente helado. En ese momento cuando yo estaba en el Instituto, cuando entraba y estaba adentro estaba en un afuera exacerbado. En las perchas capas abrigos chaquetas me pruebo todo lo que está colgado busco mi bata mi jersey me paso todo el santo día sin poder vestirme todo lo que me pongo me lo quito llevo unos zapatos que no son los míos, soy un libro de apocalipsis escritos en una lengua que no hablo y no tengo autor.

En Orán tuvimos la suerte, mi hermano y yo, de haber entrado afuera, a la escuela de cartón, gracias a Vichy habíamos escapado al internamiento en *el plan de supresión del ser argelino*, ya que estábamos destinados a la *supresión del ser judío*. Todos los grandes acontecimientos de Orán que iban estrechando el cerco a nuestro alrededor estaban formados por expulsiones súbitas, siempre de improviso, y en el momento justo en que creíamos haber sido admitidos y, por lo tanto, cuando pensábamos haber conseguido un lugar, una situación, el mismo lugar nos expulsaba, primero nos recibía y enseguida

nos expulsaba, el molinete del tiempo, primero recibidos *con el fin* de ser expulsados, admitidos al Círculo Militar para luego ser vetados del Círculo Militar, incorporados al Ejército para ser expectorados, matriculados en la Escuela para ser borrados de la Escuela. Esto nos producía una salud y un sentido. Esperaba verme perseguida, esperaba la persecución, estaba acostumbrada a la persecución.

Una vez interrumpido este santo externamiento por el desembarco de los americanos, por suerte no se interrumpió ni en nuestra mente ni en nuestro cuerpo. Su fuerza continuaba haciéndose sentir en los breves años que vinieron después hasta el punto de que nunca creí en el Instituto Lamoricière, ni en el Instituto Stefan Gsell, ante mi padre y yo se habían disuelto. Pasaba a través de las paredes sin dificultad. Pensaba: el año que viene en Argel.

No puedo entrar en la casa de Françoise en la que no se admite a los judíos pero esto me da igual estoy acostumbrada desde Osnabrück, les está estrictamente prohibido a los judíos entrar a esta casa pero no es ni totalmente ni estrictamente imposible que ella aparezca en casa de los judíos estoy acostumbrada a una gran complejidad, tal es la ley tortuosa a la que estamos sometidos, no obstante a ella sólo se le permite venir a mi casa de manera condicional. A condición de que no exista ninguna contra-indicación y ningún obstáculo. Además de nuestras citas de carroza, quería a toda costa verla también en mi casa, hacía peticiones sin cesar, mi amiga las transmitía a sus padres y a veces mi petición era aceptada, a veces rechazada, al cabo de algunos días. Cuando el permiso era concedido, ella venía realmente, y sólo muy de vez en cuando se le prohibió salir justo en el momento en que iba a salir, y a esto yo no lo podía soportar fácilmente, no me pude acostumbrar a ello, ahogada de esperanza quedo clavada ante la verja, entre las rejas veo más allá del bulevar Laurent-Pichat aquel sitio en los alambres de púas del descampado por el que ella aparecería si nada se oponía a ello. Si un obstáculo se oponía entre mi amiga

y yo, me sentía borrada del mundo de los vivos, ante la verja los alambres de púas del descampado rodeaban mi cintura, las rejas de la verja me escoltaban impasibles hasta la puerta del sepulcro. La semana siguiente hacía una petición. Mi amiga es una marioneta, posee todos sus encantos punzantes todas sus potencias y sus potencialidades, parece ser que viene, entonces es la misma gracia rozando el polvo rojo de la tierra, de pronto suena el teléfono y un tirón del hilo la alza del suelo partida en dos, colgando despeinada y devuelta en un oscuro destello tras el telón. Nunca se veía a los manipuladores, artistas arbitrarios probados. Sé que son dos y, según explica la historia, las dos personas que se esconden tras el telón se manipulan mutuamente, a veces la una a la otra, otras veces la otra a la una, la madre y la tía, es de una habilidad prodigiosa, a veces una accede y en el último segundo la otra rompe la palabra, otras veces una deniega y la otra también, y aún con más vehemencia.

Estas circunstancias que se nos hacían invisibles e incalculables –ya que mi amiga nunca sabe lo que le puede ocurrir, qué intempestividad provocada por quién inspirada por quién sugerida por quién–, le dan a mi amiga el encanto sobrecogedor del objeto inocente. Ella nunca tiene la culpa de nuestras desgracias y de nuestros destinos, dice ella. De pie debajo del torreón llamo ella me dice no llames llamo veo cómo se mueve lentamente el párpado desleído de una cortina en lo alto del edificio.

Esperaba el famoso domingo del Hipódromo del Caroubier, desde el momento en que habíamos recibido billetes gratis para ir a ver las carreras de caballos, mi vida tenía pues un objetivo: esperar el famoso domingo con mi amiga para ir a ver con ella las carreras de caballos a las que en mi vida hubiera imaginado que querría ir, pero ahora había surgido esta oportunidad totalmente absurda y que era, pues, una verdadera oportunidad, la de estos billetes que hacían que me pasara todo el tiempo temiendo que se perdieran, ya que al temer que mi amiga los

llegaría a perder, de ella lo temía todo, cargaba con todo el peso del riesgo en mi conciencia, pero un día tras otro los caballos se iban acercando y yo no perdía los billetes, sin embargo, consciente como soy del destino que le espera a un deseo demasiado grande, comprobaba temblando si seguía teniendo los billetes varias veces al día. Esto bastaba para que mi imaginación se llenara de argumentos de horror y nunca me figuraba el hipódromo, ya que lo esencial para mí no eran los caballos sino poder llegar ahí sin falta.

Es sábado por la tarde. No hay clases. Con el corazón en un puño por la emoción, acabamos de decirnos hasta mañana. Faltan todavía algunas horas. Suena el teléfono. Se espera que se produzca un ataque al Oeste, pero lo que se incendia es el Norte. No voy a relatar lo ocurrido. Por otro lado ella apenas me hablaba. Castigada. Arrestada por haber perdido su estilográfica. Castigada. Me rebelo. Forcejeo ya en el mismo patíbulo. Ya estoy muerta. Me vuelvo a levantar. Vuelvo a luchar contra el obstáculo. Impotente ante la estilográfica. Hay que retirar la sanción. Tomo impulso, el teléfono. Oigo una voz bien vestida con los cabellos recogidos hacia atrás, nada de maquillaje, ni una sola falta de gramática la piel lisa medias de nilón una horrenda horrenda buena educación, estoy hablando con la mismísima Francia me asusto es la primera vez –y nunca lo olvidaré– que llamo a Francia en persona y reconozco su voz que oigo por primera vez. Señora digo y contraigo todos los músculos que se unen a mi pecho a mis ancas a mis muslos. No dice ella está castigada, ¡oh! qué católica es. Doy media vuelta. Vuelvo a plantear el tema. La que está castigada, grito, soy yo. Mi vida está gobernada por una fortuna injusta. Acaso no he trabajado todo el año sin recibir un solo castigo. Yo no he perdido mi estilográfica. Mi madre trabaja todo el santo día. Castíguela el lunes pero no el domingo ya que mañana a quien le cortan las piernas es a mí y no a ella. Sólo hay sollozos en mi pecho le suplico que suavice su acero, concédame un solo día con mi novia reconozco mis crímenes confesaré todo lo que

usted quiera, ya sé de qué estilográfica me habla, la perdí yo misma, no me castigue mañana, no el domingo del hipódromo, vuelvo a vociferar al teléfono hasta que la Señora cuelga.

Ahora espero con impaciencia poder ir con ella al concierto semestral de las Juventudes Musicales de Francia al que sólo voy para poder ir con ella aunque esto no lo pueda confesar, es de este modo que entro en el mundo de la música, escucharé –¡ay!– a Bach, ésta es mi intención, escuchar a Bach, otra de tantas ficciones, pero pierdo a Bach, que queda eclipsado, Bach queda totalmente eliminado para siempre por el verdadero objeto de mi deseo, los conciertos brandemburgueses una ficción para poder acompañar una fuga con marioneta, una conciencia de artimaña nimba mi entrada en el mundo de la música pero esto no se puede decir ya que a mi amiga le gusta ir a las Juventudes Musicales de Francia tanto conmigo como sin mí. Sin ella yo no voy sin mí ella irá de todas formas para ella no soy más que un acompañamiento brandemburgués, pero ella sólo va –aunque a esto no lo pueda confesar– para darse el gusto de poder hacer su entrada de marioneta en una gran sala de teatro, una sala inmensa, una sala mundial llena de butacas de terciopelo que solamente piensan en ella, en su encanto en su elegancia, en sus calcetines bordados en su falda escocesa en su pulóver –y, para terminar, los guantes de cabritilla todo un conjunto de mucha clase que se merece los aplausos de la sala mundial. Nada podría prohibirle que fuera a hacer su graciosa aparición bajo la cúpula del Universo. Los días anteriores al día de las Juventudes Musicales de Francia las jóvenes marionetas francesas se ponen rosas de la emoción como las mejillas de las adolescentes de Oneguín. Todo se arquea en iris de hora en hora. Mi astro sube, yo me borro igualmente en una exaltación tan elevada como degradada. No tengo nada que ponerme. Estas noches todavía hoy sigo sin tener nada que ponerme. Ni una sola noche sin crisis de vestimenta. Soy el resultado de las angustias padecidas en las inmediaciones de los famosos conciertos veladas de gloria para mi amiga para mí un calvario

judío una miseria del tamaño de una fatalidad a la que no puedo querer escapar. El día del concierto se acerca amenazador. Ni una sola noche sin el intento de una transfiguración aguijoneante. Intentaré cualquier cosa en el mundo para deslumbrar a mi amiga, soy capaz de pasar lo mejor de mi tiempo escarbando en los armarios, revisando en las estanterías en las que se amontonan centenares de jerseys de alta costura tejidos a mano y secados al sol de una sobriedad artística sin igual y en una gama de azules en camafeo, sacando de entre todos estos centenares de modelos a la única casulla de un amarillo dorado espectacular, capaz de asistir a un coloquio internacional que reúne a centenares de participantes extranjeros no teniendo nada más en la cabeza que la cuestión del cambio de ropa, ningún otro pensamiento, con todas las fuerzas mentales vertidas en el asunto clave del vestido, el cerebro hecho un ropero, y durante las conferencias mi silueta se sumerge en los arcanos de mi armario de recursos extraordinarios, inventando posibilidades fabulosas, mientras investigo estoy desnuda, un banquete reúne a los pensadores extranjeros, no voy a sentarme allí sin que antes no me haya vestido de manera sin igual. Finalmente una noche me pongo una casaca negra suntuosa de guerrero japonés con anchas espaldas de escarabajo, me calzo con zapatos de época con anchas cintas de fino cuero negro que me embotan la pierna hasta la rodilla. Hay que hacerlo, vestirse de manera transformacional. Sólo yo poseo la clave de este aderezo. Sueño. Ya no puedo dormir más.

El día del concierto se acerca amenazador promesa de delicias de las que me abstendría pero no puedo querer abstenerme sería un suicidio, es una catástrofe, debo ir no puedo ir es un doble suicidio debido al concierto, la música fúnebre me hace estallar los oídos, sólo tengo los trajes de la escuela para ponerme paso mis últimas noches rezando probando innumerables combinaciones mentales si robar me asegurase el vestido vital, ¿lo dudaría? Pero no roba quien quiere. Estoy dispuesta. Tengo en mis manos el collar de Omi. En la verja. Me ensayo como

vendedora. Enseño la mercancía. A un pequeño grupo. A algunos viandantes. Los ojos caen encima del collar. Es oro, digo yo. Los jóvenes árabes que pasan menean la cabeza. Algo falla. ¿Es demasiado caro? Bajo el precio. Los árabes posibles clientes mueven la cabeza. Se van. Dan vueltas y más vueltas al collar. Una desconfianza empaña la mirada. Me devuelven el collar. Nadie me lo compra. Le pregunto a Omi: ¿es de oro ese collar? *Natürlich!* Es de oro. ¿Y entonces? ¿Y entonces? Pero luego voy al concierto con una combinación de fortuna. Los guantes de Omi. La famosa chaquetita de ante de color granate de mi madre cuando era chica que tuvo la mala suerte de que la tiñeran mal pero que a pesar de todo es de ante. El collar de Omi. Que es de oro. Y que si un poquito más grande que si un poquito más pequeño que si un poquito más auténtico que si es un poquito menos puro, pero que es de oro.

En el concierto ni una sola mirada para los Conciertos brandemburgueses. Durante la ejecución de los Conciertos brandemburgueses me sumerjo a la caza y captura del ante del gamo los guantes el ante el gamo los guantes el gamo.

Pero todo esto no es más que un divertimento comparado con mi más antiguo duelo. Que es obra de mi padre. Eso sí que es el golpe. *La herida.* El suceso, el mío. La obertura de la obra: lo que me hizo mi padre, una vez, una única vez, una violencia única de la que el padre no mide la interminable carambola cruel, ¿cómo lamentar el dolor? ese dolor me es infinitamente fiel.

Bájense del relato, en la plaza del Gobierno. Síganme bajo las arcadas de la calle Bab Azún en 1946. Ustedes verán en el escaparate a la criatura adorable que me hiere con un deseo absolutamente indiferente a cualquier comentario, a cualquier cálculo a cualquier razonamiento, es la *criatura vital* la quiero

de golpe, debo obtenerla, es Ella. Es como si estuviera fuera de mí mi vida misma. Una muñeca dice mi padre ni hablar. Él es el rey. No ve nada. Mátame digo. A tu edad dice el rey. ¿Qué edad, digo? A los nueve años dice. No lo ve. Tengo noventa años. Tengo noventa millones de años. Ya estoy dentro del ámbar sagrado de la perpetuidad. Veo mi apocalipsis. Es exactamente ella. Lo Bello y la Belleza. Lo veo todo. Lo sé todo. El Velo me lo dice todo. Lo adivino todo. ¡Una muñeca morisca y qué más! Pierdo a mi padre. No podemos hacerlo de otra manera. No me ve. Piensa que soy una cría. Piensa que es un padre. Todo esto se escribe en otro tiempo. Es como si yo cometiera un parricidio en el Citroën. Lo sé. Lo cometo. En el auto no soy la cría. Hay una sustitución. Hay una necesidad. Mátame, digo. Mi padre me quiere pegar. Pero está al volante. Está entre la cólera y la estupefacción. La cólera es su reino. La estupefacción es su desequilibrio. Un temor alza su viento en la vida interior del rey. Hay una loca en su auto. Es lo que teme desde hace años. No se trata de un juego. Mi madre se zafa por la ventana. Es demasiado para ella. Sale del escenario de un aletazo. Ella tiene razón. Una escena tal no podría darse nunca con ella delante. Todo esto ocurre en otro mundo. Voy hacia una muerte, lo sé. Me entrego totalmente a la morisca. Soy una adúltera. Entro en la minucia de la pasión lo quiero todo y quiero cada parte quiero el fino velo del rostro, quiero el jaïk de lino y seda, quiero el broche de plata, quiero los aros de los tobillos quiero el rostro tapado quiero los tobillos tapados quiero ser el broche y los aros quiero los bombachos quiero las piernas escondidas quiero ser los bombachos quiero a Argelia. Estoy rabiosa el rey rabioso. Nos quedamos inmóviles separados vivos definitivamente. Una lluvia de tiempo va tapando los personajes y los archiva con la postura terca del nunca-más. ¿Cómo perdonarte?

Todo el resto es un disfraz.

EN ORÁN YO ESTABA dentro del decorado vaporoso de la Ciudad prometida, entre las cintas perfumadas de los bulevares que se disipan ante mis pasos soñadores las tiendas forman pirámides que frotan su frente dorada contra la montaña, las calles se arrodillan ante mí cuando quiero me subo a sus jorobas y atravesamos las plazas con el paso lento y balanceado de mi cabalgadura, la ciudad entera sube y baja y gira lentamente a mi alrededor entre el puerto pintado de blanco y azul y la montaña pintada de oro. El cementerio árabe tiene dientes de nácar, es una sonrisa a la inmortalidad. En las plazas mesas cubiertas con manteles blancos se hunden bajo los cigarros de miel y los cuernos de gacela los pasteles chorrean en la barbilla de los mendigos árabes entre los cuales hay algunos judíos indistinguibles. Incluso a los pequeños asnos invisibles –salvo la cola– bajo su carga colosal se les golpea en broma. Ellos rebuznan en broma bajo los golpes de bastón. En Orán.

En Orán dice mi madre era *Schlarafenland*. Al tener sólo ojos para la Belleza, dice ella, nunca vi a los ciegos ni a los amputados a los que tú siempre mirabas, mientras que yo para quien no hay otro Dios que vivir veía el lado bueno, los había que encontraban que la calle Philippe olía a orina, por mi parte esto no me molestaba, que la gente de la casa de enfrente haga caca en los peldaños de la escalera me sorprende pero encuentro que lo bello es más bello que lo feo, la familia que me rodea no tiene ni problemas ni historias, hay buena fruta, la primera

vez que veo una carreta llena de bonitos higos chumbos cojo un plato y empiezo a escoger unos cuantos, este día lo entendí: usan trozos de neumáticos como guantes para pelarlos, dice mi madre, que regresa a Orán por el lado bueno para hablar de Argelia mientras que yo regreso al Clos-Salembier sabiendo que en Orán la gente cuando habla de Orán siempre habla de oro y plata, el aire en la Plaza de Armas es un polvo de oro, incluso los mendigos aparecen repletos de lentejuelas, en las paredes de los pisos de Orán la gente cuelga cuadros que representan la Ciudad de Orán, son auténticos cuadros de Orán en pintura cosa que la Ciudad de Argel jamás sugiere, mientras que en Orán basta con mirar el cuadro de Orán y el sol aparece. En todas partes se ven bancos y personas sentadas en los bancos. ¿No deberíamos preguntarnos de dónde vienen? Se trata de una ciudad que no transforma en extranjeros a los que llegan, dice el cuadro. Eso es lo que quieren decir los bancos, son idénticos a cómo la gente se representa la Ciudad de Orán es decir exactamente como el cuadro, como una Ciudad de cuadro, ¿qué tienen que ver con los problemas de maldades en Argelia?, la gente vive en un cuadro de Orán en Orán, a la izquierda las palmeras, Orán está fundada sobre los pilares con pechinas azul verdosas para que la Ciudad no se tambalee nunca dice el cuadro, a la derecha sobre la montaña, habiéndose parado las aguas, la gente va a merendar los domingos Claire la hermana de mi marido dice mi madre hace una tortilla deliciosa con arroz y carne picada que yo nunca he hecho después, es la tortilla de la montaña santificada. Y allí, encima del puentecito ocre-amarillo que en el cuadro está justo en la esquina de la montaña y del puerto, esta mancha marrón, es el alma. Sobre el alma, algo sabemos, esa asna de Orán, que no se quiere mover. Por mucho que se tire de ella que se la empuje es una barrera infranqueable. En la casa de la calle Philippe, pensé, hay una población de orígenes diversos instalada en cuatro pisos, español al que se le llama francés alemán al que se le llama francés judío al que se le llama francés católico al que

se le llama francés y bajo nuestros cuatro pisos se acurruca Mohamed en la oscuridad. El asno de la casa.

En Orán, dice mi madre, los aguadores suben por la calle Philippe llevando a su espalda la piel de chivo llena de agua potable. La gente usa garrafas de vidrio. Las envuelven con trapos mojados. Y el agua se mantiene siempre fresca. Las persianas están a medio bajar. La gente se reconoce en la tela. Se reconocen todos. Sólo los números de la calle son diferentes. Bajo el hueco de la escalera, ahí está el domicilio de Mohamed. No me acuerdo de Mohamed dice mi madre. Era el enviado digo yo. Es el judío errante musulmán, digo. Mohamed, pensaba yo, es mío. Vino por mí. Llamarse Mohamed. Hacerse un sitio bajo el hueco de la escalera que lo esperaba desde siempre. ¿Quién es Mohamed? Aquel que vive –debajo de todo del edificio. Silencio. Su campamento de cartón. Ahora, pensé, cuando Mohamed instala su kanún, Orán está en orden. La frase ha encontrado su sujeto. De día hace sus faenas, hasta la puesta de sol silenciosa que él mismo es. Sobre la espalda un abrigo de sombras y de trozos de sacos cosidos unos a otros con su propia mano, te envuelves con restos de embalaje como si fueran rollos de nubes. De vez en cuando, durante la semana se abre la puerta del tercero. Es la abuelita de Casablanca. Mi abuela truena en la escalera. ¡Mohamed! llama la abuelita desde el tercero. ¿Dónde estás? ¡Aquí estoy! responde Mohamed desde lo más recóndito de la oscuridad. Ven a buscar la comida, truena la abuela. Levántate y sube con tu fiambrera. Y Mohamed sube sin decir ni pío con la lata de conservas. La abuela llena la fiambrera hasta arriba. Ella alimenta a su. Su quién, su qué, a su hospedado, a su otredad, él ha venido, y ella no sabe quién ha venido, y le llena la lata. Si no hubiera habido la pareja de Mohamed y la Abuela la casa sería como una fiambrera vacía, no hay ninguna duda, pero nadie piensa en ello. Lo esencial permanece imperceptible. Es una ventaja –tener a Mohamed bajo la escalera, le da a la casa su testarudez. El mundo está terminado. Mohamed el

errante ha llegado. Lleva en su espalda raída toda la carga del siglo. Todo preexiste, dice mi hermano. Mohamed es absoluto. Sin ascendencia ni descendencia. Pura manifestación. Puro profeta de dios y de nadie.

Parece ser que, tanto las mentes del país como los profetas anónimos, todos ellos están agachados en las calles de Orán o, algunos de ellos, encaramados a los plátanos, a la espera. "Los palomos", por ejemplo, otra carta enviada de Orán.

Un día, dice mi madre en su carta de Orán, el cliente le trae dos palomos a mi marido. Fui al mercado para que el rabino los degollara según el ritual, ya que uno no debe matar a los animales por sí mismo. Es el mercado calle de los Judíos que más tarde se llamó calle de la Revolución el mercado de la Revolución de los Judíos, está allí. Hay un colmado judío, y delante de la tienda, en el suelo, en la acera está sentado el rabino autorizado a matar, es un viejo con una gran barba. Le di los palomos dice mi madre la alemana de Orán el rabino tiene una larga navaja de barbero muy cortante entre los dientes. Él cogía un palomo entre sus rodillas, le quitaba algunas plumas del cuello para cortarle la garganta con su navaja dice mi madre que sigue con su relato hasta la pluma más pequeña, en el momento en que quería cortarle el cuello, el segundo palomo se escapó volando. En ese momento dice:

–Lo siento, el segundo palomo tiene que irse también.

Es decir, se trataba del primero, al que le quitaba justo antes algunas plumas. Le digo: ¿qué ocurre? dice mi madre. Me dice: a los palomos no se los puede separar. Forman parejas que viven juntas y mueren juntas. Sólo hay un palomo, dice él, dice mi madre, es el segundo. O ambos o ninguno dice él. Volví a casa sin palomo dice mi madre. Dije: el palomo se escapó volando. El segundo que es también el primero. No me supo mal dice mi madre, ya que nunca había comido palomo. Era así en Orán. Lo sagrado y lo santo dice el viejo no se puede separar, es así en Orán, dice mi madre. El rabino mata al segundo, el rabino no mata al primero. Un palomo se puede escapar

volando. ¿No se debería ver de dónde viene? ¿Lo hizo a propósito el rabino?

–¿A propósito? digo yo. En absoluto, dice mi madre, se le escapó dice mi madre, esto significa que puede ocurrir cualquier cosa hasta el último segundo la vida la muerte. Sabes que no le pagué, dice mi madre. Si lo hubiera matado, le habría pagado. Ni en la muerte ni en la vida, dice mi madre. En Orán, dice mi madre, la calle es un lugar. Sólo ocurren sucesos que escapan a mi razonamiento alemán.

En la familia decimos: la prueba de que la condición humana es estructuralmente faltera y genéticamente mortal es que mi mismo padre hizo el error de cambiar el paraíso por el Infierno creyendo que hacía todo lo contrario.

En Argel fui a parar a la Argeliafrancesa, es decir al Instituto contra el cual contra la cual no podía hacer nada. Ya me encontraba separada de mi hermano, nuestra vida interior separada en dos vidas exteriores, y separada de mí misma. Erraba corriendo por las largas galerías del Contratiempo o más bien canales entubados estrechos pasillos agobiantes, mi padre había desaparecido esa época había acabado yo me veía instada a asistir al Instituto, esa locura, y bregaba en las encrucijadas, recorría los barrios populosos, todo ante mí se convierte en miniatura el mundo es un teatro de marionetas por cuyos portales me deslizo minúscula con gran dificultad, y no hay tiempo.

Padezco anacronía. es una enfermedad mental banal familiar y temible: el enfermo no está enfermo, padece la anacronía mental de su entorno, está rodeado de marionetas manifiestas, es el único que ve que todo lo demás se encuentra girado en sentido contrario, girado y supuestamente en el otro sentido. Se produce un deslizamiento mental y semántico general. Los dementes se ven como gente normal. La contraverdad goza de una autoridad indiscutible. Todo el mundo se cree lo que no es. Todo el mundo no-ve lo que es. El programa está ininterrumpi-

do. Mi madre dice que se dice que se contentan con poca cosa en el campo, una aceituna y un pedazo de pan, los trabajadores agrícolas, esto dicen, lo que se dice acaba por creerse, se dice acaba por creerse y acaba por creerse, el país va bien, pero a los europeos es decir en este caso a los españoles también se les da vino tinto, además de la aceituna y del pedazo de pan. La gente que vive en las barracas está satisfecha, la comida no les falta, el marido trabaja, en las chabolas saben cómo calentar el agua, pasean grandes carteles del Circo. Están a favor. Dice mi madre.

La educación no les falta es por esto que en el Instituto no se los ve. Cuanto más crudo, más acaba por creerse. Lo crudo, un credo. Si mi madre se cree esto me muero. Por eso no le pregunto qué piensa. Otra separación más.

Cada cinco minutos el Infierno se pone en marcha en el Clos-Salembier basta con saltar sobre el estribo, y todo se ve de un modo diferente. Salto y lo veo todo. Verlotodo yo sola salvo mi hermano es un espanto. La gente tiene aparatos para no oír. Una traducción llega a todos los cerebros. De golpe todo el mundo habla al revés y oye lo contrario. Como si la misma locura posparto produjera una epidemia en las casas. Los menos afectados dicen: "así es". Todo el mundo habla en verso a ras de tierra y no se rehace el mundo. Hay niños que salen de su casa, y cinco minutos después ya están harapientos. Es una explicación. Dice mi abuela. Un odio terrible ilumina mi cerebro. Paseando con mi hermano en nuestra cabeza buscamos recetas de evasión punitiva. Me supo mal que el suicidio no fuera mi religión. Al final del día decidía abandonar la Argeliafrancesa a falta de Argelia, tomaba esta decisión, la guardaba en mi casillero, la sacaba, la contemplaba. Mi único temor era desgastarle la punta antes de que yo estuviera madura para la partida. Si me acostumbro me mato amenacé. Me afilé.

El primero de mis primerísimos recuerdos referentes al Plan de aniquilamiento del ser argelino es la historia de una chica cortada en dos.

Sucede en Orán, en la Plaza de Armas, en una atracción tipo montaña rusa.

Tengo siete años cumplidos, desde hace algunos años soy judía según dicen. La rueda gira, las vagonetas temblequean. Ante mí un hombre inclinado sujeta a una chica con velo. De repente, como una loca en llamas ella salta como una muchacha que se quema en llamas ella salta. Sólo se la ve a ella. La Argeliafrancesa sale del escenario. El velo ha quedado atrapado en un hueco del engranaje de la atracción. La chica se ve arrastrada dentro de su velo su cuerpo es atrapado como una carne en el molinillo, no puede liberarlo. El alarido que lanza se oye hasta el puerto, hasta la cima de la catedral, si un alarido pudiera detener el destino, todo se detendría al instante. Pero la rueda debe girar y pasar dos veces por en medio del cuerpo que lanza un alarido como nunca se había oído aún en la Ciudad de Orán. Ahora todo se detiene. La chica ha dejado de gritar. Su cuerpo cortado en dos por la mitad retenido dentro del velo cae como una masa sobre el suelo de la plaza aliviando a todos los espectadores. Un sentimiento espantoso de liberación me traspasa. Tengo la existencia cortada en dos. Por haber visto y mirado el suplicio que ningún ser humano debería ver, del que ningún ser humano debería desviar la mirada, clavados como estábamos a las vagonetas, una enteramente clavada a la muerte y la otra fuera de ella por haber oído el mayor alarido humano y más aún femenino que se alzaba hasta lo más hondo de los tiempos en un único chorro de voz no cortado, como si yo hubiera oído la vida acusar a la muerte derramando toda su sangre hasta la última gota. La culpa me prende, aquí, en esta vagoneta. La culpa, su terrible misterio. Yo no hice nada. Estaba ahí. Todavía estoy ahí. Lo vi. Lo viví. No estoy muerta. Existe una culpa. Y esa culpa es mía oscuramente. Vi a la chica loca en llamas con su velo unida locamente a su velo que saltaba fuera de las llamas hacia el precipicio. Es una tragedia que es también una Ciudad, un país, una historia, la historia de aquella que no soy, un velo nos separa y por esta misma razón

siento que un velo cae, un vaho rojo sobre mi cabeza sobre mis espaldas, asustada con todas mis fuerzas me agito pero no lo niego, por nada en el mundo lo negaría por nada en el mundo me lo pondría, y por esta misma razón a pesar de mí llevo a una chica con su velo que no soy, poseo en mí la chica cortada en dos el velo mortal el corte porque soy una chica testigo de la víctima, separada de la víctima por un corte. Vuelvo a casa. No corro. Tengo la sensación de que *esto me ha ocurrido*. Desde el accidente algo en mí permanece bajo un velo.

YA NO PODÍA ABANDONAR EL INSTITUTO al que estaba unida por el error y después por la muerte de mi padre. Una sola idea rondaba en mi cabeza, escapar de él.

De un día para otro dejé de estudiar. Intenté cambiar de personalidad. Pensé en hacerme irreconocible. De buena alumna que siempre había tenido notables o sobresalientes paso a ser una nulidad de alumna que se anula hasta el escándalo. No me acuerdo de que diez años antes mi padre había dejado de trabajar de un día para otro por orden de Vichy. Y diez años después de un día para otro quito mi placa, anulo mi fama de buena alumna, obedezco a mi padre y no hacer ya nada es una rebelión que me precipita rápidamente hacia la destrucción de mi propia existencia. Pero durante el nohacernada busco. Maquino la ruina del Instituto disfrazado, con todas mis fuerzas con todas mis debilidades horado cavo fomento. ¿Cómo derribar una mentalidad? ¿Una mentira? Una enfermedad considerada de utilidad pública y padecida como es de suponer por la hija del Gobernador General de Argelia. Por otro lado ¿cómo vivir sin razón cómo dudar en una Ciudad donde la gente considera como natural la presencia de un Gobernador General de Argelia? Todos van a su trabajo. Las calles tienen pendientes de acantilado, los coches bajan a toda velocidad por las rampas verticales y se hunden en el puerto. Los comerciantes tienen unas cabezas muy rojas o muy blancas de profundos enfermos mentales, se balancean, en el umbral de su tienda, lanzan gritos de

sirenas, expulsan a los mendigos que estropean sus aceras con exclamaciones de arriero. Los médicos son unos obsesos sexuales y financieros, son delgados, están calvos, son codiciosos, están insomnes. En el Instituto las profesoras son vegetativas, fofas, opiáceas, de una blancura enfermiza, sólo aquellas muy delgadas con cabeza de pájaro vienen de la Francia metropolitana, una minoría a quien le gusta Gambetta Dreyfus la República, para más tarde. Estoy dispuesta a reconocer que las hay justas y probas. Estoy dispuesta a admitir que hay un Instituto delicioso en un lugar del Instituto disfrazado. Quiero reconocer también que todos los seres humanos tienen una inclinación hacia la felicidad, no niego la seducción de la felicidad, lo que no impide a nadie ser infeliz.

En cuanto a mí, mi único objetivo era el de ir al Instituto con Françoise y, por tanto, el de tener la necesidad de ir al Instituto que detestaba. No podía evitar salir demasiado pronto hacia el Instituto, llegar demasiado pronto a la estación final del K, correr demasiado pronto hasta la casa siempre cerrada de Françoise. Iba todos los días de nuestra cárcel con libertad interior al asilo psiquiátrico disfrazado obligatorio y no obligado. Lo que más me gustaba con Françoise eran los sótanos del Instituto. Dicen que hay sótanos y nosotras buscamos constantemente su entrada. Pero antes de que la encontremos suena la campana del Instituto. Y entramos a clase.

Yo también conozco el arte del camuflaje, del disfraz, de la apariencia, del fingimiento, de la máscara. Una especie de mentira sólo mía se forma en mi ser como respuesta a la propia mentira del Instituto. No puedo evitar meterme en una intriga terrorista cavernosa, desciendo hacia mis profundidades inquietantes. Sólo me tomo a mí como cómplice en la lucha contra las intrigas totalitarias y terroríficas del Instituto. Urdí el plan excavador más extraordinario. Voy a hacer caer en su propia trampa al sistema de anulación del ser argelino real. Llegué a la

fantomatización. Yo misma me convertí en mi propio fantasma y he aquí el error cometido por las autoridades del asilo el de haberme hecho la demostración del sistema. La mejor manera, pensé, de ser una fortaleza inexpugnable es retirarse tras las apariencias. Por lo que cogí la cámara de fotos estropeada de mi padre y que mi madre había tirado a la basura pero que yo había recogido aunque no se pudiera reparar. Y la transformé en un instrumento fantomizante. La impuse en mi clase. Con la cámara inhabilitada tomaba fotos a las profesoras. Decenas de tomas. Decenas de fotos inexistentes. De esta manera las hacía inexistir. A todas. Una tras otra. Las miraba desde el punto de vista de la ausencia de mirada. Encuadraba. Apretaba. Ellas posaban. Apretaba. Lo hice a menudo. Reconozco que ellas eran dóciles y sin mala intención. Eran personas que no tenían fuerzas para hacer el mal y por lo tanto tampoco el bien. Se balanceaban en sus sillas y flotaban sin hundirse alzando sus bracitos redondos.

Jamás en el Instituto empolvado jamás se abordó el tema del ser argelino. Jamás penetró allí la palabra Argelia. En el Instituto: aquí, estamos en Francia, pero esto no era más que una inmensa mentira delirante que había ocupado todo el espacio de la verdad convirtiéndose así en la verdad.

Lo único que yo quería decirle al Instituto era: "no es cierto". Pero era imposible, era algo absurdo. Cuando el noescierto se extiende hasta el infinito, llega a ser cierto.

Mi complot fotográfico para acabar con las apariencias no funcionó, pero tampoco fracasó: mis propias compañeras de clase me detuvieron. Una auténtica persecución. Me pedían constantemente que les enseñara las fotos. Yo ya intuía que ellas no querían ver las fotos. Querían desenmascararme. Ésa es la prueba de su extraordinaria hipocresía: intuían el complot, como si, al ser unas alumnas iniciadas en el arte de la mentira y del fingimiento, hubiesen podido imaginárselo. Por otra parte, ellas estaban en el bando de los amos. Por suerte me detuvieron a tiempo: a mi acción le faltaba una base filosófica,

yo reflexionaba sin ver el paso siguiente, la inmaterialidad de mi complot estaba a punto de disolverse, prefiero que me hayan arrestado, no habría podido encontrar un final mejor.

Justo en aquel momento llegaron al Instituto tres chicas musulmanas y encima a mi clase; esto me ocurría a mí, en un momento en que estaba despierta en el colmo de la soledad, sin la menor ensoñación, una rubia una morena una pelirroja, Zohra Samia y Leila. Fueron inolvidables desde el primer día eran futuras y necesarias, pero eso sólo mi vida lo sabía, me encontraba sin lenguaje, apuntalaba mi existencia con las palabras mentira-y-verdad, mentira es verdad, me pareció que había un pequeño puente sobre el abismo, me subo a él me planto en el medio y nadie en el mundo hubiera podido moverme ni un centímetro. Asno soy y asno seré. Durante años dudé de que pudiera acercarme alguna vez a Argelia, renuncié a ello, la sustituí por un absurdo mundial, llegando incluso a abdicar, a volatilizarme y, de repente, como si no hubiera en el mundo nada más corriente y más fácil, aparecen tres. Lo que me ocurre no tiene nombre. Es una salvación que no trae ningún dios. No ocurrió nada especial, sólo que ahora tengo carne en el alma. Nos reíamos. Estaba con ellas. Sentía apego por sus presencias.

Sentía apego por sus tres presencias. Estaba con ellas y ellas no estaban conmigo, estaba con ellas pero me mantenían lejos de ellas todos mis fantasmas y todas las palabras de barbarie que nos obligaban a usar trozos de neumáticos como guantes, estaba con ellas sin ellas, yo quien a falta de ellas no podía ser yo. Veía a todas mis argelias cara a cara. Vi con vivos destellos cómo nunca sería de ellas. Ellas iban de subida hacia su vida, les llega su turno, intuía yo, sin el cual yo no sería yo, y que brilla lejos de mí, intuía yo.

Hubo un atisbo de historia. Ésta no tenía ningún acontecimiento especial que ofrecer en aquel momento, pero iba a tenerlos, y empecé a vivir de lo que iba a ocurrir. Mi alma profética. De futuro, finalmente, sí que había. Lo usaba como si fuera un presente, transfería las nadas pasadas, ya no espera-

ba con impaciencia el domingo del hipódromo, nunca llamé a su puerta, por otra parte nunca supe dónde vivían y me da igual, las necesitaba, de pie detrás de las verjas, las llamaba en silencio y sin esperanza. Ellas constituían la prueba que esperaba, pienso hoy, ¿acaso lo pensaba entonces?, me parece que sí, de inmediato representaron para mí todo lo que es ajeno, todo lo que es prójimo, enseguida tuve la sensación y por tanto la certeza de que había recibido la respuesta que esperaba. Efectivamente estaban ahí. La profesora pasaba lista y contestábamos cixous drif jáled lakdari presentes, todo el mundo os lo puede decir.

Dentro y fuera cambian constantemente de sentido. Tan pronto como hay futuro, entra fuera dentro sale, hay alianza y retorno, quién está dentro quién está fuera, ya se verá, aún no se puede ver, en la clase yo tomaba conciencia del movimiento, quien entra sale, quien sale volverá, estaba con ellas pero ellas no estaban conmigo, vivían en la distancia no siento a nadie tan cercano no siento a nadie tan lejano como ellas. Es como un libro. Antes de escribirlo ya está aquí, no se puede hablar de él, no está aquí, todo su ser está un poco más lejos muy cerca, a algunos días y a algunos meses de distancia, y al mismo tiempo no existe en absoluto antes de que exista. De vez en cuando hay uno que anuncia su llegada a través de algunas páginas, mira ya llega otro libro, me digo a mí misma, y me siento totalmente turbada, aturdida, como si el espíritu del libro se hubiese precipitado como un torbellino en mi pecho, ¿es esto el libro?, en cualquier caso éste es su hálito extravagante. *Decir: aquí está un libro, siento que me invade un libro, soy presa de un libro, es una locura.* Es algo que no se debe decir, pero no por eso se siente menos.

En la clase con ellas, ellas sin mí, yo con ellas en mi vida interior, yo arrinconada entre las francesas, yo royendo los barrotes, era presa de una locura que guardaba en mi interior. Jugábamos. Me parecía. Así lo creía. Susurramos. Saltaban muy alto. Leemos a Madame de Sévigné. Una manera de correr

más rápida que el esfuerzo, más ligera que la velocidad. Tras las batas de cuadros. Las busco delante de mí, adonde van, donde yo no estoy.

Aquí está el libro pensé si no en aquel momento al menos sí poco después, enseguida después de dejar Argelia pensaba en este libro, el de ellas, y me decía: he visto el libro que no escribiré. La suerte ha querido que comenzara en mi clase, justo a mi lado. Aquí está el libro que nunca escribiré.

Esta vez es Argelia la que habla delante de mí, estoy en una antigua clase, la memoria ha tirado sus redes sobre las personas sentadas marchitas amarillentas en sus mesas de escuela, me acuerdo de los días venideros aquí mismo donde por fin ha pasado el siglo con sus cadenas.

Has tardado mucho, pensaba yo. Déjalo. Lárgate. Ha pasado la hora. De repente me despierto de un sobresalto. Se ha acabado la visita. –¿Qué hace usted aquí? grita Ella. –Usted me había invitado, digo. –¡Pero qué dice! responde Ella moviendo su cabeza rizada. Me doy cuenta de que Zohra Drif, que está al lado de Ella, no está al corriente de nada. Empiezo una larguísima diatriba. Me quejaré. Me ha costado muchísimo encontrar el tiempo libre para aceptar su invitación. No me apetecía en absoluto. Vine por compromiso. ¿Diez años decía usted? Quiero decir diez días. Siento una tremenda irritación. ¿Qué hago yo aquí? ¿Me retengo a mí misma? ¿Me encierro a cal y canto en lugar de largarme? No he hecho otra cosa que soñar que me iba ¿y ahora me pongo a hablar por los codos? Me detuve. –Un error, dije, lo arreglo hoy mismo, tomo el primer tren hacia Francia, dije. ¿Cuándo sale? Esta noche. Temiendo perderlo, me precipito sin esperar nada ni a nadie. La estación estaba en el quinto infierno como era de suponer. Hay que atravesar la Ciudad de arriba abajo. Es una cuesta interminable que

baja y no vuelve a subir. Lo que cuenta es estar en camino. Cuando llegue a Francia, escribiré una carta a Zohra Drif pensé.

Otra ensoñación solitaria pensé.

–¡Espera! dice mi hermano separado, él todavía afuera yo saliendo de ese afuera del que no quiero oír hablar más y que hemos llamado Argelia durante años mientras que ése no era su verdadero nombre. ¡Espera un momento! dice mi infancia y todo lo que en mí es mi hermano. ¡No te vayas justo ahora! Justo en el momento en que llega Kader, ¿o es Idir?, ¿noteacuerdas?, ese chico cabileño que estaba un poco enamorado de ti, ¿Idir? digo, no recuerdo a ningún Kader o Idir. Es mi hermano quien me lo saca. ¿Me amaba? Es mi hermano quien tiene una foto de Kader que tal vez es Idir. ¿Lo amaba yo? La foto de Kader me sonríe con una timidez violenta. O es mi hermano quien sabía que estaba enamorado de mí y yo no vi nada. O es la violencia de la anacronía lo que nos ha matado. Los tiempos sólo separabunían mediante interminables guiones de distanciamiento. Y sin embargo, en otro más tarde, me parece recordar haberlo podido amar. Ahora me parece que me vuelve a la memoria. Delgado, tieso. ¿Me da la mano? Mientras permanecemos de pie inmóviles y como atrapados ya en la resina de una foto. ¿Siento la palma seca de su mano, o bien es un encuentro que el relato quiere meterme en la memoria? ¿o injertarme? No me atrevo a afirmar que no me acuerdo de Kader ¿o era Idir? ¿Vi cómo Idir se mostraba tímido ante mi timidez? Me parece que –¿sí? y nos noteacordamos de la gran dulzura, de su rubio claro como de gacela a punto de huir hacia nosotros, ya sea Idir o Kader dice mi hermano es Idir digo yo o quizás Kader, quien se balancea suavemente entre dos nombres, al extremo del gran paseo del Clos-Salembier, su rostro girado hacia el mío, desde el otro extremo del gran paseo, lo miro, mi rostro girado hacia el suyo, somos extraños, nos aureola una extraña ausencia de violencia, el cabello tupi-

do, el pecho estrecho, dispuestos a huir el uno hacia el otro, ¡no os mováis! dice el autor de todo-lo-que-ocurre-como-si-no-ocurriera, no nos movemos, y ahora la foto, vemos: *el encuentro cuyo otro nombre es adiós*. Todo lo que podría ocurrir y no ocurrirá en esta tierra, es esto lo que deja huellas luminosas en el Gran Paseo, nos miramos una vez por todas las veces que no existirán y pensamos al mismo tiempo que es demasiado pronto a nuestro alrededor para Esto. En silencio de labio a labio pasa el roce de un sí entre Idir Kader mi hermano y yo. Todo lo que todavía es indecible ya es legible. Breve boda sueño. Queda la foto. Se ven las palmeras, los bananeros, la verja. A la derecha, Fips el perro medio borrado.

Se fue el segundo palomo. El viejo que mata abre las manos. Volé como un disparo, el cuello desplumado, sin saber si seguía al otro en la vida o en la muerte. Allí donde la muerte ya ha empezado pensé, empieza la vida. Llegué a Francia, con el cuello desnudo, hacía tanto frío en todas partes, dentro, fuera, arriba abajo y a lo largo y ancho, busqué en todas partes dónde podía encontrarme, fue en vano. No, no había venido a Francia, este invierno, por otra parte nunca había pensado en este invierno llamado Francia, sólo había salido finalmente de Argelia, pero no ilesa, dejando allí las plumas que protegen el lugar de vida.

CUANDO-SE-HUBIERON-MARCHADO, según mi madre, nada cambió, todo iba bien salvo que ella ya no iba a comprar la carne a la tienda del Mozabita sino a las Galerías. Lo que no iba de ninguna de las maneras es que se había suicidado sin haberlo previsto, primero introduciendo en su propia casa la figura del destino bajo la forma de María la jorobada, después a causa del suceso del ascensor que ella misma había desencadenado.

–Por haber sentido lástima me metí yo misma en chirona dice mi madre con voz tranquila. Cuando se marcharon los franceses heredé una jorobadita que su ama había abandonado. La seguí llamando *María* dice mi madre, su verdadero nombre no lo supe nunca, no era Barta, quizás Farida no sé, una mujer de la limpieza a la que hice un gran favor. Todos los franceses se habían marchado. La portería había quedado vacía y fui yo quien le dijo a *María* la pobre que se mudara allí. Se instala con su cuñado su hermana sus hijos. El portero enseguida abrió la parada de sostenes y bragas para mujeres embarazadas en el vestíbulo de la finca, y ahora a las clientas para entrar les cuesta un montón. El portero dice mi madre con voz pausada era un tipejo. Y ahora viene la historia del ascensor. Había un ascensor que funcionaba con calderilla. Este dinero sirve para pagar al técnico que lo arregla un francés muy manitas que se ha quedado. Una vez me ausenté para ir a visitar a mi hija en París me dice mi madre. Le había dejado la llave de la cajita de la calderilla a *María*, si yo no estoy coja las monedas y pague al técni-

co, le digo dice mi madre. Pero haberle hecho un favor a esta mujer no me fue nada bien. No he visto ningún dinero en la caja dice *María* y el ascensor no funcionaba cuando volví dice mi madre. Pero había dos vecinos en la finca que lo vieron todo. Dos chicos que llevan una pastelería muy buena abajo, dice mi madre. Le dije a *María*: Escúchame *María*, o sea a lo mejor Farida, el dinero no está en la caja, pero claro, ella ni caso. Digo: si no se puede utilizar el ascensor, aquí ya no se podrá trabajar, las mujeres de parto no podrán subir, La Clínica no puede funcionar de esta manera. Es un escándalo que me dejes la caja vacía. Para mí es imposible hacer algo así. Si sigues de este modo tendré que avisar a la policía. Ni corta ni perezosa va y denuncia a los dos chicos a la policía por maricas, hace que los echen a grito pelado, y ellos tienen que irse dejando allí su pastelería. Después fue el vecino del sexto que no encontraba sus muebles. El vecino vio sus muebles que estaban abajo. El portero estando en el pasillo de entrada y dedicándose a la venta de sus sostenes para mujeres embarazadas ahora estaba sentado en la butaca del vecino. El vecino no se atrevió a decirle nada, por miedo a que *María* se la jugara. Esta Farida a la que habíamos intentado llamar María y que se había convertido en un ángel de odio con dientes de plata. Se burlaba. Una burlona con las raíces de plata de la venganza.

Después *María* me la jugó a mí. Yo le había hecho el parto, todo fue de maravilla, su bebé era del portero, también le hice el parto a su hermana la mujer del portero. Pero enseguida después no sé lo que esconde en la panza de su mente retorcida. La policía se presenta en La Clínica. –Venimos a por usted me dice la policía. Y me llevan a lo del juez. ¡Es un escándalo! ¡Encuentran niños acabados de nacer en los cubos de la basura! Me pasé una noche en una celda y al día siguiente a eso del atardecer llegué a *Barberousse*. Igual que, pero no es igual, pensé, en la cabeza de las colinas de la Ciudad de Argel la cárcel de *Barberousse* y en la frente de los cerros de la Ciudad de Orán la Capilla de *Santacrousse*. Barbarossa, dice

mi madre, todo el mundo lo conoce, pero nadie sabe lo que es. Eso sí que fue una experiencia dice mi madre no me lo pasé mal. Después del primer susto y de la primera noche en prisión sobre un suelo de cemento, dormí perfectamente sobre un saco lleno de paja, en la cárcel no me lo pasé mal. Éramos unas diez presas. Cada una contaba su vida. Me había sacado un peso de encima, dice mi madre, porque gracias a la cárcel no tenía la responsabilidad de La Clínica, tenía una excusa, no podía estar resentida conmigo misma, por primera vez en años puedo descansar, y además dice mi madre, con las demás me lo paso bomba. Las más jóvenes toda la noche con cubos de plástico que hacían las veces de tambor y venga cantar y venga bailar. Allí había todo un puticlub entero, o sea la patrona, dos nueras suyas, una primita, que cada día recibe una cesta entera de comida. Lo compartíamos todo. A quien le tengo lástima es a Fatma o sea a Barta una de mis mujeres de la limpieza con velo que me sube la cesta a la cárcel: era una cuesta terrible. Yo escribía y lo único que me sabe mal es que después de haber encontrado un día mi libreta luego ya no la volví a ver. Tú lo que te estoy contando no vayas a perderlo también. Es todo lo que me queda de Argelia. Sin embargo mi hijo le dice a *María*: ¿y encima quieres que te pague el mes? ¿Y qué hace ella? Se la juega. Corre a la comisaría y dice: me quieren sobornar. Un dos tres, y mi hijo va a parar a la cárcel. Pero con los hombres, entre los cuales hay muchas mariposas. *María* y el portero no por eso dejaban de ser unos infelices. Tenerles lástima no me sirvió de nada. ¿Habrá pensado acaso que podrá ocupar mi piso amueblándolo con los muebles del vecino del sexto?

Era muy astuta el ángel del odio tan mala tan astuta que en el momento del juicio cuando el juez le dice: dónde están sus testigos, sólo se tenía a sí misma y al cuñado por testigos y entonces le dice el juez: ¿es usted el único testigo? ¿Entonces a lo mejor usted es cómplice? Lo captó a la primera, y enseguida dice: no hay ningún testigo yo nunca he visto nada. Nos

sueltan a todos pero nos quedamos encerrados para siempre en el mal y el terror. Los no-por-eso-dejaban-de-ser-unos-infelices querían que me fuera. Pues ahora no me voy. No iba a marcharme y dejarles el sitio libre. No tenían sentido común. Esta gente me hizo la vida imposible y yo se la hice a ellos. Los temía y ellos me temían a mí. Querían estar allí sin mí y yo no me movía de allí, estaban conmigo en la finca sin que yo estuviera con ellos. El que sí era buena persona era el Director de la cárcel que después me traía a su mujer y a sus hijas de parto. Para tomar el ascensor que funcionaba perfectamente cuando yo estaba, pasaban por delante del portero y sus montones de sostenes. La Clínica, dice mi madre, aquello era bonito, todo el mundo se portaba siempre tan bien, formaba un todo que nada podía parar, por la mañana nos levantamos siempre a las siete, después iba al Mercado, me gustaba ir sola, iba con una cesta grande y *vacía*, a la vuelta muy llena tomaba a un chiquillo que me llevaba la compra, después les decía lo que había que hacer en la cocina, es obligatorio colgar el menú al mediodía siempre ponía bistec, después vienen las visitas del médico, la consulta y los partos a menudo por la noche. Lo más importante de todo eran los partos. Cuando hay parto, ahí está El Equipo Médico, y se arma un barullo, la cocinera deja plantada la cocina, la mujer de la limpieza deja plantada la limpieza, El Equipo Médico se ríe y grita y así la parturienta no tiene tiempo de verse sin coraje, y ya está aquí el niño. Siempre me las arreglo para que no se vea una gota de sangre en el suelo. Unas tijeras y una pinza para el cordón, poca cosa. Me gustaba esta vida. Hay algo terrible, *la placenta previa*, en los últimos meses si se pone delante de la cabeza se produce una obstrucción, la placenta *delante de la cabeza como una puerta*. La mujer pierde mucha sangre. Por suerte sabía lo que hay que hacer en esos casos: tienes que romper la bolsa de aguas. Y enseguida, paf, la cabeza hace presión, detiene la hemorragia, y ya está, ya no hay sangre, el niño salva a la madre y a sí mismo. Es una operación muy simple, acuérdate: romper la bolsa de aguas. Pero

al final no habrían querido por nada del mundo que les fallara lo de la cárcel. Y la cárcel les resultó ser el don inesperado, la apoteosis de Argelia, el sabor el olor el mismísimo sabor de lo inolvidable. O sea la felicidad total.

Ya pero en los últimos años la vida era imposible. Hasta el día en que dejé pasar la oportunidad, siempre para fastidiar a esta *María*. Me suicidé tontamente. Podría haber vendido La Clínica a una comadrona argelina pero no lo hice por falta de sentido común, para fastidiar a *María* dejaba pasar las oportunidades de traspasar La Clínica en el mejor momento. Total que una mañana voy al ayuntamiento a declarar a un niño. Y cuando vuelvo ya no hay Clínica. La Policía la ha precintado, se ha llevado las batas del Equipo Médico, y ha echado afuera a las enfermas. –¿Pero por qué están haciendo esto? digo. –¡Ah! no es usted la única dice la Policía. Bajo. El vecino del sexto dice: ¿y deja que le hagan esto? Le digo: ¿qué puede el gato contra el león? Ya no puedo más. Me voy. Quito la placa, y anulo La Clínica.

Me llevé cuatro cosas en la única maleta que tenía, La Abollada, la que ya estaba abollada al llegar de Osnabrück, un camisón, algunas fotos, y al día siguiente sólo me quedaban unas historias para contar. Y La Abollada en el trastero.

Tantos errores y tan poco sentido común. No estuve a la altura de las circunstancias. Yo misma metí en mi casa a esta desgracia llamada "María", le abrí la puerta sin que ella hubiese llamado. De un día para otro La Clínica se hundió con Bienes y Personas.

En 1955 cogí la puerta para irme, diciendo que no volvería jamás. Después volvía cada año, escondida tras mi espalda o de perfil, no buscaba la puerta, iba a La Clínica a visitar a mi madre y mi raíz.

En 1971 una mañana digo: voy a ir al Clos-Salembier, no he vuelto allí desde 1955, no vayas dice mi hermano, pero fui

igualmente no sé ni por qué, como si fuera en sueños, hacía lo contrario de lo que quería hacer, había dicho no iré, y fui, salí de La Clínica, fui a la Oficina Central de Correos y allí tomé el K sin despertarme. Delante de casa no estaba la casa, me lo esperaba, pero ver aquello que uno está esperando es otro tipo de sorpresa. Estaba ante un muro alto y blanco. No había puerta, y en lugar de irme inmediatamente empecé a buscar la puerta, no podía hacer otra cosa. Al otro lado de la muralla cuadrada, ya en el tercer muro, vi un portillo de hierro. Pensé me voy y llamé a algo que no era una puerta sino un cierre. Llamé. No hubo respuesta. Me voy digo y el cierre se entreabre formando una fina hendidura. Tendría que haber pedido perdón y en lugar de eso empiezo a hacer ademanes me gustaría entrar digo, señalo con el índice, hacia algo que no es nada más que una pared blanca que a su vez se alza tras el portillo. Y el portillo se cierra ante mis narices. Y me pongo a correr para irme como si tuviera que atravesar el descampado con alambre de púas que ya no estaba allí, cojo en marcha el K, preguntándome qué me ha traído hasta aquí y qué diablos estoy haciendo yo aquí, corriendo y huyendo hacia el pasado o el futuro sin saber por qué. Porque no podía hacer otra cosa. Hay una obstrucción sobre mi cabeza pensé. Tienes que romper la bolsa de aguas, dice mi madre, si no es el fin del niño dentro de la madre y con la madre. Seguramente me puse a llorar.

Pero ahora cuanto más hablo y más vuelvo sobre el tema, sobre todo con mi hermano, más me encuentro en casa en el Clos-Salembier, ahora y mirando hacia atrás, por mucho que entonces me hubieran echado fuera y asaltado rechazado clavado en la verja, más me siento allí en casa, ahora que ya no estoy encadenada a ese lugar y también ahora mientras estoy hablando de él, sobre todo con Idir Kader y mi hermano, y más ahora el Clos-Salembier está dentro de mí y me importan todos los lugares de los que huí y todos los momentos odiados odiosos

son para mí una transfigura vital que no cambiaría por ningún momento de dulzura y moderación en el mundo.

Nunca quise escribir sobre Argelia ese país natal desconocido cuya alta blancura cerrada fui bordeando durante tantos años, ni se me pasó por la cabeza la idea de escribir, ¡vamos! sería la cosa más inesperada que podría haberme ocurrido si de repente un libro me cogiera por la cintura y me transportara, quisiera o no, al Clos-Salembier a pesar de mis reticencias después de tantos años, pensaba todo esto ya desde 1994 y notaba al mismo tiempo que durante los últimos años, a veces, poco antes del alba, al abrir la ventana antes de que saliera el sol, oía, es decir me parecía oír en la lejanía más lejana el ladrido de un perro, pero tan lejos que parecía, me decía a mí misma, más el reflejo de un ladrido o el recuerdo de un sueño de ladrido o, quién sabe, el leve ladrido de un recuerdo de perro, una ensoñación vieja y triste, y luego por la mañana empecé a escuchar, luego a temer no oír, luego a esperar y casi siempre a oír como si llegara no del espacio sino de la lejanía del tiempo el ladrido cada vez más familiar, hasta el día en que, como si despertara de repente de un sueño de cuarenta años, me pareció reconocer y enseguida reconocí realmente la voz de Fips. Así suena la voz de un hijo muerto hace mucho tiempo, con nitidez, una verdad innegable, pero tan lejana y tan breve. El recuerdo de una voz. La huella sonora de la voz de Fips cuarenta años después de su muerte. Ya no podía rechazar el libro que no dejaba de llamarme en la oscuridad desde el momento en que yo abría la ventana. Me erguí en mi cama en plena noche y con el lápiz de punta grasa que siempre duerme al lado de mi mano escribí con grandes trazos a oscuras: *Durante todo el tiempo en que vivía en Argelia soñaba con llegar un día a Argelia.*

Cronología

Nacida en Argelia (Orán, 1937, de padres judíos), la escritora francesa Hélène Cixous, fundó, en 1974, el primer centro de Estudios femeninos de Europa, ubicado en París VIII, donde imparte actualmente sus seminarios de Literatura comparada.

Para comprender la escritura de H. Cixous, es necesario conocer los lazos que la unen a su entorno familiar. A continuación, exponemos algunos datos relevantes recogidos por M. Calle-Gruber en *Photos de racines* (1994, Ed. Des Femmes):

12 de febrero de 1948: Muerte del padre a la edad de 39 años.

De 1947 a 1953: Estudios en el Instituto Fromentin en Argel. Hay numerus clausus para los judíos. Hélène es la única judía en su clase.

1952: La madre de H. Cixous, Eva, comadrona, practicará como tal, primero en las chabolas de los árabes. Con sólo 14 años, Hélène acompañará a su madre, asistiendo a algunos partos. El tema de la obstetricia impregnará posteriormente su escritura.

1955: Matrimonio con Guy Berger a los 18 años. Se van a París.

1956: Guy Berger aprueba el Capes en Burdeos donde Hélène prepara su oposición a cátedra de inglés.

1958: Nacimiento de Anne-Emmanuelle.

1959: Tras haber aprobado la cátedra, imparte clases en el instituto de Arcachon.

Guerra de Argelia.

1960: Hélène conoce a Jean-Jacques Mayoux con quien comienza su tesis sobre Joyce.

Nacimiento de Stéphane.

1961: Muerte de Stéphane. Nace Pierre-François.

1956 a 1962: La madre y el hermano de Hélène Cixous permanecen en Argel durante la guerra de Argelia.

1961: El hermano, a favor de la Independencia, es condenado a muerte por la OAS.

1962: Independencia de Argelia. Eva es detenida por los argelinos y terminará siendo expulsada de Argelia.

1971: Una vez en París, Eva Cixous se instala junto con su madre, Omi, cerca de Hélène.

1962: Encuentro con Jacques Derrida en París.

1963: H. Cixous conoce a Jacques Lacan y trabajará con él durante dos años.

1964: Divorcio.

1965: Profesora en la Universidad de la Sorbona donde contacta con poetas y escritores de la talla de Piotr Rawicz y Julio Cortázar.

1967: Raymond Las Vergnas, vicedecano de la Sorbona, saca para ella una cátedra de literatura inglesa en Nanterre. Un año más tarde le propone la creación de una universidad experimental en el Bois de Vincennes. En París VIII, Hélène Cixous creará una universidad en la que difundirá, de una forma innovadora, el placer por la escritura, contando con escritores y filósofos tales como Michel Butor, Lucette Finas, Gérard Genette, Jean-Pierre Richard, T. Todorov, Michel Foucault, Gilles Deleuze y Michel Serres. El primer departamento de psicoanálisis en Francia estará a cargo de Serge Leclaire.

1968: Creación de la revista *Poétique* con Genette y Todorov. Hélène lee sus dos tesis. Es la doctora más joven de Francia.

1969: Obtiene la cátedra de Literatura inglesa en París VIII donde enseña desde entonces.

Premio Médicis por *Dedans*.

1972: Conoce el Teatro de Ariane Mnouchkine. Ambas montan sus primeros espectáculos ante las prisiones, que son regularmente disueltos por la policía.

1974: Creación del Doctorado de Estudios Femeninos en París VIII (el primero en Europa).

Desde entonces H. Cixous sigue dirigiendo el doctorado de literatura comparada así como numerosas tesis doctorales en Estudios Femeninos.

1975: Escribe su primera obra de Teatro: *Portrait de Dora.*

Antoinette Fouque, fundadora del MLF en el 68 y de Edicion des Femmes en el 73, le propone publicar *Souffles.* Compartiendo el pensamiento político de Antoinette Fouque, y teniendo en cuenta la delicada situación del Movimiento de las Mujeres, publicará a partir de entonces en Editions des Femmes.

1977: Descubre la escritura de Clarice Lispector, gracias a la publicación de *La Passion selon GH*, en Editions des Femmes, pero ésta morirá enseguida.

1982-83: Ariane Mnouchkine le pide que escriba para el Théâtre du Soleil. Escribe *L'histoire terrible mais inachevée de Norodom Sihanouk, roi de Cambodge.*

1989: *La Nuit Miraculeuse*, película de Ariane Mnouchkine encargada por la Asamblea Nacional para el Bicentenario de la Declaración de los Derechos del Hombre.

Recibe la Cruz del Sur de Brasil por su contribución a la expansión de la literatura brasileña.

Ha recibido hasta hoy siete Honoris Causa por las Universidades de Estados Unidos, Inglaterra y Canadá.

Por su estrecha unión al Collège de Filosofía, Hélène imparte actualmente en él sus seminarios. Es invitada cada

año a numerosos coloquios y participa en conferencias por todo el mundo. Gracias a la enorme difusión de su obra, el Centro de Estudios Femeninos ha creado numerosas delegaciones en Europa, Asia, América.

Actualmente, Hélène Cixous es uno de los miembros fundadores del Parlamento Internacional de los escritores (PIE) junto con Christian Salmon, Salman Rushdie y Jacques Derrida.

Traducciones de Hélène Cixous en español

–*La Risa de la Medusa*, Barcelona, Antrhopos, 1995. Trad. Ana Mª Moix, revisada por Myriam Díaz-Diocaretz. Incluye traducciones de *La jeune née, Vivre l'orange* y *L'heure de Clarice Lispector.*

–*La toma de la escuela de Madhubai*, Madrid. Publicaciones de la Asociación de Directores de Escena de España, 1994. Trad. de Elisabeth Burgos.

Méritos honoríficos de Hélène Cixous

1989 Gran Cruz del Sur de Brasil por su obra literaria
1991 Doctor Honoris Causa Queen's University, Kingston (Canadá)
1992 Doctor Honoris Causa, University of Alberta, Edmonton (Canadá)
1993 Doctor Honoris Causa, York University (Inglaterra)
1994 Chevalier de la Légion d'Honneur
1995 Doctor Honoris Causa, Georgetown University, Washington D.C. (EEUU)
1996 Doctor Honoris Causa, Northwestern University (EEUU)

1997 Ambassador of Star Awards, Star Girls & Women Fondation (Pakistán)
1998 Officier de l'Ordre du Mérite
1999 Doctor Honoris Causa, University of Wisconsin, Madison (EEUU)
1999 Doctor Honoris Causa, University of Fife (Inglaterra)

Otras obras de la autora

Le Prénom de Dieu. Grasset, 1967.
Dedans. Prix Médicis 1969, Grasset, 1969.
Le Troisième corps. Grasset, 1970.
Les Commencements. Grasset, 1970.
Un vrai jardin. L'Herne, 1971.
Neutre. Grasset, 1972.
Tombe. Le Seuil, 1973.
Portrait du soleil. Denoël, 1973.
Révolutions pour plus d'un Faust. Le Seuil, 1975.
Souffles. Des femmes, 1975.
Là. Gallimard, 1976.
Partie. Des femmes, 1976.
Angst. Des femmes, 1977.
Préparatifs de noces au-delà de l'abîme. Des femmes, 1978,
Vivre l'orange. Des femmes, 1979; nueva edición en *L'heure de Clarice Lispector*, 1989.
Ananké. Des femmes, 1979.
Illa. Des femmes, 1980.
With ou l'art de l'innocence. Des femmes, 1981.
Limonade tout était si infini. Des femmes, 1982.
Le Livre de Promethea. Gallimard, 1983.
La bataille d'Arcachon. Laval, 1986.

Manne aux Mandelstams aux Mandelas. Des femmes, 1988.
Jours de l'an. Des femmes, 1990.
L'ange au secret. Des femmes, 1991.
Déluge. Des femmes, 1992.
Beethoven à jamais. Des femmes, 1993.
La fiancée juive. Des femmes, 1995.
Messie. Des femmes, 1996.
OR les lettres de mon père. Des femmes, 1997.
Voiles (con J. Derrida). Galilée, 1998
Osnabrück. Des femmes, 1999.
Les rêveries de la Femme Sauvage. Galilée, 2000.
Livret de Famille. Galilée, 2000.
Le jour où je n'étais pas là. Galilée, 2001.
Portrait de Jacques Derrida en Sain Jeune Juif. Galilée, 2001.
Benjamin à Montaigne. Il ne faut pas le dire. Galilée, 2001.

Teatro

La Pupille, Cahiers Renaud-Barrault 78, 1971.
Portrait de Dora, Des femmes, 1976.
Le nom d'Oedipe: Chant du corps interdit, livret d'opéra, musique de Boucourechliev, Des femmes, 1978.
La prise de l'école de Madhubaï, Avant-Scène du Théâtre 745, 1984; y en Théâtre, 1986.
L'Histoire terrible mais inachevée de Norodom Sihanouk, roi du Cambodge, Théâtre du Soleil, 1985.
Théâtre, Des femmes, 1986
L'Indiade, ou l'Inde de leurs rêves, et quelques écrits sur le théâtre, Théâtre du Soleil, 1987.
On ne part pas, on ne revient pas, Des femmes, 1991.
Les Euménides d'Eschyle, traducción, Théâtre du Soleil, 1992.

L'Histoire qu'on ne connaîtra jamais. Des femmes, 1994.

Voile Noire Voile Blanche/Black Sail White Sail, bilingue, 1994. Minnesota University Press: 219-354.

La Ville parjure ou le réveil des Erinyes, Théâtre du Soleil, 1994.

Tambours sur la Digue, Théâtre du Soleil, 1999.

Rouen, La Trentième Nuit de Mai'31. Galilée, 2001.

Ensayos

L'exil de James Joyce ou l'art du remplacement. Grasset, 1969.

Prénoms de personne. Le Seuil, 1874.

Un K. incompréhensible: Pierre Goldman, Christian Bourgois, 1975.

La jeune née, avec Catherine Clément, U.G.E., 1975.

La venue à l'écriture, con Madeleine Gagnon y Annie Leclerc, U.G.E, 1977.

Entre l'écriture. Des femmes, 1986.

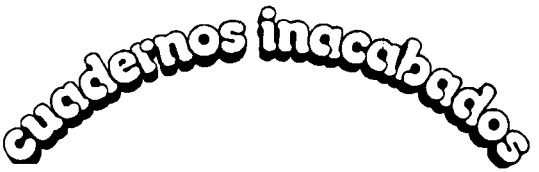
L'heure de Clarice Lispector, précédé de Vivre l'Orange, Des Femmes, 1989.

Photos de Racines. con Mireille Calle-Gruber, Des femmes, 1994.

Premios literarios

1969 Premio Médicis.

1994 Premio de la Crítica por la mejor Creación teatral.



Textos a, ante, bajo, cabe, con, de, desde, en, entre, hacia, hasta, para, por, según, so, sobre, tras las mujeres.

Números publicados:

1. **Brujas, comadronas y enfermeras. Dolencias y trastornos.** Barbara Ehrenreich y Deirdre English.
10. **No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo de mujeres.** Librería de Mujeres de Milán.
11. **El juego de las astucias. Mujer y construcción de modelos sociales alternativos.** Dolores Juliano.
12. **Mujeres invadidas. La sangre de la Conquista de América.** Verena Stolcke (comp.).
13. **Reconstruir una tradición. Las artistas en el mundo occidental.** Bea Porqueres.
14. **Después del incesto... Apoyo para la elaboración de las experiencias de incesto.** Textos de W. Bezemer, I. Foeken,

W. Gianotten, A. Imbens-Fransen, C. van Lichtenburcht y E. Stern.

15. **El orden simbólico de la madre.** Luisa Muraro.
16. **María Zambrano. Nacer por sí misma.** Elena Laurenzi.
17. **Chicos son, hombres serán.** Myriam Miedzian.
18. **Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo.** Vandana Shiva.
19. **Tiempo de mujeres.** Pilar Hidalgo.
20. **Los cuentos siguen contando. Algunas reflexiones sobre los estereotipos.** Adela Turin.
21. **Una cuestión incomprendida. El maltrato a las mujeres.** Ana María Pérez del Campo.
22. **Mujeres-Montaña. Vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN.** Norma Vázquez, Cristina Ibáñez y Clara Murguialday.
23. **Alice, sí está. Directoras de Cine Europeas y Norteamericanas 1896-1996.** Concha Irazábal Martín.
24. **El cuerpo indispensable. Significados del cuerpo de mujer.** María-Milagros Rivera Garretas.
25. **Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia.** Marcela Lagarde.
26. **Sexo y Esencia. De esencialismos encubiertos y esencialismos heredados.** Luisa Posada.
27. **Las que saben. Subculturas de mujeres.** Dolores Juliano.
28. **Las Trovadoras. Poetisas del amor cortés.** Mariri Martinengo.
29. **Música y mujeres. Género y poder.** Marisa Manchado Torres (comp.). Textos de: Josemi Lorenzo, Pilar Ramos, Alicia Valdés, Joaquina Labajo, Ángeles Sancho, Ana Vega, Cecilia Piñero, Teresa Cascudo, Ellen Waterman, Amelia Die, Marisa Manchado.
30. **Autoridad científica, autoridad femenina.** Hipatía.
31. **Hombres y padres. La oscura cuestión masculina.** Giuditta Lo Russo.
32. **De Criseida a Penélope. Un largo camino hacia el patriarcado clásico.** Ana Fraga Iribarne.
33. **De mujeres, identidades y poesía. Poetas contemporáneas de Estados Unidos y Canadá.** Rosa García Rayego, Esther Sánchez-Pardo (editoras). Textos de: Rosa García

Rayego, Eulalia Piñero Gil, Roberta A. Quance, Ana María Martín Castillejos, Noni Benegas, Anne Dewey, Mª Soledad Sánchez Gómez, Pilar Somacarrera, Esther Sánchez-Pardo.

34. **Reflexiones feministas para principios de siglo.** Victoria Sau Sánchez.
35. **Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo.** Teresa de Lauretis.
36. **La otra América. Directoras de cine de América Latina y el Caribe.** Concha Irazabal.
37. **Pintando el mundo. Diccionario de artistas latinoamericanas y españolas.** Noemí Martínez Díez, Marián López F. Cao.
38. **De dos en dos. Las prácticas de creación y recreación de la vida y la convivencia humana.** Montserrat Cabré i Pairet, Carmen Caballero Navas, Marta Bertran Tarrés, Ana Vargas Martínez, María-Milagros Rivera Garretas.
39. **Claves *feministas* para la autoestima de las mujeres.** Marcela Lagarde y de los Ríos.
40. **El legado de Ofelia: esquizotextos en la literatura femenina en lengua inglesa del siglo xx.** Esther Sánchez-Pardo González, Pilar Sánchez Calle, Itziar Rodríguez de Rivera San Marcial, Rosa García Rayego, Carmen Méndez García.